cool & lam

CONTAR HASTA NUEVE

A. A. FAIR

Una nueva aventura de misterio estremecedora con un pequeño Donald Lam y una Bertha Cool de gran tamaño.

A. A. Fair

Contar hasta nueve

Cool & Lam-18

ePub r1.0
fenikz 23.02.15

Título original: *The count of Nine*
A. A. Fair, 1958
Traducción: Alfredo Crespo
Ilustraciones: Samper
Retoque de cubierta: fenikz

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

prefacio

CUANDO trato de determinar si mi interés por el crimen procede de escribir novelas detectivescas, o si escribo novelas detectivescas porque me preocupa el crimen, descubro que me encuentro en la misma posición del que intenta averiguar qué existió primero, si el huevo o la gallina.

Sin embargo, ahí queda el hecho de que me siento profundamente interesado por todos los aspectos del crimen, de su descubrimiento y de su castigo.

En mi opinión, es en este último campo donde la sociedad sufre su máximo error: mantener una actitud de completa indiferencia.

Tanto si nos gusta como si no, demasiadas de entre nuestras prisiones son fábricas eficientes donde los hombres débiles se vuelven malhechores, los malhechores se convierten en malvados y los malvados en asesinos.

Algunos hombres ven quebrarse su espíritu, de modo que cuando se les da la libertad no son útiles para la sociedad ni para sí mismos. Otros se endurecen aún más en las sendas del crimen. Algunos se rehabilitan.

Desde el punto de vista de la sociedad, es evidente que lo sensato sería aumentar el tanto por ciento de los que se rehabilitan y disminuir el de los que se convierten aún en mayores enemigos de la sociedad. Las estadísticas muestran que alrededor del 98 por ciento de los detenidos reciben la libertad, antes o después. Sólo un 2 por ciento muere en prisión.

Lo que esos hombres hagan a la sociedad una vez en libertad, depende en gran parte de lo que la sociedad les haya hecho mientras han permanecido encerrados.

Todos estos hechos tienen enorme importancia para el público, y, sin embargo, el público en general aparece indiferente por

completo. Si prestásemos sólo un poco más de atención a la ciencia de la criminología, si escuchásemos a nuestros expertos criminólogos, si intentásemos descubrir qué factores contribuyen a la rehabilitación y qué otros destruyen el carácter, podríamos hacer mucho por la disminución de la criminalidad.

Mi amigo,
Douglas C
. Rigg, alcaide de la Prisión Estatal de Minnesota, en Stillwater, es uno de los criminólogos más progresistas de la actualidad. Le preocupa mucho todo este problema, y lo que le ocurre al carácter de un hombre una vez éste se ve encerrado en una casa.

Cuando vi a Rigg por última vez, resumió sus sentimientos en unas cuantas frases lapidarias.

—Si mostrarse duro con esos hombres hubiese de curarles —dijo —, me mostraría duro. Si el castigo suprimiera el crimen, sería partidario de él. Si pudiese reformar a los hombres castigándoles, les castigaría. El problema estriba en que la cuestión no es tan sencilla. Existen demasiados factores que lo complican, y las respuestas no resultan fáciles. Sé que, mientras un hombre está en la cárcel, pueden hacérsele una serie de cosas que tenderán a rehabilitarlo. También sé que se le pueden hacer otras que le amargaran aún más y le harán sentir odio hacia la sociedad.

»Tales hombres son seres humanos. Algunos de ellos tienen ciertas características comunes, pero todos constituyen individualidades bien diferenciadas. Cada uno es un problema que debe ser estudiado cuidadosamente. Me gustaría ver que el público se interesa mucho más por los problemas de la criminología, porque pienso que semejante interés produciría grandes dividendos».

El ejemplar del «*The Saturday Evening Post*» del 31 de agosto de 1957, contiene un concienzudo artículo del alcaide Rigg, titulado: «La pena peor que la muerte».

Rigg no escribió ese artículo porque necesitara dinero. Lo escribió como un paso más de una campaña para llamar la atención del público hacia los problemas más acuciantes de la criminología.

Necesitamos más hombres como el alcaide Rigg. En él no hay nada de débil. Puede mostrarse firme como una roca, duro como el acero. Nunca permite que el idealismo nuble su sentido práctico de los valores. Sin embargo, es un gran humanista, un gran estudiante

de los problemas de la criminología, y me gustaría que hubiesen muchos más como él.

Y, por este motivo, dedico este libro a mi amigo

DOUGLAS C

.

RIGG

.

ERLE
STANLEY
GARDNER

capítulo primero

CUANDO abrí la puerta y entré en la sala de recepción, la lámpara de un *flash* lanzó un destello que me cegó.

La voluminosa Bertha Cool, que se había enfrentado con le cámara con una sonrisa fatua en el rostro, se volvió enfurecida, me miró y encaróse con el fotógrafo.

—¿Ha salido algo mal? —preguntó.

—Me temo que sí —dijo el fotógrafo, en son de disculpa—. Al abrirse la puerta, ha tomado un ángulo que ha hecho que el destello se reflejara en el objetivo.

—No es más que mi socio —dijo Berta, a manera de explicación. Después, al ver que yo vacilaba, añadió—: No te preocupes, Donald. Es sólo publicidad. Lo tengo todo arreglado.

Se disponía a volverse hacia el fotógrafo cuando observó a la encargada del archivo, que estaba sentada en la esquina de su mesa, con la falda subida hasta bastante más arriba de las rodillas y las puntas de los pies apuntando hacia el suelo, a fin de que las piernas cruzadas aparecieran más atractivas.

—Bueno, ¿qué diablos está usted haciendo ahí sentada, enseñando todo ese pedazo de pierna? —preguntó Bertha.

La chica miró desvalidamente al fotógrafo.

—No ha hecho más que seguir las instrucciones —dijo éste.

—¿De quién?

—Mías.

—Bueno, aquí yo soy la única que da instrucciones —le explicó Bertha—. Cuando quiera tener a una pandilla de frescas sentadas en las mesas… Saque su trasero de ahí. Si quiere, póngase junto al archivador, pero no se quede ahí enseñando las piernas.

—Lo siento, Mrs. Cool —dijo el fotógrafo.

Un hombre que había permanecido en pie detrás de los

archivadores se adelantó, y dijo:

—Necesitaremos un poco de sexo, Mrs. Cool. Si no tenemos algún gancho, los diarios no lo publicarán.

—¡Sexo en una agencia de detectives! —exclamó Bertha Cool.

—Sexo en una agencia de detectives —repitió el hombre con obstinación—. El sexo está en todas partes. Si no se le mete en las fotos, nadie las publica. No vale la pena gastar película en esto si luego no va a publicarse, y si no se publica, Mr. Crockett no tendrá interés en contratar a su agencia.

Bertha le miró sombríamente y después, dijo a regañadientes:

—Le presento a mi socio, Donald Lam. Donald, te presento a Melvin Olney, encargado de relaciones públicas de Dean Crockett.

Olney se me acercó y nos estrechamos la mano.

—Podríamos hacer una fotografía con Mr. Lam y la señorita —dijo—. Lam podría hacer como que buscaba un papel apresuradamente, y…

—No con Donald —dijo Bertha—. Si esa chica enseña las piernas delante de Donald, no buscará ningún papel. Estará mirándole las piernas… Bueno, hagamos esa foto.

La encargada del archivo miró interrogadoramente a Olney.

Olney cogió el bocado entre los dientes.

—Vuelva a sentarse en la mesa —dijo—. Súbase la falda hasta encima de las rodillas. No forme esa arruga en la falda, como si acabara de subírsela. Trate de hacer que parezca natural… Déjeme, yo le ensenaré.

Acercóse y subió la falda de la chica, luego retrocedió, cercioróse del efecto que causaba, adelantóse y bajó la falda por el lado que quedaba más apartado de la mesa.

Bertha le miró sombríamente, echando lumbre por sus ojillos.

—¿Está… está bien? —preguntó la muchacha.

—Supongo que lo está —dijo Bertha—. Si él cree que tiene que hacerlo, adelante. Pero no necesita usted echarle esa mirada implorante mientras él le manosea las piernas.

—No me ha manoseado las piernas —dijo la chica, enfadada.

—Bueno, pero se disponía a hacerlo —dijo Bertha—. Por los clavos de Cristo, terminemos con toda esta comedia, y volvamos al trabajo.

El fotógrafo, que había sustituido la bombilla del *flash* y

cambiado la placa, sostuvo la cámara.

—¿Todo a punto?

Melvin Otis Olney dijo a la muchacha:

—Mantenga bajas las puntas de los pies, las dos. Eso hace que sus piernas parezcan mucho más alegres y atrayentes. Ahora, inspire profundamente… Muy bien, Lionel, adelante.

Berta Cool contrajo su rostro en una sonrisa fatua; una sonrisa dulcemente sintética que le sentaba tan mal como un sello de correos a un billete de dólar.

El *flash* relampagueó de nuevo.

—Está bien —dijo Bertha—. Y ahora, lárguense de…

—Otra más —insistió el fotógrafo—, sólo como medida de seguridad.

Sacó otro clisé, lo introdujo en la cámara, quitó la cubierta protectora, preparó el disparador, cogió otra lámpara para el *flash*, mojó su extremo con la punta de la lengua, la introdujo en el *flash*, quitó el seguro, levantó la cámara y dijo:

—Sonría, por favor.

Bertha inspiró profundamente. Casi podía oírse cómo le rechinaban los dientes.

—Deberíamos hacer una de los dos socios y… —dijo Olney.

—Háganla —dijo Bertha con furia, hablando por entre los labios torcidos en aquella sonrisa engañosa—. Aquí tenemos que trabajar. Dense prisa.

El fotógrafo esperó hasta que el rostro de Bertha volvió a adquirir la expresión que él deseaba, sin apartar sus ojos de los labios de mi socia.

Bertha, comprendiendo lo que el otro quería, contrajo las comisuras de sus labios en una forzada, sonrisa.

Otra vez el *flash* lanzó un destello.

Bertha encaróse con la encargada del archivo.

—Está bien —dijo—, bájese de esa mesa y vuelva a su trabajo.

Bertha se encaminó hacia su despacho, se detuvo, comprendió que me debía una explicación, y dijo a regañadientes:

—Dean Crockett segundo, va a dar una gran fiesta y nos ha contratado para que vigilemos la entrada y evitemos que se cuele algún indeseable.

»La última vez que dio una fiesta, se metieron algunos tipos que

luego se largaron con una estatua de jade que valía seis mil pavos. Quiere estar seguro de que no le volverá a ocurrir. Considera que si podemos evitar que se metan los intrusos, se puede confiar en sus invitados.

—Así, pues, ¿no se trata de vigilar las joyas, sino la puerta? —pregunté.

—Eso es —contestó Olney—, la puerta, y un poco de publicidad sirve de ayuda, Mr. Lam. No sólo ayuda a Mr. Crockett sino que me ayuda a mí en mi trabajo. Ayuda a la agencia, y el advertir a los intrusos que no serán admitidos es tener medio ganada la batalla.

—Eso alejará a los aficionados —le dije—, pero tal vez sólo sirva de desafío para los más expertos.

—Bueno, Mrs. Cool se encargará, de ellos —dijo Olney—. Por este motivo, quiero que su fotografía aparezca en el diario. Parece tan decidida y… —Se detuvo y añadió—: competente…

Bertha le miró sombríamente.

—No es necesario que me eche flores —dijo—. Soy un bicho raro, y lo sé.

—Deseábamos una agencia de detectives en la que hubiese una mujer —explicó Olney—. Una mujer muy competente. Mr. Crockett opina que el último intruso, el que se apoderó de la estatua de jade, era una mujer. Un hombre no puede acercarse a una mujer y decirle: «Discúlpeme, creo que acaba de meterse por el escote una estatua». Una mujer decidida se encuentra en una posición distinta.

Olney miró a Bertha, y sonrió.

—Haría que la cogiesen por los tobillos, la pusiesen boca abajo y la sacudieran hasta que soltara el objeto —dijo Bertha—. Mientras yo esté presente, nada conseguirán con esos trucos.

Dije a Olney que consideraba que aquélla era una idea muy inteligente, saludé a Bertha con la cabeza y me metí en mi despacho particular.

Elsie Brand, mi secretaria, estaba abriendo el correo.

—¿Cómo es que usted no ha salido en las fotografías? —pregunté.

—No me han invitado.

Le miré las piernas.

—Pues hubiese hecho un trabajo mucho mejor que la chica del archivo.

Ella se sonrojó, y además rió y dijo:

—Esa chica ocupaba el sitio de la recepcionista y se ha mostrado muy amistosa con el fotógrafo. No creo que mis piernas hubiesen representado ninguna mejora.

—Una mejora doble —insistí.

Con tacto, Elsie empujó el correo hacia mí.

—Aquí hay una carta que necesita contestación inmediata, Donald.

capítulo dos

EL artículo apareció en el diario de la tarde siguiente.

La fotografía resultó muy buena. Las piernas de la chica del archivo aparecían muy atractivas, y Bertha Cool (ciento sesenta y cinco libras de patatas dentro de un saco), con mandíbula de dogo y sus ojillos relampagueantes, constituía un acentuado contraste con la femineidad de la otra. Constituía un relato pergeñado para despertar el interés de cualquier editor medianamente listo.

Había un titular:

«
DEAN
CROCKETT
SEGUNDO
DECLARA LA GUERRA A LOS INTRUSOS».

El artículo constituía una buena propaganda para Crockett; sus viajes, su afición a la caza mayor, sus aventuras, sus dos matrimonios anteriores, una fotografía de su actual esposa, tórrida combinación de ojos y cabello rubio en un chasis curvilíneo; el lujoso apartamento y el relato de los intrusos que se metieron en la fiesta anterior. Describió la pérdida de varios objetos sustraídos por los cazadores de recuerdos, y en especial la desaparición del buda de jade, unas tres semanas atrás.

La próxima fiesta, decía el artículo, estaría supervisada por la conocida agencia de detectives Cool y Lam. Bertha Cool, socia principal, intervendría personalmente, y mal pintaban las cosas para el intruso que quisiera colarse o para cualquiera que intentara marcharse con algún objeto de la valiosa colección de Dean Crockett segundo.

El artículo seguía explicando que Melvin Otis Olney, encargado de las relaciones públicas de Crockett, y su secretario social, había repasado cuidadosamente la lista de invitados. Como de costumbre, sería necesario mostrar las invitaciones antes de que el ascensor iniciara la subida hacia el ático donde se hallaba la sala.

Amenizaría la velada una orquesta, y después se proyectarían las películas que había filmado Crockett durante su reciente viaje al interior de Borneo.

El artículo del diario estaba ilustrado no sólo por la fotografía de la agencia, sino por otra de Crockett sosteniendo una cerbatana con la que los pigmeos disparaban sus dardos envenenados y otra foto de su fastuoso yate. Era una propaganda formidable.

Leí el diario y le pregunté a Elsie Brand:

—¿Cómo se lo toma Bertha?

—Está como loca —dijo Elsie—. Lo ha leído ya siete veces. Había dado órdenes de que le trajesen los diarios tan pronto como aparecieran. Está más orgullosa que un pavo real.

—¿Y la del archivo? —pregunté.

—Esta noche tiene una cita con el fotógrafo.

—Trabajo rápido, ¿eh?

—¿De quién? ¿De la chica o del fotógrafo?

—¿Cree que han sido los dos? —pregunté.

—Bueno, digámoslo de esta manera: ha sido el caso de una fuerza inflexible al encontrarse con un cuerpo irresistible.

—No me había fijado en el cuerpo irresistible —dije.

Bajó los ojos recatadamente.

—Me parece que no se fija en las cosas tanto como antes, Donald.

—No me hace falta.

Elsie se ruborizó.

—He observado que Bertha se mostraba muy deseosa de ser la única representante de la firma en el departamento de relaciones públicas. No le interesaba que su socio apareciera en la fotografía.

—En los asuntos internos de la oficina, mantengo un silencio discreto —dijo Elsie Brand con firmeza.

—Una técnica condenadamente buena.

—¿Irá usted a la fiesta, Donald?

—No. Eso es cosa de Bertha. Ella ha cerrado los acuerdos; ha

conseguido la publicidad; puede quedarse al pie del ascensor y observar cómo pasan las mujeres con sus profundos escotes, y de cuando en cuando asomarse para ver si ocultan algún buda de jade.

Elsie se echó a reír.

Me dirigí al despacho de Bertha Cool, llamé a la puerta, entré y dije:

—Felicidades, Bertha.

—¿Por qué?

—Por la fotografía; por la publicidad.

—Oh… Un poco de publicidad de vez en cuando no perjudica a ninguna agencia de detectives.

—Eso es lo que trataba de decir.

—Bertha cogió el diario, que estaba abierto por la página en que se mencionaba la fiesta de Crockett, y estudió con atención la foto.

—Tunanta —dijo.

—¿La del archivo? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—El de las relaciones públicas dijo que teníamos que ponerle gancho a la fotografía —dijo.

—Esto no es gancho —replicó secamente Bertha—. Es anatomía.

—Bueno, pero tú has quedado muy bien. Tienes un aspecto muy competente.

—Lo soy —contestó Bertha con acritud.

No quise insistir más y me marché.

capítulo tres

LLEGUÉ a casa hacia medianoche, me duché, me metí en la cama y me disponía a apagar la luz cuando sonó el teléfono.

Descolgué el aparato, dije:

—¿Quién es? —Y la voz de Bertha Cool retumbó en mis oídos como una ráfaga de viento que agita un montón de hojas secas.

—¡Donald! —gritó—. ¡Ven corriendo!

—¿Adónde?

—Al apartamento de la fiesta, al de Dean Crockett segundo.

—¿Qué sucede?

—¡Por todos los diablos! ¡No discutas conmigo! —vociferó—. Ven volando. Empieza a moverte.

—Está bien —le dije—. En seguida voy.

Colgué el teléfono, me levanté, me vestí y me encaminé hacia el lugar en cuestión.

El escenario no me resultaba desconocido gracias a lo que Bertha me había explicado y a la información aparecida en los diarios. El apartamento ocupaba el piso número 20 de la casa. Para alcanzarlo debía utilizarse un ascensor especial. Dicho ascensor iba desde el ático hasta una especie de vestíbulo que se abría en la planta número 20.

Cuando Crockett daba una fiesta o en ocasiones especiales, el vestíbulo se abría y en el ascensor había un empleado. De lo contrario, el ascensor funcionaba automáticamente. Quienquiera que desease ver a Crockett tenía que telefonear desde abajo. Si Crockett quería verle hacía que alguien bajase en el ascensor, abriese la puerta en el vestíbulo y esperara al visitante en el piso número 20. Si no quería verle, no había manera de subir a menos de disponer de una llave que abriera la puerta del vestíbulo. Una vez dentro de éste, se descorría un plafón que descubría un timbre

que, al pulsarlo, hacía bajar el ascensor hasta el piso número 20. Asimismo, si una persona sabía dónde mirar, había otro plafón oculto que se descorría para descubrir un teléfono. Tal teléfono estaba conectado directamente con el apartamento de Crockett.

La puerta que comunicaba el piso número 20 con el vestíbulo, era exactamente igual que la de cualquier otro apartamento. Llevaba el número 20 S.

Cuando llegué al piso vigésimo, la puerta de vestíbulo estaba abierta y un criado esperaba en el ascensor. Le di mi tarjeta, pero ni siquiera esto fue suficiente. Dijo:

—Espere aquí —y cerró la puerta del ascensor ante mis narices.

Después se fue hacia arriba y evidentemente habló con el propio Crockett porque regresó muy pronto y dijo en son de disculpa.

—Lo siento, pero no hacía más que seguir instrucciones. Permítame acompañarle hasta arriba, Mr. Lam.

Entré en el ascensor, que en seguida se puso en movimiento.

La puerta se descorrió y me encontré en un vestíbulo decorado con alfombras orientales, un candelabro de cristal, una serie de sillas y otra de armaritos cuyas puertas podían abrirse hasta formar una especie de probador.

Detrás del mostrador había una muchacha con una falda que le llegaba justo hasta las rodillas. Parecía bastante cansada. Me cogió el sombrero y el abrigo y me obsequió con una sonrisa forzada.

Se abrió una puerta y Melvin Otis Olney entró apresuradamente. Llevaba sombrero y su rostro mostraba una expresión de derrota denigrante.

—Venga, por favor —dijo.

—¿Qué ha ocurrido?

—«Por favor», venga.

La seguí hasta una habitación que estaba amueblada pensando especialmente en la comodidad, pero con claras reminiscencias orientales.

Las personas que lo ocupaban formaban un grupo compacto y parecía como si todas quisieran hablar a la vez.

En el hombre alto que ocupaba el centro del grupo reconocí a Dean Crockett segundo. Sus fotografías aparecían frecuentemente en los semanarios ilustrados, así como en los dedicados a deportes y a temas de hogar, y también en los ecos de sociedad.

Bertha Cool pareció alegrarse de aquella oportunidad que se le presentaba para abandonar el grupo. Se me acercó, me cogió por un brazo, y sus dedos se clavaron en mi carne como si yo fuese un salvavidas y ella estuviera a punto de hundirse en medio del océano. Su maquillaje no era lo bastante fuerte para ocultar las manchas purpúreas que aparecían en su piel. De la frente brotaban gotitas de sudor, y estaba furiosa hasta el paroxismo.

—¡Hijo de perra! —exclamó.

—¿Yo? —pregunté.

—Él.

—Eso es distinto. ¿Qué ha ocurrido?

Dijo:

—Ven y te lo explicaré.

—Mrs. Cool —llamó Crockett con una voz parecida al estallido de un látigo.

—En seguida estaré con usted —dijo Bertha Cool—. Éste es mi socio. Quiero hablar con él.

—Tráigale aquí. Quiero conocerle… inmediatamente.

Bertha vaciló y después obedeció.

Crockett era un caudillo nato.

Medía un metro ochenta y cinco; era un sujeto de hombros anchos, acentuados aún por la americana que llevaba y que estrechaba hasta el máximo su cintura. Parecía un triángulo humano.

Mirándole, recordé la observación que se atribuía a uno de sus sastres, que según decía se había quejado: «Diablos, este hombre no quiere un sastre. Lo que necesita es un escultor».

Crockett bajó la mirada hacia mí y me alargó una mano bronceada.

El sujeto se esforzaba en conservar morena su piel. Durante el buen tiempo tomaba baños de sol; cuando estaba nublado utilizaba lámparas de cuarzo, y conservaba la tonalidad suficiente para que, al entrar en un restaurante, la gente tuviera que mirarle. Le gustaba que la gente se fijase en él.

—De modo que es usted el socio de Bertha Cool —dijo.

Me apretó la mano y casi pude oír como crujían mis huesos.

—Encantado de conocerle —dije.

—Bueno, éste es un enredo tremendo —me explicó.

—¿Qué ha ocurrido?

—Alguien ha robado otro buda de jade, y también la cerbatana pigmea, ante las mismas narices de su socia. Dios sabe qué más habrá desaparecido.

»Ignoro la experiencia que tienen ustedes en esta clase de trabajo, pero evidentemente han utilizado un truco viejo como el mundo. Alguien ha enseñado su invitación al ascensorista, ha subido y luego ha enviado la invitación a un intruso. El intruso ha utilizado por segunda vez la invitación y ha pasado tranquilamente ante Bertha Cool. Aparentemente, Mrs. Cool ha omitido comprobar los nombres en la lista de invitados, a medida que iban entrando. Deberé hacer un inventario para averiguar lo que falta, pero sé que ha desaparecido la cerbatana y también el otro buda de jade. Es la pareja del que se llevó un intruso la última vez.

»Dios mío, tanto daría que regalase objetos de valor inapreciable como si fuesen pesadillas… La última vez no me supo tan mal, pero ésta, pago una vigilancia y me he jugado la reputación con toda esa publicidad en los diarios. Ahora no me atrevo a dar parte a la policía, por miedo a los diarios. Causaría un efecto desastroso después de mi desafío a los posibles intrusos.

La rubia que se nos acercó tenía curvas, clase y educación.

—Vamos, Dean —dijo—, no es culpa de ellos.

—No me digas que no es culpa de ellos. Válgame Dios, les he pagado, ¿no? Esta mujer ha estado plantada junto a la puerta inspeccionando todas las invitaciones, y ahora resulta que ni siquiera ha tenido la precaución elemental de cotejar las invitaciones presentadas con la lista de invitados.

—Cuando he visto su firma en las invitaciones he tenido suficiente —dijo Bertha.

—Claro, ha visto la firma. Pero, ¿cuántas veces supone que ha admitido a Perico de los Palotes? A cualquiera le era fácil entrar, mostrar su invitación y luego enviarla a un intruso, que ha vuelto a entrar, haciéndose pasar de nuevo por Perico de los Palotes.

—¿Quiere decir que él mismo ha bajado la invitación? —pregunté.

—Desde luego que no —dijo Crockett mirándome despectivamente—. La ha hecho bajar por uno de los ayudantes del encargado de los vinos. Son cosas que siempre ocurren. Alguien le

da diez dólares a un camarero y éste, mientras va y viene con las bandejas de comida y bebida consigue deslizar la invitación a la persona que espera en el exterior, con alguna señal inconfundible, tal como un cigarrillo apagado en la boca o algo por el estilo.

Miré a Bertha.

Tenía el rostro congestionado y la mirada furiosa.

—Bueno, por Dios —dijo—, tal vez me hayan engañado si han conseguido utilizar dos veces alguna invitación, pero nadie ha pasado ante mí llevando una cerbatana. Eso se lo aseguro.

—Estoy segura de que encontrarás la cerbatana en algún sitio, Dean, cariño —dijo la rubia—. La debes de haber dejado por ahí. Sería imposible que alguien se la hubiese llevado.

—Mi esposa —dijo Crockett, secamente, a manera de presentación.

La belleza rubia me sonrió.

Recordé que había ganado un concurso de belleza antes de que Crockett se casara con ella. Verdaderamente se lo merecía. Y además parecía una buena chica.

—¿Y el buda de jade? —preguntó Crockett—. Supongo que también pensarás que lo he puesto en algún sitio. Alguien ha roto esa urna de cristal y…

—En eso estoy de acuerdo contigo, Dean —dijo ella, apoyando en el brazo de Crockett una mano conciliadora—. Pero, después de todo, no puedes hacer responsable de esto a Mrs. Cool. A ella sólo la has contratado para cuidar de que ningún intruso se colase. Si hubieses querido que vigilara las curiosidades, deberías haber aclarado que la hacías responsable de ellas. Y entonces, desde luego, hubiese tenido a alguien aquí para vigilar las cosas. —Me dirigió una sonrisa insinuante y dijo—: Tal vez su socio, Mr. Lam.

Crockett volvió a bajar la mirada hacia mí.

Bertha dijo:

—Todo lo que tenía que hacer era decirme que quería que se vigilara a ese buda y le aseguro que aún estaría aquí. Donald podía cuidarse de comprobar las invitaciones. Yo me habría colocado aquí arriba para vigilar el buda, y si alguna de esas chicas hubiese tratado de metérselo en el escote estando yo presente, si hubiese hecho falta la hubiese desnudado hasta la cintura. Pero hubiese estado completamente segura de que no se llevaban nada de aquí.

Crockett resopló despectivamente, dio media vuelta y se alejó.

—No deben ustedes hacerle caso —dijo Mrs. Crockett—. Está trastornado, desde luego, pero ya se le pasará y no volverá a acordarse de ello. De momento siempre se toma las cosas muy a pecho.

—¿Qué vale el buda de jade? —pregunté.

—Varios miles de dólares.

—¿Y el otro chisme, la cerbatana?

Se encogió de hombros, y el movimiento concentró mi atención en su profundo escote.

—No vale ni un real —dijo lentamente y con el énfasis del convencimiento—. Confidencialmente, Mr. Lam, hace tiempo que esperaba una oportunidad para echarla por la ventana. Si hubiese estado segura de no alcanzar en la cabeza a algún transeúnte, hace mucho que la habría tirado. Es un chisme antipático que almacena polvo y que sirve de nido a las arañas. Dios sabe cómo pueden encontrarse bien en un sitio como ése, pero así es. Y esos dardos son muy peligrosos. Están untados de veneno y tengo entendido que si alguien se hace con ellos aunque sólo sea un arañazo, podría resultarle fatal. No me atrevo a dejar que ninguna de las criadas quite el polvo de la habitación de las curiosidades. Tengo que hacerlo personalmente.

»Entiéndalo bien —prosiguió, obsequiándome con una sonrisa radiante—. No me gustaría que esto se repitiera, pero me alegraría muchísimo de que esa cerbatana pigmea, junto con las flechas, no apareciera nunca más. Querría poner un anuncio en la prensa, ofreciendo una recompensa, no por su devolución, sino para entregar a la persona que la haga desaparecer.

—¿Está dividida en piezas o es de una sola pieza?

—No, es de una sola pieza. Mi marido opina que es una obra maestra de habilidad para una tribu primitiva el coger una rama o un tronco delgado de árbol o lo que sea, y luego agujerearlo formando una línea perfectamente recta. Supongo que primero enderezan el tronco mediante fuego, o vapor, o algo por el estilo. Luego se pasan horas puliendo la parte interior. Es una madera muy dura y las paredes del agujero son tan lisas como el cristal.

»He visto a Dean llevarse la cerbatana a la boca y lanzar una flecha con una velocidad y fuerza asombrosas.

—¿Una de las flechas envenenadas? —pregunté.

—No, no —dijo—. Ésas las guarda en una caja especial: una especie de bolsa de color oscuro. Pero ha hecho otros dardos con una madera muy ligera, creo que es de balsa, y en la punta les ha colocado un pedazo de metal, y en el otro extremo unas plumas. Es sorprendente la fuerza con que puede lanzarlas.

—¿Y han sido robadas esas flechas? —pregunté.

—¿Las de exhibición? Cielos, no lo sé.

—¿Dónde están?

—En un cajón de su mesa. Por favor, no se preocupe por eso, Mr. Lam, y tampoco preste atención a lo que diga Dean. Es muy excitable y se altera cuando ocurre algo así. Pero puedo asegurarle que mañana lo verá ya con ojos muy diferentes; después de todo, no es la primera vez que le roban algo. Tiene aseguradas sus curiosidades, y cuando un hombre ocupa su posición… Bueno, debe esperarse que ocurra algo por el estilo.

Sonrió a Bertha, y después, impulsivamente, me alargó la mano.

—¿No se enfadará usted, Mr. Lam?

—No me enfadaré.

—Le explicaré un secreto —dijo—. El verdadero motivo de que mi marido esté tan furioso es que detesta perder. Esta noche ha preparado deliberadamente una trampa. Por eso está, tan furioso. Eso explica también por qué quería toda esa publicidad. No hacía más que desafiar al ladrón a que se apoderara de algo de valor.

»Como sabe, lleva un tiempo perdiendo objetos de valor, y está decidido a coger al ladrón. Toda esta publicidad en torno de un detective que comprobase las invitaciones, sólo servía para ocultar el hecho de que había instalado rayos X en el ascensor.

—¿Rayos X en el ascensor? —repetí.

—Sí. Hace dos semanas. Tal vez haya estado usted en alguna fábrica de material de guerra secreto, en la que le ponen a uno en una especie de jaula y conectan los rayos X. Un observador oculto ve todo lo que uno lleva en el bolsillo y descubre si guarda un revólver o un cuchillo.

—Lo he visto en las cárceles —dije.

—Bueno, todos los invitados que han salido hoy de aquí han sido examinados con rayos X. Esos objetos no ha podido sacarlos nadie y, sin embargo, han desaparecido.

»Si me disculpan, iré a echar un poco de aceite en las aguas agitadas».

Dio media vuelta y fue a reunirse con el grupo que ocupaba el centro de la habitación, y sus caderas se balancearon seductoramente.

—¡Maldita sea! —me dijo Bertha—. Aparta tus pensamientos del trasero de esa mujer. Hemos de ponernos a trabajar.

—Estoy trabajando.

—No lo parece. ¿Qué diablos vamos a hacer?

—Ya está hecho —dije.

—No puedes cargarme todo esto sobre los hombros —dijo Bertha—. El negocio lo llevamos a medias… Supongo que tú has salido con alguna mala pécora mientras yo estaba aquí vigilando a esos malditos invitados.

—No me has pedido que viniera —dije—. Eres tú quien quería aparecer en las fotografías. Querías llevarte la palma. Tú eres la experta detective que iba a coger a las mujeres por los tobillos y las sacudiría hasta que una cerbatana de dos metros de largo les cayera por el escote y…

—¡Cállate! —me gritó Bertha.

—¿Estabas junto a la puerta del ascensor comprobando las invitaciones?

—¡Sí! —aulló—. Y no me preguntes por qué no las he confrontado con la lista, de invitados, o te pegaré un guantazo aquí mismo, delante de toda esta gente.

—No estaba pensando en esto —dije—. ¿Y los camareros? ¿Cómo subían? ¿Hay otro ascensor por la parte de atrás?

—No —dijo—. Éste es el único ascensor. Todo tiene que subir por él, y también todo debe bajar por aquí.

—Y, por favor, ¿tendrás la amabilidad de explicarme cómo ha podido alguien sacar una cerbatana de un metro y medio o dos, hecha con un solo pedazo de madera?

Bertha me miró y sus ojillos relucientes parpadearon con rapidez.

—Tal vez haya cometido un error y se me haya escapado un intruso, pero desde luego no la creo lo bastante tonta como para quedarse aquí y dejar que alguien saliese con esa cerbatana, sin por lo menos verla.

Bertha meditó por un momento y luego una sonrisa asomó lentamente a su rostro.

—Entonces, es que ha sido escondida —dijo—. Todavía debe de estar en algún lugar del apartamento.

—A menos que alguien la echara por una ventana.

Bertha dijo:

—Crockett ha enviado a buscar a su agente de seguros. Debo hacerle una declaración. Amigo, ¡cuánto me alegraré cuando llegue y pueda largarme de una vez!

—¿Y la policía?

—Ni una palabra —dijo Bertha—. Crockett no quiere que la policía se entere; prefiere acallar el asunto… ¿Cómo diablos te las arreglas para que se cuelen por ti de esa manera?

—¿De qué está, hablando?

—De Phyllis Crockett segunda, querido —dijo Bertha—. No puede apartar la mirada de ti, y adopta cada postura. Dios mío, no sé lo que tienes. Eres pequeñajo e insignificante. Dean Crockett podría levantarte con una sola mano. Hace dos como tú, y sin embargo…

—Sólo uno y medio, sin el almohadillado.

—Está bien, uno y medio sin el almohadillado —dijo Bertha—. Así y todo… —Interrumpióse y miró meditativamente a Mrs. Crockett—. Y Dean Crockett lleva todo el almohadillado de la familia —dijo—. Su esposa no gasta ninguno.

—¿Quieres que me quede para prestarte apoyo moral? —pregunté a Bertha.

—Sí. Deseo que hables con el de la compañía de seguros cuando llegue. Yo… Ése debe ser.

La puerta del ascensor se abrió. Melvin Otis Olney hizo pasar a un hombre vestido con un sobrio traje gris. El hombre tenía el aspecto de haberse ido a dormir, de haber sido despertado y de haber venido apresuradamente.

Crockett nos pidió que nos acercáramos al grupo y nos presentó. El de la compañía de seguros se llamaba William Andrews. Tomó notas e hizo preguntas.

—¿En cuánto valora usted el buda de jade? —interrogó a Crockett.

—Nueve mil —contestó éste, sin ni siquiera parpadear.

—¿Jade esculpido?

—Jade de calidad muy especial —dijo Crockett—. En la frente lleva un rubí.

—¿Otro buda similar le fue robado no hace mucho tiempo? —preguntó Andrews.

—Sí. Éste era la pareja.

—¿Eran iguales?

—Sí.

—¿En todos los detalles?

—Le digo que formaban pareja.

—El otro lo valoró en siete mil quinientos.

Crockett parpadeó por un momento, y se apresuró a decir:

—Al hablar de nueve mil dólares daba una cifra de conjunto, incluyendo la cerbatana y el buda.

—Ya —dijo el de la compañía de seguros—. Nueve mil dólares por ambas cosas. Eso representa mil quinientos por la cerbatana.

—Y las flechas.

—Oh, sí. ¿Cuántas flechas?

—Seis.

—¿Puede calcular en cuanto valora la cerbatana y en cuanto las flechas?

—No —contestó Crockett secamente—. No puedo. En realidad ambos objetos tienen un valor inapreciable. Esas flechas llevan un veneno que no puede ser importado en este país. De hecho, el conjunto forma una pieza única. No es posible sustituirlo.

—Lo sé, lo sé —le interrumpió Andrews—. Sólo trataba de obtener una orientación para mi compañía. Pero está bien. Mil quinientos por la cerbatana y las flechas; siete mil quinientos por el buda de jade.

Cogió su cartera, sacó un impreso, utilizó la cartera como mesa, y empezó a escribir.

—Oh, no lo haga esta noche —dijo Crockett, de repente mucho más amable—. Supongo que me he afectado demasiado. En realidad, no era necesario que le llamase, pero…

—No, no —dijo el de la compañía de seguros, interrumpiendo su acción por un momento para dirigir al otro una sonrisa cansada—. Para eso estamos; éste es el servicio que pretendemos prestar… Aquí tiene, Mrs. Crockett. Firme ahí y le enviaremos el cheque por

correo, sin más molestias.

Crockett leyó el impreso y lo firmó. Andrews abrió su cartera, metió el impreso, nos saludó a todos con una inclinación y dijo:

—Buenas noches… Aunque creo que mejor sería decir buenos días —dijo, y encaminóse hacia el ascensor.

Bertha parecía haberse quedado paralizada por el estupor, de modo que le dije a Crockett:

—Bueno, creo que nada podemos hacer nosotros ya.

—¡Esto se cree usted! —exclamó Crockett—. Quiero que me devuelvan la pasta.

Dirigí una sonrisa a Bertha y dije:

—Ella es la que cuida de la parte financiera del negocio.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Crockett.

—Quiero decir que usted alquiló a nuestra agencia para evitar que entraran intrusos, no para recuperar objetos robados. Si quiere usted llegar a un acuerdo con nosotros para que tratemos de recuperar lo desaparecido, es otro trabajo.

Su rostro se congestionó y dio un paso rápido hacia mí, pero luego se detuvo. Su mirada se encontró con la mía y de repente se echó a reír.

—Que me cuelguen si no tiene usted razón —dijo—. Creo que le debo una explicación, Lam. Al verle le calibré a usted mal. Creo que he cometido un error.

—No piense más en ello.

Bertha dijo con orgullo:

—Mucha gente se equivoca respecto a Donald. Es pequeño, pero coriáceo. Y más listo que el demonio.

—Déjalo correr, Bertha —dije.

—Bueno, pero yo no me he equivocado a su respecto —dijo Phyllis Crockett alargándome la mano—. Reconozco la calidad en cuanto que la veo. Buenas noches, Mr. Lam, ha sido un placer conocerle y estoy segura de que mi esposo les visitará mañana para hablar de negocios con mistress Cool. —Volvióse hacia Bertha y dijo—: Buenas noches, Mrs. Cool.

Llamé a Melvin Otis Olney, quien acompañaba al de la compañía de seguros hasta el ascensor.

—Un momento, Olney, bajaremos con ustedes y así se ahorrará un viaje.

—De acuerdo, les esperamos —dijo Olney.

Me las arreglé para no tener que estrecharle la mano a Crockett a fin de que éste no tuviera más oportunidades de desmantelarme la mano derecha. Dijimos buenas noches, entramos en el ascensor y la puerta se cerró.

El de la compañía de seguros me miró, sonrió y dijo:

—Aquí tiene una tarjeta mía. Conozco su agencia, pero me gustaría tener una tarjeta si no le importa. Sólo para completar mi informe.

Le di una de nuestras tarjetas. Salimos del ascensor en el piso número 20 y nos metimos en otro que nos llevó hasta la planta baja. Olney volvió a coger el ascensor privado.

—¿Tienen muchos casos así? —pregunté a William Andrews.

—Diablos, sí —contestó—. Continuamente. Piense en un individuo como Dean Crockett. Llena su casa con curiosidades que ha ido recogiendo por todo el mundo. Cuando regresa y se pone a contemplar esos chismes, le parece que valen un millón de dólares. Nosotros ni siquiera intentamos que reduzca su valoración. Es un buen negocio. Nadie ha de robar toda esa faramalla, pero bastante a menudo alguien se lleva algo que le llama la atención, y nosotros pagamos una cantidad exagerada. Pero nuestra valoración total es tan alta y las primas tan elevadas, que el resultado es favorable, muy favorable. Y todos quedan contentos.

»De la única manera que podríamos perder, es en caso de incendio. Pero Crockett vive en un edificio a prueba de incendios… Estamos dispuestos a valorar todo lo que tiene en un millón de dólares, pero si el individuo muriese mañana y hubiera que vender sus posesiones en una subasta, ¿sabe lo que obtendría?

No contesté, y Andrews dio unas palmadas en la cartera en la que había metido el impreso firmado por Crockett.

—Le pagarían diez mil dólares por todo el equipo —dijo—. Y esa cerbatana iría a parar al basurero. Y aún habría que pagar gastos de transporte.

capítulo cuatro

CUANDO a la mañana siguiente entré en el despacho, Elsie Brand dijo:

—Bertha se está mordiendo las uñas a todo meter.

—¿Qué quiere?

—A usted.

—¿Por qué?

—Por ese robo de la fiesta.

—Creía que Bertha se cuidaría de eso —dije, sonriendo—. Los diarios insinuaron que ella se encargaba de todo.

Por lo general, Elsie se abstenía de comentar aquellas cuestiones, pero en esta ocasión dijo modosamente:

—Esta mañana su opinión es distinta.

—Está bien, iré a verla.

Me dirigí al despacho de Bertha, llamé a la puerta y entré.

—¡Vaya! ¡Ya era hora de que llegases! —me chilló Bertha Cool.

—¿Qué ocurre ahora?

—Ese condenado buda y la cerbatana.

—¿Qué hay de eso?

—Se nos pide que los recuperemos.

—En realidad, él no quiere que se le devuelvan. Si los recuperase, debería restituir nueve mil pavos a la compañía de seguros.

—No es eso lo que me ha dicho. Quiere recuperarlos.

—Bueno, entonces, ¿por qué no los recuperamos?

—No me vengas con ésas. ¿Cómo diablos te las ibas a arreglar para hacerlo? Hasta que ingresaste en esta agencia, yo tenía un negocio respetable y normal, informando a los diarios, haciendo investigaciones, siguiendo a testigos.

—Y obtenías ingresos normales —le recordé.

—Luego empezaste a trabajar para mí, te metiste con calzador en el negocio y desde entonces estamos jugando al escondite con la penitenciaria del Estado.

Contemplé sus enormes anillos de diamantes.

Bertha siguió mi mirada, sonrió repentinamente.

—Está bien, Donald. Estoy emocionada. ¿Cómo vamos a ocupamos de un asunto así sin que la policía se entere?

Empujó hacia atrás su renqueante silla giratoria, se levantó y empezó a andar de un lado a otro de su despacho, con aquel peculiar paso suyo, mitad balanceo y mitad zancada.

—Tenía sesenta y dos invitados allá arriba —dijo—. Sesenta y dos. Los conté. Sesenta y dos. Todos ellos con invitación. Las comprobé una por una. Según él dice, todos ellos son la respetabilidad personificada… Y una de esas condenadas personificaciones de la condenada respetabilidad robó un buda de jade y una cerbatana. Ahora quiere recuperarlos.

»¿Qué va a hacerse si no es posible llamar a la policía? No hay manera de controlar todas las tiendas de anticuarios sin el auxilio de la policía. Y además, esos chismes no aparecerán en una tienda de anticuarios. Será en la colección particular de uno de esos invitados.

—A menos que la cerbatana siga allí, oculta bajo alguna cama, o en un armario —interrumpí.

—Bueno, pues no lo está —me dijo—. He sugerido que uno de los invitados pudo haberla escondido, y esta mañana han pasado toda la casa por el cedazo. Han buscado en todos los rincones.

—Pon un anuncio en el diario —dije—. Que la persona que se llevó distraídamente unas curiosidades de cierta fiesta dada por una conocida personalidad, escriba al apartado de correos 420. Obtendrá una recompensa.

Bertha me miró furiosa.

—No bromees.

—No bromeo.

Bertha lanzó un resoplido.

—Es una sugerencia buena y lógica —proseguí—, pero si no quieres seguirla, no es necesario que lo hagas.

—¡Si no quiero seguirla! —vociferó—. ¡También tú estás metido en esto! Tú eres quien deberás ocuparte en recuperar esos objetos.

Yo ya he hecho mi parte. No voy a cargar con todo el peso de este negocio. Por algo lo tenemos a medias.

Enarqué las cejas.

—Fui allí y me estuve toda la noche en pie, junto a aquel maldito ascensor, mostrándome amable con las personas que llegaban, sonriéndoles, solicitando comprobar sus invitaciones… No me vengas con cuentos, Donald Lam. Tú te encargarás de recuperar esas cosas, porque yo, desde este momento, tengo otro trabajo. Cuando ese condenado secretario, Melvin Otis Olney, venga, le diré que tú te encargas de esa parte del asunto.

—¡Qué amable! —dije, instalándome en un sillón y encendiendo un cigarrillo—. ¿Qué te parece ese Olney?

—Le detesto —dijo Bertha—. Es un hijo de perra servil, interesado, y untuoso.

—¿Y el fotógrafo?

—El fotógrafo parece buen muchacho.

—¿Estaba allí anoche?

—Oh, desde luego. Se pasó la noche tomando fotografías.

—¿Es un fotógrafo particular?

—Depende de lo que entiendas por particular, Crockett quiere fotografías. Siempre que Crockett hace algo, quiere ser fotografiado.

—¿Cuál era el pretexto de la reunión? —pregunté.

—Acaba de regresar de una exploración por las selvas de no sé dónde. Con una serie de fotos de mujeres que llevan cestos en las cabezas, mujeres desnudas hasta la cintura, animales muertos con Crockett en pie sobre ellos, con el rifle en un brazo y una sonrisa presuntuosa en el rostro.

—¿Viste toda la fiesta?

—Toda no. Estuve al pie del maldito ascensor hasta que llegaron los invitados y luego subí y me quedé junto a la salida del ascensor en el vestíbulo superior para comprobar la invitación de quien llegase tarde.

—¿Hubo algún retrasado?

—Una pareja.

—¿A dónde fue ese viaje?

—A algún lugar de África o de Borneo. Algo así. Nunca me ha interesado la geografía.

—Hay mucha distancia entre África y Borneo —expliqué.

—Y otra aún mayor entre tu parloteo y la recuperación de esos chismes —dijo Bertha.

—¿Había alguna bandera? —pregunté—. ¿El estandarte de un club de aventureros, o algo por el estilo?

—Oh, desde luego —dijo Bertha—. Todos hacen igual. Enseñaron fotografías del fulano clavando la bandera en el suelo, y aquella bandera la tenían en el apartamento y se la regalaron a alguien con una serie de ceremonias.

—¿Y ese alguien se la llevó?

—Ese alguien se la llevó.

—¿Quién era ese alguien? ¿Le conoces?

—Diablos, no. Era un imbécil que se pasó la noche lamiendo las manos de Dean Crockett. Era el director de algún maldito club.

Me puse en pie, me desperecé, bostecé, y le dije:

—Bueno, me ocuparé de eso. ¿No te gusta mi idea de poner un anuncio, eh?

—Sal de aquí antes de que empiece a tirarte cosas a la cabeza.

Bajé a tomarme un café y compré un diario de la mañana.

Melvin Otis Olney, en su calidad de especialista en relaciones públicas, había hecho un buen trabajo. Se daba amplia información de la fiesta y aparecían fotografías de Dean Crockett segundo, con el pie apoyado en el cuerpo de algún extraño animal, y otras de Dean Crockett segundo plantando una bandera del «Club Internacional de Buena Voluntad».

A lo que parecía, el «Club Internacional de Buena Voluntad» tenía por misión fomentar la amistad internacional mediante la difusión de las costumbres y civilización de los diferentes pueblos y razas.

Regresé al despacho, y le dije a Elsie:

—¿Qué sabe de la chica del archivo?

—¿De Eva Ennis? No mucho.

—¿Desde cuándo trabaja con nosotros?

—Desde hace unas seis semanas.

—¿Qué impresión le causa Bertha?

—La aterroriza.

—¿Y yo?

—¿No preferiría averiguarlo por sí mismo? Después de todo —dijo con dignidad—, soy una secretaria, no una celestina.

—No piense cosas raras —le dije—. Esto es profesional.

—Me lo imagino.

—Dígale que venga, y para evitar su suspicacia, le permito que asista a la entrevista.

Me miró con curiosidad.

—¿De qué se trata?

—Hágala entrar y lo sabrá. Yo no la aterrorizo, ¿verdad?

—En apariencia, no.

—Muy bien, que pase.

Elsie salió y al cabo de un momento regresó con Eva Enni.

Examiné con atención a Eva. Tenía curvas y un aspecto de avidez sexual que se contradecía con la expresión recatada que en aquel momento mostraba su rostro. Vestía jersey de cuello alto, chaqueta y falda. El jersey era muy ceñido.

—¿Deseaba verme, Mr. Lam?

—Siéntese, Eva. Quiero hablar con usted.

Me sonrió provocativamente, sacó el pecho y después miró a Elsie.

—Siéntese, Elsie —dije—. Quiero averiguar algo sobre la vida amorosa de Eva y deseo un testigo.

Eva empezó a decir algo, cambió de idea y después balbuceó:

—No puedo imaginar un sistema mejor para enterarse de la vida amorosa de una chica que tener un testigo.

Asentí como si la observación tuviera sentido y dije:

—Trato de averiguar algo sobre el fotógrafo que estuvo aquí el otro día. Tal vez me interese encargarle un trabajo.

—Oh, Lionel —dijo. Después añadió—: Lionel Palmer.

—¿Qué sabe de él?

—¡Mr. Lam! Le conocí anteayer.

—No he preguntado eso —dije—. He preguntado qué sabe usted de él.

—Es simpático.

—¿A qué se dedica?

—Hace fotografías.

—¿Le habló mucho de su trabajo?

—Oh, sí. Viaja con Mr. Crockett y a él le corresponde tener un archivo fotográfico lo más completo posible de los viajes. Hace transparencias en color, después filma películas en color, y además

saca fotografías en blanco y negro, de modo que exista una documentación completa de todos los viajes en los tres sistemas: transparencias en color, fotografías en blanco y negro, y películas en color.

—¿Por qué todo ese material?

—En sus conferencias, Mr. Crockett utiliza las transparencias. Para la publicidad en la prensa usa las fotos en blanco y negro y para amenizar fiestas como la de anoche emplea las fotografías en color.

—¿Asistió usted anoche a la fiesta?

Hizo una pequeña mueca y dijo secamente:

—No.

—¿Por qué no? —pregunté—. Creía que iba a salir usted con Lionel.

—¿Quién le ha dicho esto?

—Vamos, vamos, Eva, no seamos quisquillosos. Soy un detective, ¿sabe? Después de hacer las fotos aquí le vi que sacaba una libretita y anotaba su número de teléfono.

—Mi dirección —dijo ella—. Me prometió una copia de la fotografía.

—¿Y no podía enviarla al despacho?

—Prefiero recibirla en mi casa.

—¿La tiene ya?

—No. Esta noche.

Sonreí y dije:

—El correo llega por la tarde. Supongo que la recibirá por entrega especial.

Sus ojos relampaguearon.

—¿Hay algo de malo en eso?

—Nada en absoluto, pero estábamos hablando de Lionel. Dejémonos de comedias. Salió usted con él anoche, y hoy vuelve a salir.

—Anoche no salí con él. Teníamos que hacerlo, pero hubo demasiado alboroto. Me telefoneó y anuló la cita. Él… él se proponía arreglar las cosas para que yo pudiera asistir a la fiesta y ver las películas; y después íbamos a irnos a tomar un bocadillo por ahí antes de que me acompañara a casa. Pero en la fiesta hubo jaleo y él no pudo marcharse, y yo no me atreví a permitir que me hiciera

entrar de matute porque… Bueno, ya sabe quién vigilaba junto al ascensor.

—Eso está mejor. ¿No sabe nada más de la situación hasta este momento?

—Hasta este momento —repitió significativamente.

—¿Sería pedirle demasiado que mañana me viniera a ver y me contara qué más ha averiguado?

—¿Qué más desea saber?

—Algo acerca del individuo; lo que hace. Y en especial cuántas fotografías tomó en la fiesta de anoche. Quiero copias de todas ellas.

—¿Por qué?

—Porque trabajamos para Mr. Crockett y es importante que las tenga. Podría obtenerlas por Mr. Crockett, pero preferiría trabajar con el fotógrafo. No me gusta revelarle mis métodos a un cliente. Lo único que quiero con él es entregarle el resultado y cobrar un cheque.

Vaciló por un momento, y con la punta de un dedo trazó dibujos en su falda, en el lugar donde quedaba tirante sobre su pierna cruzada.

—¿Qué hay? —pregunté.

—De acuerdo —dijo.

—Magnífico.

—¿Algo más?

—No.

Se puso en pie, encaminóse hacia la puerta, se detuvo y dijo:

—Entiéndalo bien, Mr. Lam, no soy ninguna delatora. Es… estoy dispuesta a ayudar en lo que sea honrado, pero nunca he traicionado a un amigo ni me propongo hacerlo.

—Nadie le pide que lo haga.

—Gracias —dijo, y salió.

Elsie Brand me miró.

—Supongo que sabrá lo que está haciendo.

—Todavía no —le confesé—. Voy dando palos de ciego por si así sale algo.

—Bueno, pues cuidado con esa chica. Lo único que sé son las chismorrerías de la oficina, pero se dice que tiene ideas muy liberales y lleva una vida bastante movidita.

—Gracias por el informe —dije.
Sus ojos relampaguearon.
—No es un informe. Es una advertencia.

capítulo cinco

EL «Club Internacional de Buena Voluntad» aparecía en el listín telefónico. Copié la dirección, salí y tomé un taxi.

Suponía que la oficina sería poco más que una dirección a donde enviar el correo; un cuchitril donde una empleada pudiese distribuir el correo. Me sorprendí al encontrar unos despachos suntuosos, con una sala de reuniones y una biblioteca.

El director salió amablemente a mi encuentro.

—Lam —le dije mientras nos estrechábamos la mano—. Estoy interesado en averiguar algo acerca del club. Soy escritor. Quiero publicar un artículo sobre su club.

—Soy Carl X. Bedford —me dijo el otro—. Desempeño el cargo de director y secretario. Estaré encantado en ayudarle todo lo que pueda Mr. Lam. En cierto modo formamos un grupo de idealistas que consideramos que nuestros objetivos son muy importantes.

—Bonito local tienen ustedes —le dije.

—Es pequeño. Nuestra biblioteca consiste en algunos libros de aventuras más bien raros, en revistas geográficas y publicaciones por el estilo. Tenemos un bar de autoservicio. Es decir: los miembros se traen sus propias bebidas y disponemos de una nevera que fabrica cubitos de hielo en cantidad. Somos pequeños, pero esperamos crecer.

Asentí, saqué una agenda del bolsillo, entré y empecé a mirar por todas partes.

—Concretamente, ¿a qué publicación representa? —preguntó Bedford.

—Soy independiente. Me gusta obtener material para artículos y luego los vendo a quien paga mejor.

—Entiendo.

Su voz había perdido parte de su cordialidad.

Seguí caminando y examiné los libros. Ninguno de ellos era nuevo. Tenían aspecto de haber sido sacados de otras publicaciones.

Al azar, saqué un libro de África, lo hojeé y encontré el nombre de Dean Crockett segundo escrito en las primeras páginas.

—Vaya, vaya —dije—, ¿ésta es la firma de Dean Crockett, el aventurero?

—Oh, sí. Tenemos muchos libros suyos.

—¿De veras?

—Sí. Ya sabe los problemas de las viviendas modernas. Cada vez son más pequeñas y no queda tanto espacio para los libros como… oh, digamos veinte años atrás, cuando la gente vivía en pisos mayores, o cincuenta años atrás, cuando toda casa bien montada disponía de una biblioteca.

—¿De modo que Crockett les donó sus libros de viajes y aventuras?

—Algunos de ellos.

—¿Otros donativos?

—Sí, nuestros miembros son muy generosos.

—¿Cuantos miembros son?

—Nuestra sociedad es muy selecta. Es… Bueno, míster Lam, con franqueza, nos fijamos más en la calidad que en la cantidad.

—¿Pero podría decirme qué cantidad?

—No creo que al club le agrade dar publicidad a estos detalles interiores, Mr. Lam. Nos interesaría mucho que se publicara algo acerca de los objetivos del club, el fomento de la buena voluntad internacional, la comprensión de las culturas extranjeras.

—Bueno, eso es magnífico. ¿Y cómo hacen para fomentar esa comprensión?

—El club organiza una serie de conferencias por todo el país. Tratamos de que el público se interese por los otros pueblos, sus ideales, sus costumbres, su civilización, su gobierno.

—Muy encomiable. ¿Tienen conferenciantes pagados?

—Oh, sí.

—¿Podría darme sus nombres?

Volvió a vacilar.

—Resultaría inoportuno citar nombres concretos. Alguien podría sentirse olvidado.

—Y tengo entendido que los propios miembros dan algunas de

esas conferencias —dije con indiferencia.

—Oh, sí. Ésta es una de las partes más importantes de nuestro programa.

Me encaré con él.

—Concretamente —dije—, ¿recuerda usted algún conferenciante que no sea miembro del club?

—No, creo que no. El asunto es tan delicado que el club desea un conocimiento lo más perfecto posible. Por lo tanto, no puede arriesgarse a dejar hablar en su nombre a alguien que tal vez tenga gran facilidad de palabra pero que no posea una información lo bastante precisa.

—¿Tienen una bandera del club?

—Sí, desde luego.

—Tengo entendido que algunas de sus banderas han sido plantadas en lugares remotos del mundo.

—Efectivamente, Mr. Lam. Tenemos una espléndida colección de fotografías mostrando las expediciones que han llevado la bandera del club.

—Si escribo este artículo, ¿podré obtener alguna de esas fotografías para ilustrarlo?

—Oh, sí, estoy seguro de ello. Estaremos encantados en prestársela.

—¿Tienen ustedes alguna descripción de esos viajes?

—Desde luego, Mr. Lam. Aquí hay toda una estantería llena.

Desplazó una puerta corrediza y me enseñó dos estantes llenos.

Cogí al azar un álbum. Era sobre un viaje a África realizado por Dean Crockett segundo.

Saqué otro. Contenía fotografías de una cacería de tigres en la India. Otro aludía a la caza mayor en Alaska.

—Bonitas fotos —dije.

—Sí que lo son.

—Me gustaría ver alguna de las banderas. ¿Las tiene usted aquí?

—Oh, sí, las guardamos en un armario. Un armario especial.

Abrió una puerta y sacó un panel que se deslizaba suavemente sobre rieles. Había unas dos docenas de banderas, con plaquitas metálicas atornilladas en las astas, donde figuraba el nombre del miembro del club y la expedición en que había participado la bandera.

Las examiné todas. Los mismos nombres se repetían varias veces. Había veintiséis banderas y cinco nombres distintos.

—Ésta que ocupa el último lugar —dije con indiferencia—, ¿pertenece a la expedición más reciente?

—Pues, sí —dijo—. Esta bandera me fue entregada anoche por Dean Crockett segundo. Fue plantada en las selvas de Borneo durante una expedición muy notable.

Saqué la bandera del panel y después hice lo mismo con la contigua, que había sido plantada por Crockett en una zona desértica de México.

Sacudí ambas banderas. La de México era sólida. Pero algo se movió y resonó en el asta de la de Borneo.

Dejé en su sitio la bandera de México, levanté la de Borneo y miré la parte inferior del asta. En ella había un tapón metálico con rosca.

—Oh, eso —dijo Bedford, riendo—. Es una concesión a la comodidad, Mr. Lam. Ha de saber que hay una punta intercambiable que se enrosca en la parte inferior del asta. Cuando ha de plantarse la bandera, el explorador coloca la pieza de metal puntiaguda. Está muy aguzada y facilita la tarea de plantar la bandera en el suelo. Después se toman fotografías y se efectúan las ceremonias del caso. Luego, cuando el explorador devuelve la bandera a casa, no resultaría oportuno tener un asta terminada con aquella punta. De modo que lo hemos arreglado para que se pueda desenroscar dicha punta y ser sustituida por este tapón llano. Esto evita accidentes y, claro está, facilita la tarea de guardar las banderas en este panel.

—Buena idea —dije, desenrosqué el tapón metálico, me lo guardé en el bolsillo y puse vertical el asta.

Un pedazo de madera largo y negruzco empezó a asomar.

Le ayudé a salir con la otra mano y dije:

—¿Qué es esto?

—Vaya, por amor del cielo —dijo Bedford—, esto…, Pero si es una cerbatana… Se parece mucho… mucho… ¡Pero si es igual que la cerbatana de Mr. Crockett! ¿Cómo diantres ha podido venir a parar aquí?

—Ése es el asunto —dije—. ¿Cómo diantres ha podido venir a parar aquí?

El objeto tenía más de un metro y medio de largo y era de una madera negra y dura que parecía hierro. Había sido calentado, frotado y pulido hasta que pareciese metal. Lo dirigí hacia la luz y el interior de la cerbatana era tan suave y pulido como el cristal.

Apoyé la cerbatana en el panel, volví a enroscar el tapón de la bandera, que ahora pesaba mucho menos que las otras, y la devolví a su sitio en el panel. Tomé la cerbatana y dije:

—Bueno, muchas gracias por su amabilidad.

—Eh, un momento —dijo Bedford—. ¿Qué se propone hacer con esa cerbatana?

—Pues me propongo devolvérsela a su propietario.

—¿Cómo sabe quién es?

—Lo sé igual que usted. Es la cerbatana de Crockett.

—Yo me encargaré de devolvérsela, Mr. Lam. Éste es un objeto propiedad del club.

Le sonreí y dije:

—Se lo devolveré «yo».

Avanzó unos pasos y me miró amenazador.

—¡De ninguna manera! —dijo enfurecido—. Deme esa cerbatana.

Repliqué:

—Es probable que pueda quitármela, pero cuando lo haya hecho cogeré el primer teléfono que encuentre y llamaré a la policía.

—No creo que a Mr. Crockett le agradara que se hiciese propaganda sobre esto.

—El sistema de que Mr. Crockett evite esa publicidad es que yo le devuelva la cerbatana y usted se mantenga callado.

—¿A qué viene todo esto?

Dije:

—Esa cerbatana fue robada. Yo estoy encargado de recuperarla. Éste ha sido el motivo de mi visita.

—Usted, usted…

Saqué una funda de cuero y le mostré mi tarjeta certificando que era un detective particular con la debida licencia.

—¿Satisfecho? —pregunté.

Sus ojos no dejaban de parpadear.

—¿Es usted detective?

—Sí.

—N… nunca lo hubiera imaginado.

No contesté.

—Me ha engañado usted.

—Tal vez desee decirme cómo es que se llevó usted anoche esta cerbatana del piso de Crockett.

—No me la llevé.

Le sonreí con una mueca burlona que consideré muy apropiada para el caso.

—Le aseguro a usted, Mr. Lam, que no sabía nada de eso. Como secretario del club, se me hizo entrega de la bandera, que yo me llevé para ponerle la placa oportuna y colocarla en el panel.

—¿Por qué no sostenemos una agradable conversación? —dije.

—¿Qué quiere decir?

—No le gustaría que se descubriera toda esta estafa, ¿verdad?

—¿A qué estafa se refiere?

—¿O tener que enseñar sus libros a los inspectores de hacienda? —pregunté.

—Desde luego que no. ¿Por qué íbamos a hacerlo?

—Tienen ustedes constituida una sociedad que obtiene beneficios.

—De ninguna manera, Mr. Lam. Estamos clasificados como una corporación benéfica cuyo objetivo es fomentar la buena voluntad y el entendimiento internacionales.

Le sonreí.

—Eso es lo que en realidad quería saber.

—¿Qué?

—Que están clasificados como corporación benéfica. Ahora le diré lo que en realidad sucede. Tienen ustedes una lista de miembros formada por ocho o diez individuos; probablemente no más. Tienen una serie de miembros honorarios que no son más que unos primos. Sus miembros activos donan grandes cantidades de dinero al club. A su vez, el club financia sus gastos cuando salen de viaje.

»Tomemos por ejemplo a Dean Crockett. Quiere ir a Borneo. Tiene su yate, su fotógrafo, su experto en relaciones públicas, su mujer y cuatro o cinco invitados. Si fuese allí y lo catalogase como expedición de placer, los gastos resultarían prohibitivos incluso para un hombre de su fortuna. Cuando hubiese pagado los gastos, y

hubiese ganado lo suficiente para pagarlos y después pagar los impuestos sobre el dinero gastado en el viaje, estaría en la ruina.

»Pero hace al club un donativo de cincuenta mil dólares y después el club patrocina una expedición de Crockett a Borneo. Crockett regresa y entrega al club una bandera, y una copia de las películas filmadas durante el viaje. También cuida de que su fotógrafo prepare un álbum sobre la expedición, que queda archivado en el club. Presenta su nota de gastos, de cincuenta mil seiscientos siete dólares.

»Crockett no necesita mencionar los gastos del viaje como ingresos suyos particulares, puesto que el club le ha subvencionado. Por otra parte, los cincuenta mil dólares que ha entregado el club son un donativo benéfico y quedan libres de impuestos.

»De esta manera, un grupo de miembros millonarios consiguen realizar sus expediciones de caza, sostener sus yates y llevarse de excursión a sus amigos sin tener que pagar ni un céntimo de impuestos.

»Supongo que incluso la fiesta que anoche dio Dean Crockett a sus amigos estaba calificada de conferencia para fomentar la buena voluntad internacional y el entendimiento entre la élite social de esta ciudad y las tribus salvajes de Borneo. Ustedes pagarán los gastos y Crockett les hará un donativo para cubrirlos.

Bedford me miró con expresión consternada.

—¿Para… para quién trabaja usted?

—Por el momento trabajo para Dean Crockett.

—Pues no lo parece.

—Que se cree usted eso. Realizo una misión especial para ese fulano. Me ha contratado para recuperar la cerbatana. Y ya la tengo.

»Todo lo otro que le he contado lo he hecho únicamente para meterle en la mollera que no le conviene hacer el tonto conmigo, porque en caso contrario todo este asunto aparecerá, en los diarios. Y si sale en los periódicos, se queda usted sin su bonita colocación.

Permaneció inmóvil, digiriendo mis palabras.

—Buenos días, Mr. Bedford —dije, al tiempo que cogía la cerbatana.

Lanzó un profundo suspiro.

—Buenos días, Mr. Lam —dijo inclinándose cortésmente.

Y me marché, con la cerbatana bajo el brazo.

capítulo seis

EL domicilio de Lionel Palmer se hallaba en un distrito de edificios de tipo barato y anticuado. En un tiempo, éstos habían albergado casas respetables y tal vez despachos lujosos, pero ahora estaban dedicados a pensiones, a pequeños talleres y a negocios de cuarta categoría.

Cuando abrí la puerta marcada «
LIONEL
PALMER
-
FOTÓGRAFO
-
ENTRADA
», una campana sonó en el interior del apartamento. Se encendió un letrero luminoso en el que se leía:

«El fotógrafo está en el cuarto oscuro. Saldrá dentro de un momento. Por favor, siéntese y espere».

Miré a mi alrededor.

Había una mesa, un sillón giratorio, un par de sillas de recto respaldo, una cámara de estudio, varios telones de fondo y un estante lleno de cámaras pequeñas. El estante en cuestión estaba protegido por una puerta deslizante de cristal.

Había varias fotografías enmarcadas y un buen número de ampliaciones de escenas de caza, en todas las cuales Dean Crockett segundo ocupaba el lugar más destacado.

Palmer tardó unos dos minutos en salir. Parpadeó deslumbrado.

—Lamento haberle hecho esperar —dijo—. Estaba en el cuarto oscuro cargando unos chasis y… Bien, bien, bien, es el detective.

—En efecto.

Me puse en pie y nos estrechamos la mano.

—¿Qué está haciendo por aquí? Es decir, ¿puedo hacer algo por usted?

—Estoy llevando una doble vida —expliqué.

—Eso no es nada. Las dobles vidas son sencillas. Son las vidas triples o cuádruples las que causan emociones. ¿Qué desea?

—Fotografías.

—¿De qué?

—De la reunión de anoche.

—Ahora las estaba preparando.

—Quiero estudiar las fotografías.

Frunció el ceño por un momento, y después dijo:

—Está, bien, le trataré como si fuese de la familia. Pase.

El cuarto oscuro estaba construido en forma de ése, de manera que la luz exterior no podía entrar en él. Era un cuarto grande. Una luz anaranjada iluminaba las fotografías femeninas.

Las paredes estaban literalmente cubiertas de fotos de mujeres; algunas de ellas eran desnudos artísticos; otras no eran más que mujeres desnudas; otras eran de un tipo más audaz de lo que ninguna revista se atrevería a publicar. No había otras fotos que las de esas mujeres. Las únicas que llevaban más ropa de la que podía cubrirse con un par de sellos, estaban encima del ventilador de una casa encantada, o algo por el estilo.

—¡Vaya colección! —dije, mirando a mi alrededor y lanzando un silbido.

—Me muevo bastante —admitió Palmer.

—Quiero copias de las fotos que tomó en la fiesta de anoche —le expliqué.

—¿Para qué?

—Para estudiar las caras de los que asistieron.

—¿Trabaja para Crockett, Lam?

—Eso es.

—¿Cree que esas fotos le ayudarán a recuperar los objetos robados?

—Tal vez.

—¿Sería eso interesante para usted?

—¿En qué sentido?

—¿Obtendría una recompensa?

—Nadie ha dicho tal cosa, por lo menos de momento. Mi socia se cuida de la cuestión económica.

—¿Le ayudarían mis fotos a obtener un triunfo destacado?

—No lo sé.

—Si le ayudo, tal vez usted pudiese ayudarme.

—Tal vez.

—Resulta que precisamente ahora estoy muy mal de fondos —dijo—. ¡Maldita sea! El dinero se me va como el agua. Esta noche tengo que salir con una chica.

—¿Ha estado cortejando a la empleada de la oficina? —pregunté.

—¿De qué oficina?

—De la nuestra.

—Oh, esa chica. —Sacó una libretita del bolsillo, encendió una luz más brillante, hojeó el cuaderno de direcciones y dijo—: ¿Cómo se llama? Oh, sí, Ennis. Eva Ennis. Aquí está su número de teléfono.

—Esa libreta parece muy llena —dije.

La hojeó, se encogió de hombros y dijo:

—Después de haber salido con una chica tres o cuatro veces me canso. Me gusta la variación y encontrar caras nuevas.

—Me encantaría hablar de mujeres con usted, pero he de ocuparme de las fotos que tomó anoche. ¿Hizo muchas? —pregunté.

—Unas cincuenta.

—¿Puedo ver alguna ahora?

—Aún no tengo reproducciones, pero puede echarles una mirada. A eso me he dedicado hoy, a revelar los negativos y a sacar algunas pruebas a tamaño 20 por 30. Empiezan a salir del secador. ¿Quiere verlas?

—Claro que sí.

El fotógrafo manipuló un tambor grande cubierto de lona. Oí un ruido peculiar, la lona se retiró y vi un gran tambor de metal, pulido hasta parecer un espejo.

Palmer abrió una portezuela y salieron las copias: unas tres docenas.

—Es un buen trabajo —le dije.

—Yo sólo hago trabajos de calidad.

—Tienen un tacto estupendo.

—Es papel de doble gramaje, y lo impregno en un baño de glicerina después de haber lavado el hiposulfito y antes de meterlo en el secador.

Empecé a mirar las reproducciones.

—Hay algunas chicas muy atractivas —dije.

—Ajá.

—¿Sabe cómo se llaman?

—Puedo averiguar sus nombres. Cada fotografía está numerada. Cuando hago la foto numero el cliché; y después, en una libreta, anoto los nombres, siempre de izquierda a derecha.

—¿Y direcciones?

—Eso depende. Hay personas que quieren copias, mientras que a otras les da igual.

—¿Crockett les da las reproducciones?

—Se las doy yo. Crockett quiere las fotos. Yo les explico que tienen que llegar a un acuerdo conmigo.

—¿Qué clase de acuerdo? —pregunté.

Me guiñó un ojo y dijo:

—Depende de la edad.

Apoyó el dedo en una fotografía que mostraba a una atractiva joven.

—A esa chica le encantan las fotografías —dijo—. Está loca por ellas. ¿Sabe lo que pienso? Que intenta introducirse en las películas o en la televisión y que quiere tener buenas fotos. Hace un tiempo me pidió que le hiciera varias instantáneas. ¿Quiere verlas?

—Desde luego.

Abrió otro cajón, sacó las acostumbradas fotografías profesionales de tamaño veinte por treinta. Algunas de ellas eran retratos, y otras de cuerpo entero, en traje de baño o enseñando las piernas.

—Es atractiva —comenté.

Vaciló un momento y después sacó otro sobre del cajón.

—Parece usted un buen sujeto —dijo—. Quizá éstas le interesen.

Abrí el sobre. Contenía media docena de fotos de la misma chica, en tamaño trece por dieciocho. En esta ocasión ella había posado para fotografías cuyas poses, estoy seguro, habían sido propuestas por el fotógrafo. La ropa brillaba por su ausencia.

—¿Qué le parecen?

—Tiene clase —dije.

—Hay muchas que son así. Yo no pierdo el tiempo con ellas, a menos de que tengan verdadera clase.

Se quedó pensativo mirando las fotografías. De repente, echó la cabeza atrás y empezó a reír.

—¿Sabe cómo conocí a esa chica, Lam?

—¿Cómo?

—Es un truco que he inventado yo, y amigo, resulta sensacional.

No dije nada.

—¿Ha estado en el aeropuerto y ha visto esas máquinas en las que se puede obtener un seguro de ciento veinticinco mil dólares en pólizas de doce mil quinientos o veinticinco mil?

Asentí con la cabeza.

—Muy bien —dijo—. Usted sale con una chica, no se propasa en absoluto a menos que sea ella la que empiece; le sigue la corriente, la tiene intrigada. Después se va al aeropuerto, mete unas perras en esa máquina y saca una póliza a favor de la chica. Obtiene también una copia de la misma que mete en un sobre y se la envía por correo.

—Y luego, ¿qué?

—Se olvida del asunto —dijo—. Al cabo de una o dos semanas, la visita. Ella desea verle. Está, intrigada a más no poder. Dice: «¿Cómo es que recibí esa póliza de seguro?».

»Usted la mira, hace un ademán de indiferencia. Dice: “Oh, al diablo. Iba a hacer un viaje en avión, vi esa máquina de seguros y tuve el presentimiento de que tal vez iba a ser esa vez”. Después se ríe y dice: “Fue un presentimiento falso. No dio resultado”.

»Pero la chica le mira a usted de manera extraña. Dice: “Está bien, tuvo ese presentimiento, ¿pero cómo es que puso mi nombre en la póliza?”.

»Desde luego, ahora llega el punto en que debe llevar mucho cuidado en no pasarse de rosca y encontrarse ya comprando un anillo de pedida. Empieza usted a hablar aprisa. Le dice que tal vez no lo comprenda, pero que hay en ella algo que causa verdadera impresión en un hombre; su forma de sonreír, la manera como anda, y así sucesivamente. Y casi sin darse cuenta, la tiene usted en el bolsillo.

»Muchos individuos cometen el error de tratar de conquistar a

una chica con sus atractivos. Lo que conviene es explicarles los atractivos que tienen ellas y lo fácil que debe de serles conquistar a un hombre. Desde aquel momento, ellas son quienes tratan de conquistarte. ¿Entiende lo que quiero decir? A ninguna chica le gusta pensar que no puede flechar a quién se proponga.

—Vaya, que me ahorquen —dije pensativamente—. ¡Qué diablos! ¿Y esto se le ha ocurrido a usted solo?

—Desde luego. Así he conquistado a muchas. Un individuo con tan buen gusto como yo le gusta moverse y necesita compañía. Le explicaré otro truco estupendo si se encuentra en una ciudad extraña.

—¿De qué se trata?

—Métase en una cabina telefónica del aeropuerto y empiece a hojear el listín. Hay algo en que tal vez usted no se haya fijado: un individuo llega a una ciudad, tiene allí una amiguita y lleva mucha prisa. Los individuos que viajan en avión son de los que no pierden el tiempo. Mientras esperan a que les entreguen el equipaje, se meten en la cabina telefónica y hacen una llamada.

»Y ocurre lo siguiente. Por lo general, en las cabinas esas la luz es insuficiente. El hombre debe levantar el listín para que la luz dé en la página que le interesa. Entonces saca un lápiz y hace un puntito junto al nombre. De esta manera, si el teléfono comunica a la primera llamada puede meter de nuevo la moneda, leer otra vez el número y marcarlo.

—¿Y esos números son todos interesantes? —pregunté.

—No, diablos —dijo—. Unos son los nombres de amigos de la juventud; otros son números de negocios. Pero algunos son de chicas y ofrecen buenas perspectivas.

»Hay que usar la cabeza. Si el nombre es E. L. Lewiston, no interesa, pero si está escrito

Evelyn L

. Lewiston, vale la pena intentarlo.

»De modo que echa usted una moneda y lo prueba. Contesta una voz femenina y usted empieza a maniobrar. Le dice: “Apuesto a que no me recuerda usted. La última vez que la vi, yo iba con otra mujer. Usted tenía una cita con el otro individuo y yo ni siquiera pude concentrarme en mi pareja porque se me iban los ojos tras de usted”.

—¿Y después?

—Si ella no es de esa clase, se mostrará muy digna, y le dirá que se ha equivocado de número. Pero si es del tipo que anda usted buscando se interesará. Tratará de recordar cuándo y dónde, y usted se hace el misterioso y le dice que no quiere molestar al amigo con quien ella salió, pero que estaba decidido a telefonearle y a averiguar qué probabilidades había de verla.

»Diablos, hay una docena de sistemas para entablar una conversación. Según lo que ella diga, usted improvisa y encuentra el sistema de engatusarla.

—Yo no pienso tan de prisa —dije.

—Cuando tenga a una chica al otro extremo de la línea, ya lo creo que sí. Siempre puede decirle que recuerda lo que la otra chica dijo sobre ella. Una fulana puede o no puede querer saber qué aspecto tiene usted, pero no hay duda de que querrá enterarse de lo que la otra chica dijo sobre ella. Ése es un truco que nunca falla.

—¡Caramba! —exclamé, embobado—. ¡Qué bien conoce a las mujeres!

—Sí, las conozco —admitió—. Oiga, no sé por qué he empezado a explicarle todos esos trucos; pero será mejor que escoja usted las fotos que quiera; mientras tanto yo escogeré a varias chicas y podemos organizar una salida. Además, tengo trabajo. Usted puede sentarse en el despacho y examinar el material.

Me instaló en el despacho, me dio un montón de fotografías y dijo:

—Voy a cargar unas cuantas placas más, y después he de sacar del baño un material que estoy revelando. Cuando haya terminado de ver esto, puede entrar. Mire también esos álbums. Todas las fotos son de chicas de primera categoría.

Le di las gracias y me senté junto a la mesa.

Una vez se hubo metido en el cuarto oscuro, empecé a examinar el despacho. Miré el montón de cámaras que había en el estante y separé la que había utilizado para las fotos tomadas en nuestra oficina. Era una Speed Graphic. La abrí. Dentro no había nada. Miré en el interior de otras dos cámaras y me temí haber fallado el tiro. Supuse que debería apechugar con una salida junto con el sujeto y con un par de sus chicas para conseguir lo que me interesaba.

Entonces vi otra Speed Graphic provista de un objetivo de gran

ángulo. Me apoderé de ella y la abrí. Allí estaba: un buda de jade de unos diez centímetros de alto, envuelto en algodón. En la frente llevaba un grueso rubí.

Me guardé la estatua en el bolsillo, examiné las ampliaciones de los álbums. Escogí algunas fotos de la fiesta, entré en el cuarto oscuro y dije:

—Aquí tengo una lista de las fotos que quiero.

Cogió la lista y dijo:

—Estupendo. Mañana les sacaré las copias. ¿Ha encontrado alguna chica que le hiciera gracia?

—Todas me han gustado. Será mejor que las escoja usted.

—¿Dónde nos encontramos esta noche? —preguntó.

—Un momento. Antes tengo que llamar a mi oficina para saber si estoy libre.

Llamé al despacho y dije:

—Al habla Donald Lam. ¿Dónde está mi secretaria? ¿Puede ponerse?

—Un momento —dijo la telefonista.

Al cabo de un momento, sonó la voz de Elsie Brand, que dijo:

—¿De qué se trata, Donald?

—Oiga, esta noche tengo un plan estupendo. ¿Hay algún inconveniente en que salga con un amigo y un par de fulanitas?

La voz de Elsie era más fría que el hielo.

—No se me ocurre ninguno.

—¡Un momento! —le grité—. No cuelgue. Vaya y pregúnteselo a Bertha.

—Bertha no está.

—Esperaré —dije.

Hubo un momento de intrigado silencio al otro extremo de la línea y después Elsie Brand colgó.

Seguí escuchando por el aparato durante un par de minutos y después dije:

—Hola, Bertha. Esta noche tengo un proyecto especial y…

Me interrumpí y procuré que en mi rostro se dibujara la decepción.

Al cabo de un momento, insistí:

—Pero, oye, Bertha, se trata de algo muy especial. Yo…

Al cabo de un poco, volví a probar.

—Mira Bertha, se trata de negocios. De verdad. Este individuo está muy bien relacionado con… con un cliente nuestro. Quiere que…

Después de unos cuantos segundos dije con cansancio:

—Está bien, si no hay más remedio… Está bien, está bien, no chilles más. Ya me ocuparé yo de eso.

Colgué el teléfono con rabia y meneé la cabeza mirando a Lionel Palmer.

—Tengo trabajo —le dije—. Eso es lo malo de esta profesión.

Su rostro mostró desencanto.

—Lástima, me ilusionaba pasar una noche agradable.

—Y a mí me interesaba que me diese unas lecciones. Estoy seguro de que hubiese aprendido parte de lo que usted sabe sobre las mujeres.

—Siga en contacto conmigo, y ya le enseñaré —dijo—. Parece usted una buena persona.

Nos dimos la mano, y me marché.

capítulo siete

ENTRÉ en mi despacho. Elsie Brand me saludó fríamente.

Cerré la puerta y dije:

—Escuche, amiguita, la próxima vez que necesite su ayuda por lo menos sígame la corriente y no empiece a enmarañarme el juego.

—¿Qué quiere decir?

—¡Sabe de sobras lo que quiero decir! Si tuviese un plan, no iba a pedirle a usted permiso para aprovecharlo. Cuando le telefonee con un cuento así, por lo menos permanezca al aparato y sígame la corriente hasta que pueda enterarse de lo que me propongo. Nadie le ha dicho que alguien no escuchó la llamada de anoche. El caso es que tuve que seguir hablando por los codos después de que usted hubo colgado el aparato a fin de poderme escabullir de una cita que no me interesaba.

Su rostro se iluminó.

—Oh, lo siento, Donald. No sabía lo que se proponía usted.

—La próxima vez, confíe un poco más en mí. Manténgase a la escucha y trate de averiguar cuáles son mis propósitos.

Me acerqué a mi armario, lo abrí y saqué la cerbatana.

—¿Le importaría explicarme qué es eso? —preguntó Elsie—. He abierto el armario para colgar el abrigo y… Es el chisme más extraño que he visto en mi vida.

—Esto es la base de una suculenta facturita… —dije—. ¿Está Bertha?

—Sí.

—¿Sola?

—Eso creo. ¿Quiere que la llame?

—No es preciso. Yo iré.

Cogí la cerbatana y me metí en el despacho de Bertha. Bertha vertía palabras en un dictáfono con su voz estridente y metálica.

Alzó la vista, enojada, cerró el dictáfono y dijo:

—Maldita sea, cuando te necesito no hay manera de encontrarte, pero cuando estoy dictando una carta importante, tú… Donald, ¿qué diablos es eso?

—Esto es la cerbatana perdida.

Me metí la mano en el bolsillo y saqué el buda de jade.

—Y éste es el buda que faltaba.

»Como eres tú quien ha sostenido los contactos con Dean Crockett segundo, tal vez preferirías devolverle personalmente estos objetos.

Bertha me miró con la cabeza gacha; sus ojillos porcinos parecían por una vez enormes.

—¡Diablos! —exclamó.

Dejé la cerbatana en un rincón, me sacudí una motita de polvo imaginaria de la manga de mi americana, y dije:

—Bueno, voy a marcharme…

—¡Eh, tú bastardo, ven aquí! —me chilló Bertha Cool.

Me detuve y la miré sorprendido por encima del hombro.

—¿Algo más? —pregunté.

—Algo más. ¿Dónde diantres has encontrado esas cosas?

—En poder de las personas que las robaron.

Los diamantes de Bertha Cool relampaguearon en el aire mientras con el dedo me indicaba una silla y decía:

—Aparca tu trasero ahí y cuéntame qué diablos es todo eso.

No es frecuente que uno consiga colocar a Bertha en una situación así. Me sentí muy a gusto.

Me instalé en la silla y encendí un cigarrillo mientras los relucientes ojos de Bertha estaban fijos en mí, y se ponía más furiosa a cada momento que pasaba.

—No tengas prisa —dijo Bertha—. Tengo libre el resto de la tarde.

—Bueno —dije—, tú estuviste junto al ascensor, observando a la gente que entraba y a la gente que salía. La cerbatana medía más de un metro y medio de largo. Tenías que ser muy tonta para dejar que alguien pasara ante tus narices llevándosela.

—¿Quieres decir que no se la habían llevado? —preguntó.

—No. Se la llevaron. Tuvieron que llevársela. El apartamento había sido registrado sin que apareciera la cerbatana. O bien se la

habían llevado o la habían echado por una ventana. Y no había indicios de que la hubieran tirado por una ventana.

—Continúa.

—De modo que sólo era necesario buscar algo que pudiera haberse sacado de la casa sin llamar la atención, algo que pudiese contener una cerbatana de más de un metro y medio de largo. Una vez orientado en este sentido, la cosa resultaba sencilla.

—¿Dónde estaba?

—En el asta de esa bandera del club que el secretario se llevó.

—Entonces, ¿él la robó?

—No lo creo.

—Él salió con la bandera.

—Desde luego, él fue quien la sacó —dije—. Pero dudo que supiese que la cerbatana estaba dentro.

—¿Por qué?

—Bueno, en primer lugar el golpe debía de estar organizado cuidadosamente. Los mástiles de esas banderas están hechos de modo que se los puede clavar en terreno duro. Son de madera muy dura. Ahora bien, alguien que conociese las dimensiones exactas de la cerbatana debía tomar esa bandera del club y hacerle un agujero en el asta o hacer que alguien se la hiciera. Esto no puede improvisarse. En primer lugar, es un trabajo delicado y de precisión. Y en segundo, dejaría virutas, serrín y desperdicios.

—¿Quieres decir que lo hicieron fuera del apartamento?

—Lo hicieron fuera del apartamento, con mucha precisión y ciñéndose a unas medidas muy exactas.

—Ésta sí que es buena —dijo Bertha—. Que me ahorquen… ¿Quién crees tú que planeó esa maniobra?

Me encogí de hombros.

—Se nos ha contratado para que recuperemos los objetos.

—¿Qué me dices del buda? —preguntó Bertha.

—Lo del buda ha sido sencillo.

—Sí, desde luego —dijo Bertha con un tono de admiración involuntaria en su voz—. Has cogido una lista de los invitados, has ido a ver al que había robado la estatua y le has dicho: «Devuélvamela», y eso es todo.

—En realidad —dije—, fue incluso más sencillo que eso.

—¿Qué quieres decir?

—Sabíamos que dentro del ascensor particular que sube al apartamento se había instalado un equipo de rayos X semejante a los que hay a la entrada de ciertas penitenciarías. Siempre que alguien salía del apartamento, permanecía durante unos segundos ante la máquina de rayos X; tiempo suficiente para que el vigilante situado en el ascensor pudiera hacer un inventario completo.

»Tú sabías eso, yo también, y presumiblemente la persona que se proponía llevarse el buda tampoco lo ignoraba; pero el aparato de rayos X no reveló la presencia de la estatua. Por lo tanto, no la sacaron por el ascensor, o al menos de una manera corriente.

—¿Qué quieres decir con eso de una manera corriente?

—Quiero decir que la persona que se llevó el ídolo no fue examinada con rayos X.

—¿Por qué no?

—Porque fue la única persona a la que no se miró con los rayos. Debía haber órdenes de desconectar el aparato cuando bajara esa persona concreta. Sólo se me ocurre una, para quien fuese necesaria tal precaución.

—¿Quién?

—El fotógrafo. Entraba y salía con cámaras y películas. Los rayos X hubiesen velado los negativos. Y como las fotos de la fiesta no resultaron veladas, no hay duda de que el equipo fotográfico no fue sometido a los rayos X, ni al entrar ni al salir.

Bertha parpadeó, sopesando mis palabras.

—¿Y el fotógrafo lo tenía?

—Estaba oculto en su equipo. Digámoslo así.

—¿Qué ha dicho cuando tú lo has encontrado?

—No sabe que yo lo tengo. Se lo he robado.

—¡Vaya! ¡Que me ahorquen! —exclamó Bertha.

Me levanté y salí del despacho.

capítulo ocho

ELSIE Brand me enseñó un recorte de periódico.

—¿Ha visto esto? —preguntó.

Era una columna de chismorreos, con una serie de noticias acerca de personas que gozaban de popularidad, con una serie de insinuaciones veladas que probablemente habían sido inventadas por el propio periodista, tales como:

«¿Qué empresario está viviendo en las nubes, ignorante del hecho de que su esposa le está haciendo seguir desde hace dos meses por detectives particulares y lo sabe todo acerca del apartamento de Nob Hill?». «¿Cómo es que cierto abogado, cuyo apellido comienza por H, le busca siempre trabajo nocturno a su secretaria los miércoles, cuando su esposa asiste a la reunión de su club?».

—¿Por qué? —pregunté a Elsie.

Señaló con el dedo un párrafo casi al pie de la columna:

«Se rumorea que un rico personaje que pasa gran parte del tiempo viajando por países extranjeros y obteniendo material para una sociedad exenta de impuestos, ha estado ausente de su casa demasiado tiempo y demasiado a menudo. Su joven esposa tiene otros planes para el resto de su vida».

—¿Tiene esto que significar algo para mí? —pregunté.

—Debería —dijo ella.

Me disponía a decir algo cuando Bertha Cool apareció en la puerta, con un aspecto belicoso en el rostro, la oscura cerbatana en una mano y el buda de jade en la otra.

—No te creas que voy a desfilar por ahí con toda esta chatarra —dijo.

—Pero tú fijarás los honorarios, ¿no es así?

—Puedes apostar lo que quieras a que sí.

—Entonces, mejor será que tú misma tengas el último contacto con el cliente.

—El último contacto será, cuando determine los honorarios. No voy a hacerlo en su casa, presentándome allí como un mozo.

»He estado pensando mucho en esto. Donald, tienes que admitir que cuando se trata de cuestiones financieras, Bertha es la que tiene razón… Bueno, ahora te diré cómo hemos de hacerlo. Coges todo esto y se lo entregas. Le explicas cómo lo has encontrado. No hagas que parezca tan estúpidamente sencillo como cuando me lo has contado a mí.

»Vístelo un poco. Explícale tu razonamiento, pero no le digas que has empezado por la mitad del libro. Retrocede hasta el principio. Háblale de tus investigaciones para determinar que en realidad había sólo un ascensor. Viste la cosa.

—Tal vez le moleste.

—Me importa un bledo que le moleste o no. Bien tenemos que vivir. Él ya ha valorado esta chatarra en nueve mil pavos. Nosotros se lo hemos recuperado sin ningún alboroto o molestia para él.

Meneé la cabeza y dije:

—No, Bertha, no.

—¿Qué diablos quieres decir? Estoy hablando del dinero.

—Yo también hablo del dinero. Pero seamos lógicos. Si hubiésemos necesitado un mes para recuperar esto, podríamos jugar ahora la gran comedia. Pero en realidad, sólo hemos tenido que salir y cogerlo.

»Posiblemente, no podremos convertir esto en una operación de envergadura sin tropezar con asuntos de ética profesional, Por lo tanto, puesto que de todos modos va a resultar un trabajo relativamente pequeño, ¿por qué no minimizar el asunto y aparentar que cuestiones así las resolvemos antes del desayuno?

»Enviémosle la factura por un día de trabajo, y aderecémosla un poco con gastos de taxi, comidas, y otras minucias. Así tendremos buen cartel con un nuevo cliente. La próxima vez que Crockett necesite a alguien, contará con nosotros. Siempre que los amigos de Crockett necesiten un detective, acudirán a nosotros porque habrán oído que Crockett nos menciona.

Bertha parpadeó y dijo:

—Lo pensaré. Antes de enviar la factura lo consultaré con la

almohada. Tal vez no andes descaminado.

—Sé que no lo estoy.

—Está bien, Donald, llévale su chatarra a Crockett.

Dije:

—Si me prometes que serás moderada en la factura, le llevaré el material y le explicaré cómo ha ido la cosa.

—Trato hecho —dijo Bertha, y literalmente me empotró los objetos en las manos.

—¿Quiere que telefonee y le diga que va a verle? —preguntó Elsie Brand.

Vacilé por un momento y después sonreí y dije:

—No, quiero ver la cara que pone el fulano cuando le entregue los objetos. Aquel agujero no pudo hacerse en el asta de la bandera sin que alguien de la casa estuviera enterado; en otras palabras, tuvo que ser un trabajo hecho desde dentro. Quiero averiguar si Dean Crockett segundo lo preparó todo cuidadosamente para que se perdiera y nos llamó para que sirviésemos de cortina de humo, y en tal caso por qué lo hizo.

—No te muestres duro con él —me advirtió Bertha.

—No lo haré, a menos que descubra una pista que conduzca a donde quiero ir —contesté.

—¿Y el fotógrafo? ¿No pudo ser él el autor de todo esto? —preguntó Bertha.

—Podría, pero sobre este asunto tengo otra idea —le expliqué.

—¿Cuál?

—No estoy seguro de que el fotógrafo supiese que el ídolo estaba en la cámara.

—¿Por qué?

—Por la manera como estaba envuelto en algodón.

—¿Y eso qué tiene que ver?

Dije:

—Supón que una mujer quisiera ese ídolo y supiese que el mejor sistema de sacarlo era ocultándolo en el interior de un aparato fotográfico. La Speed Graphic que contenía el ídolo tenía un objetivo de gran ángulo. En otras palabras, era una cámara de un solo disparo. El fotógrafo la utilizó para retratar a los invitados sentados a la mesa, y después no había de volverla a utilizar más en toda la velada.

»Alguien que conocía al fotógrafo y la fotografía podía estar casi seguro de eso, y saber qué cámara era la adecuada para ocultar el ídolo de jade.

»De modo que alguna mujer que deseara ese ídolo utilizó a Lionel Palmer como hombre de paja para sacarle las castañas del fuego. Después, se proponía visitar el estudio de Palmer para fijar una entrevista, hacer alguna pregunta, o tal vez acudir a una cita con Palmer, que es el tipo más mujeriego que te puedas imaginar. No tenía más que esperar una oportunidad, abrir la cámara, sacar el ídolo y ya está.

—¿Y qué me dices del algodón? —preguntó Bertha.

—Eso es lo que me hace pensar que el fotógrafo no lo hizo.

—Explícate.

—El algodón estaba metido de cualquier modo. Las hebras sueltas de algodón pueden meterse en los engranajes de la cámara y echarla a perder. Un fotógrafo hubiese metido una gamuza en el interior de la cámara, pero nunca se le hubiese ocurrido envolver el ídolo en algodón y luego meterlo en el aparato.

Los ojillos ávidos de Bertha se iluminaron.

—Oye —dijo—, se me ocurre una idea. Cuéntale que de momento no puedes explicarle dónde has recuperado el ídolo, porque estás trabajando en ello y tratando de fijar responsabilidades. Esto nos dará cuatro o cinco días más de tiempo. Puedes rondar por el estudio de ese fotógrafo y ver quién se presenta.

—Me sería imposible permanecer una semana en las proximidades de ese tipo, sin estrangularle.

—Entonces yo me cuidaré de él —anunció Bertha—. Es una idea que hemos de desarrollar. Después, podemos hacer un informe completo a Crockett y decirle si debería despedir a ese fotógrafo, o bien si es un tío decente.

—Si tratas de frecuentar su compañía, te enterarás de muchas realidades de la vida —dije.

—Conozco las realidades de la vida —dijo Bertha.

—Descubrirás ramificaciones, variaciones.

—He sido ramificada, verificada y transmutada. Lárgate de aquí. Tú entretén a Crockett, y yo me encargaré de hacer desembuchar a ese fotógrafo… O quizá pudiéramos utilizar para ello a Eva Ennis.

Observé que se fijaba mucho en ella.

Meneé la cabeza y dije:

—Estás completamente equivocada, Bertha. Lo que hay que hacer es poner las cartas boca arriba con Crockett, olvidar el asunto, y luego, si desea alguna información adicional sobre Lionel Palmer, nos encargará que se la consigamos.

Bertha suspiró con cansancio.

—Discutir contigo —dijo—, es tan inútil como tratar de discutir con el calendario. Lárgate de aquí y haz lo que te parezca. Igual vas a hacerlo…

capítulo nueve

NO pude pasar más allá, del mostrador que había en el vestíbulo de la casa sin explicarle al portero a quién iba a ver. La maldita cerbatana…

Si hubiese podido entrar como si fuera el propietario, al menos hubiese tenido una oportunidad de eludir su vigilancia. Pero aquella cerbatana me hacía destacar como un fenómeno.

—Tendré que anunciarle —dijo el hombre.

—Diga que Donald Lam desea ver a Mr. Crockett.

Transmitió el recado y después dijo:

—Mr. Lam, Mr. Crockett no está visible ahora, pero su esposa le recibirá en el estudio. Está en la Planta número 20, al otro lado del edificio. Haré que un *botones* le acompañe.

—De acuerdo.

Pensando bien en ello, nadie iba a sorprender ninguna expresión en el rostro de Dean Crockett segundo. El sujeto se había rodeado de demasiadas vallas. Sencillamente, no quería que le sorprendieran.

Un *botones* subió conmigo hasta el piso vigésimo, y después, en lugar de dirigirse hacia donde el ascensor privado conducía al apartamento de Crockett, me condujo por un pasillo y tocó el timbre del apartamento 20 A.

Mrs. Crockett acudió a abrir, sonriente y amable. Llevaba una blusa de pintor y despedía cierto olor a aguarrás.

Vio lo que yo llevaba y su rostro perdió la sonrisa. Una expresión intrigada apareció en sus ojos.

—¡La cerbatana! —dijo.

—La cerbatana —repetí. Y añadí—: Tengo también…

—Mr. Lam, pase por favor.

Despidió al *botones* con una sonrisa y yo entré en el

apartamento.

—Aquí tengo mi distracción —dijo ella, a guisa de explicación —. Aquí es donde paso buena parte del tiempo. Me encanta pintar, y mi esposo está ausente muy a menudo. Dispongo de mucho tiempo.

Me miró maliciosamente.

—Y ya sabe lo que se dice acerca de que el diablo encuentra ocupación para las manos ociosas.

—¿Y por eso teme que las de usted estén sin hacer nada?

—No es que lo tema. Pero creo que así es mejor. —Después me miró y dijo—: No siempre están ociosas. Entre en mi estudio.

Evidentemente, el apartamento había sido diseñado como estudio. Los paneles de vidrio subían hasta muy alto; Había grandes cortinas que permitían graduar la luz. Había un caballete, un lienzo en él, docenas de cuadros esparcidos por todas partes y una modelo desnuda ocupando un estrado, en una posición que en cierto modo recordaba a las figuras femeninas que durante un tiempo fue moda colocar en los tapones de los radiadores de los automóviles.

—Oh, me había olvidado de ti —dijo Phyllis Crockett—. Yo… Pero supongo que no te importará.

—Bueno, aunque me hubiese importado, es demasiado tarde para protestar —dijo la modelo.

Phyllis Crockett rió.

—Me atrevería a decir que Mr. Lam ha visto ya en otras ocasiones mujeres desnudas.

Se acercó a una silla, miró a su alrededor y preguntó:

—¿Dónde está esa bata tuya, Sylvia? Creía…

—La he colgado en el armario después de quitármela.

—Voy a buscarla, y después haré las presentaciones.

La muchacha rió y dijo:

—Oh, no te preocupes, preséntame y luego cogeré el envoltorio.

Phyllis dijo:

—*Miss* Hadley, éste es Donald Lam. Ha estado trabajando para… Bueno, trae unas cosas para Dean.

Sylvia Hadley me sonrió, y dijo:

—Encantada de conocerle, Mr. Lam.

Y se dirigió tranquilamente hacia el armario.

Se echó una bata sobre los hombros, acercóse y se sentó.

Entonces me fijé bien por primera vez en su rostro. Era el de la muchacha cuyas fotografías había visto aquel mismo día en el estudio de Lionel Palmer.

De repente se me ocurrió una idea.

—¿Trae usted la cerbatana y la…? —preguntó mistress Crockett.

—La cerbatana —dije con firmeza, interrumpiéndola.

—Oh, había creído entender que traía la…

—La cerbatana —volví a interrumpirla, sonriendo—. En cuanto a la otra parte del trabajo creo que hacemos progresos, pero… —me volví hacia la modelo y dije—: ¿Es usted modelo profesional, *miss* Hadley?

La muchacha asintió con la cabeza y sonrió.

—En realidad —dijo Mrs. Crockett—, es amiga mía y una muchacha muy recatada, excepto cuando trabaja de modelo. Pero últimamente ha pensado en adoptar esta carrera. Su vida ha experimentado ciertos cambios y…

Sylvia Hadley se echó a reír y dijo:

—Oh, déjate de circunloquios, Phyllis.

Volvióse hacia mí.

—Mi marido ha resultado ser un perfecto granuja. Ha derrochado cuanto yo tenía y después se ha ido con otra mujer, dejándome plantada. Phyllis es muy amable al asegurar que éste es un favor de amiga que le hago, pero en realidad me paga por ello.

»Sabía que ella pintaba y alquilaba modelos, y me consideré apta para hacerlo, de modo que le pedí que me pagase lo mismo que paga a las modelos.

»Ahora ya lo sabe usted todo, Mr. Lam, y no hay necesidad sentirse violento ni de ocultarlo. Después de todo, trabajo para vivir. Todos sufrimos altibajos, y éste es uno de ellos.

Examiné alguno de los cuadros y dije:

—Evidentemente, tiene usted un trabajo casi fijo.

Phyllis rió.

—No sé si se habrá fijado usted, Mr. Lam, pero Sylvia tiene una figura divina. Quiero plasmarla en mis lienzos, en todas las poses que me sea posible.

—Me he fijado —dije secamente.

—¿En los cuadros?

—En la figura.

—Eso me había parecido —observó Sylvia discretamente.

—¿No está visible su esposo? —pregunté a mistress Crockett.

—Mi marido tiene lo que llama una *suite* de hibernación —dijo —. Resulta muy molesto. Se mete en ella siempre que ha de hacer un trabajo, y cierra la puerta bajo siete llaves. Y cuando está allí, nada, nada en absoluto puede molestarle, Mr. Lam. No está visible para su esposa, para sus amigos, ni para nadie.

»Por lo visto, ahí es donde escribe sus libros de viaje. Se instala cómodamente y dicta horas enteras…

—¿A una secretaria? —pregunté.

—No hay secretaria. A un dictáfono. Tiene una cocinita bien surtida con la clase de comida que puede prepararse sin demasiadas molestias: huevos, verdura enlatada, chilli con carne, arroz, pan integral… Hay que reconocerle esto a Dean. Es muy buen cocinero y puede subsistir con una dieta de proteínas concentradas, sin necesitar nada de verdura… A veces se queda ahí dos o tres días seguidos.

—De modo que deduzco que no le interesa la recuperación de su cerbatana.

—Claro que le interesa. Muchísimo. Pero no querrá saber nada de ello hasta que salga de su hibernación.

—¿Y puede decirme cuándo será eso?

Phyllis encogió sus bien torneados hombros.

Dejé la cerbatana en un rincón.

—¿Estará, bien aquí?

—Sí. ¿Dónde la ha encontrado usted, Mr. Lam, y cómo la ha localizado tan pronto?

Dije:

—Es una historia más bien larga, pero al mismo tiempo bastante sencilla.

Sylvia Hadley nos miró sucesivamente.

—¿La cerbatana había sido robada? —preguntó.

Phyllis asintió con la cabeza.

—¿Falta algo más? —inquirió Sylvia.

Y tuve la sensación de que en su tono había más que curiosidad.

—Un buda de jade —dijo Mrs. Crockett—. La pareja del que desapareció hace tres semanas.

—¿Quieres decir aquella hermosa estatua de jade verde que

representaba un buda en éxtasis, con aquella expresión absorta de serena contemplación?

—La misma. Dean armó un buen alboroto.

—Oh, es muy lógico. Válgame Dios, si es… es una de las esculturas más hermosas que he visto en mi vida. A mí me hubiese encantado poseer aunque sólo fuese una copia. Precisamente iba a pedirle a Dean si sería posible sacar un molde de yeso, y… ¿Quieres decir que ha desaparecido?

—Ha desaparecido —dijo Phyllis.

—Oh, válgame Dios —suspiró Sylvia Hadley.

Miré a Mrs. Crockett.

—¿No cree que a su esposo le interesaría lo suficiente el hallazgo de la cerbatana como para hacer aconsejable el interrumpirle?

—No es posible hacerlo.

—Debe de haber una puerta —dije—. Puede llamarse a ella.

—Hay dos puertas. Ambas están cerradas. Entre ellas queda un espacio vacío. No creo que se oyese una llamada.

—¿No tiene teléfono?

Meneó la cabeza.

—Es una parte de la casa que hizo diseñar especialmente. Le aseguro que queda fuera de cuestión, excepto para un asunto de la mayor importancia, a menos…

—¿A menos qué?

—A menos que no esté trabajando y pueda llamar su atención por una ventana.

Esperé.

Se mordió los labios con gesto pensativo, cogió la cerbatana y dijo:

—Venga conmigo, por favor.

Dejó a Sylvia Hadley envuelta en la delgada bata, con las piernas cruzadas.

La seguí hasta un vestíbulo. Abrió la puerta de un cuarto de baño, rióse brevemente y dijo:

—Acerquémonos a la ventana, y veremos.

Me aproximé a la estrecha ventana del cuarto de baño. Mrs. Crockett la abrió y se asomó, tan próxima a mí, que pude notar el calor de su mejilla junto a la mía, mientras me señalaba una

ventana iluminada, a siete u ocho metros de distancia, al otro lado de un patio interior, pero a un nivel cuatro o cinco metros superior al ocupado por nosotros.

—Ahí está su *suite* —dijo—. A veces tiene corridas las cortinas y… No, ahora están descorridas… A veces está dictando y permanece quieto, sentado. Otras veces se pone a meditar, y anda de un lado para otro. Si está paseando cerca de la ventana, podemos hacerle señales con una linterna.

»Un momento —añadió, y salió del cuarto de baño.

Al cabo de pocos segundos, regresó con una potente linterna.

—Si le vemos, le haré señales —dijo—. Pero no quiero hacerme responsable de las consecuencias. Tal vez nos eche una buena reprimenda. No le gusta que le molesten cuando está ahí.

—Colijo que su esposo es hombre de gustos muy individualistas —dije.

—Ya puede asegurarlo.

Arrimóse a mí y luego dijo:

—Oiga, esta posición es muy extraña. Estoy aprisionada entre el retrete y la pared…

Varió de posición con un ágil movimiento de su cuerpo, pasó el brazo izquierdo alrededor de mi cuello y se me arrimó aún más.

—Bueno —dijo—, así está, mejor… Estaba muy incómoda.

—Si su marido se asoma y nos ve —dije—, tal vez la reprimenda sea doble. Debemos ofrecer un espectáculo «íntimo», vistos desde arriba.

—No sea tonto. ¿Cómo pueden hacerse el amor dos personas en un cuarto de baño, con la cabeza asomando por la ventana?

—Deberá admitir que estamos bastante juntos.

—Claro que estamos juntos. Válgame Dios, ¿qué tiene en ese bolsillo interior? ¿Una estilográfica?

—Un lápiz.

—Pues, por favor, sáquelo y póngaselo en el otro lado.

Cogí el lápiz y me lo guardé en el bolsillo lateral de la americana.

—No creo que esté dando paseos… —bajó el tono de su voz—. ¿No ha dicho algo acerca del buda de jade?

—He dicho que estaba a punto de recuperarlo.

—Oh, me había parecido oír que lo tenía ya.

—Supongo que no me he expresado con claridad.

—Oh, no se disculpe. Es culpa mía. A veces oigo y otras no… Bueno, Mr. Lam, en cierto modo ésta es una experiencia muy agradable, pero desde el punto de vista de la comunicación conyugal creo que es… Oh, bueno, voy a correr el riesgo.

Encendió la linterna y la enfocó hacia la ventana de cristal esmerilado.

—Más a la derecha se ve una ventana abierta —dije—. ¿De dónde es?

—Del pequeño pasillo del que le he hablado antes. Hay una puerta a cada extremo. Una da a su *suite* y la otra al resto de la casa. El pasillo separa ambas puertas. Él las tiene cerradas ambas con llave.

—Probemos en esa ventana.

El haz de la linterna era lo bastante potente como para introducirse por la ventana abierta, dominar la luz del atardecer e iluminar un sector de la pared, en la que había una estantería conteniendo media docena de objetos que no resultaba fácil identificar.

Bruscamente, apagó la luz.

—Tengo miedo —dijo—. Venga, salgamos. Se lo diré en cuanto salga de la hibernación. Se sentirá muy, muy intrigado, Mr. Lam, cuando sepa que ha recobrado usted esa cerbatana. ¿Puede explicarme cómo lo ha hecho?

—Ahora no.

—¿Por qué? —preguntó, enfurruñada.

—Tal vez entorpeciese mis gestiones para recuperar el ídolo de jade.

Cerró la ventana, lo que colocó una superficie de vidrio esmerilado entre nosotros y el sector de la casa donde estaba su marido. Traté de salir del rincón. —Ella se retorció y quedóse mirando desde muy cerca, con el cuerpo apretado contra el mío.

—¿Sabe una cosa, Donald? —preguntó en voz baja.

—¿Qué?

—Es usted simpático —dijo.

Y de repente, me pasó un brazo por el cuello y me hizo agachar la cabeza, hacia el cálido círculo de sus labios. Los dedos de su otra mano me acariciaron la mejilla y después se deslizaron hacia la

nuca y juguetearon con mi cabello.

Al cabo de un momento, se apartó y dijo:

—¡Oh, es usted maravilloso! —suspiró. Y luego, instantáneamente práctica, añadió—: Tome. Un trapo para que se limpie. Quítese el carmín. No quiero que Sylvia sepa que he… he… sentido un impulso.

Se echó a reír, acercóse al espejo del cuarto de baño, cogió un tubo de carmín y recompúsose diestramente el maquillaje con ayuda de la barrita y del dedo meñique.

—¿Ya está? —preguntó.

Me observé en el espejo.

—Creo que sí. Tal vez un poco sin aliento, pero ya estoy.

Abrió la puerta del cuarto de baño y entró tranquilamente en el estudio, diciendo:

—No ha habido manera Sylvia. No hemos podido llamarle la atención.

Volvióse hacia mí, fría y lánguida, y dijo con tono indiferente.

—Bueno, me parece que no vale la pena insistir, míster Lam. Ya le explicaré yo que ha recuperado usted la cerbatana.

—Y anda tras la pista del ídolo —dijo Sylvia Hadley.

—Y anda tras la pista del ídolo —repitió Phyllis.

Vacilé por un momento.

—Bueno —dijo Phyllis alegremente—, el descanso ha terminado, Sylvia. Pongámonos a trabajar.

Sin una palabra, Sylvia se levantó con ligereza de la silla, desanudó el cordón de la bata, echó ésta sobre el respaldo de la silla, se dirigió al estrado y volvió a adoptar su postura con la pericia de una profesional.

Phyllis Crockett cogió su blusa, se la puso, metió un dedo por el agujero de la paleta, escogió un pincel y dijo por encima del hombro:

—Ha sido muy amable al venir, Mr. Lam.

—No tiene importancia.

Phyllis mojó el pincel en la pintura y luego empezó a dar pinceladas en el lienzo.

—Muchísimas gracias —dije.

—Está bien —contestó, sin apartar los ojos del cuadro—. No se merecen.

—Encantado de haberla conocido, *miss* Hadley —añadí. Y entonces, no pude resistir la tentación, y dije con la mano apoyada en el pomo de la puerta—: Confío en que tendré ocasión de conocerla mejor.

Sylvia me sonrió y yo cerré suavemente la puerta.

capítulo diez

A las nueve y media de la mañana siguiente, telefoneé a casa de Crockett. La voz melosa de Melvin Otis Olney sonó en el aparato.

—¿Con quién hablo, por favor?

—Aquí Donald Lam, Olney.

—Oh, sí, Mr. Lam.

—He recuperado la cerbatana perdida.

—¿Eh? —gritó por el teléfono.

—He recuperado la cerbatana perdida. ¿No se lo ha, dicho Mrs. Crockett?

—No la he visto.

—Bueno, pues la recuperé y se la dejé a ella.

Su tono fue fríamente ceremonioso.

—Me temo que no actuó usted debidamente. El objeto debía haber sido entregado a Dean Crockett.

No me gustó el tono altivo con que trataba de criticarme.

—Crockett estaba encerrado en su «*suite* de hibernación». No pude llegar hasta él. Allí no tiene teléfono; no había nadie más en la casa, de modo que le dejé la cerbatana a Mrs. Crockett. ¿Qué hay de malo? Es una propiedad común, ¿no es así?

—Yo… Sí, supongo que sí.

—Muy bien, pues se la dejé a ella. Ahora tengo el buda de jade. ¿Qué he de hacer con él?

—¿Qué tiene qué?

—Tengo el buda de jade —repetí—. ¿Qué le ocurre a su teléfono? ¿Está estropeado?

—Le oigo bien, pero me cuesta creer lo que oigo. Yo… Bueno, Lam, es increíble.

—¿Qué tiene de increíble?

—El recobrar los objetos con esta facilidad.

—Para eso nos contrataron, ¿no es así?

—Sí, lo sé, pero… Y en tan poco tiempo. Es completamente increíble, Mr. Crockett no querrá, creerlo cuando se lo cuente.

—Bueno, tal vez lo crea cuando vea la estatua de jade. ¿Cómo tengo que entregarla?

—Venga con ella ahora mismo.

—Un momento. Preferiría hablar con Mr. Crockett en persona. No ha parecido muy contento de que le dejara la cerbatana a Mrs. Crockett, y a menos que esté él…

—Está.

—¿Visible?

—Lo está. Ayer me dijo que viniese a las nueve, para hablar con él de un asunto, y que quería que su secretario estuviese también para transcribir unos cilindros que ha estado dictando.

—¿Está ahí?

—Le digo que estará cuando usted llegue. Venga en seguida.

—¿Mrs. Crockett no le habló de la cerbatana?

—A mí no. Ésta ha sido la primera noticia.

—Pregúntele a ella dónde está.

—Creo que será mejor que Mr. Crockett se encargue de eso, Mr. Lam. ¿Cuánto tardará en llegar?

—Unos veinte minutos.

—Muy bien. Le esperaremos.

Cogí el decrépito auto de la agencia y me dirigí en él hasta la casa de Crockett.

En esta ocasión no tuve que esperar a que me anunciaran. En recepción me trataron como si fuese un huésped de honor, con una invitación manuscrita, y su trabajo consistiera sólo en extender la alfombra de lujo.

—Buenos días, Mr. Lam —dijo el portero, hecho puro almíbar—. Va usted al apartamento Crockett. Le están esperando. Ya conoce el camino. Coja el ascensor hasta el piso número 20. Allí le esperarán, junto al ascensor privado.

—Gracias —dije.

Subí hasta la planta número 20, me dirigí a la puerta marcada 20S, que desde fuera era exactamente igual que la de cualquier otro apartamento. La puerta no estaba cerrada. La empujé y me encontré en el vestíbulo. El panel deslizante estaba abierto y mostraba el

teléfono junto con un letrero que decía:

«Oprima el botón y descuelgue el aparato».

Apreté el botón, cogí el teléfono y una voz masculina dijo:

—¿Quién es, por favor?

—Mr. Lam. ¿Con quién hablo? Usted no es Olney.

—No, señor. Soy
Wilbur C
. Denton. Secretario de Mr. Crockett. Voy a enviarle el ascensor, Mr. Lam.

—Muy bien —dije.

Colgué el teléfono y esperé.

Al cabo de un minuto, el ascensor bajó y yo me metí en él. Mientras subía, me pregunté si me estarían observando con rayos X. Supuse que sí.

Salí del ascensor y un individuo alto y caído de hombros, me alargó una mano lacia.

—Soy Mr. Denton, secretario de Mr. Crockett. Mucho gusto en conocerlo, Mr. Lam.

Me deshice de aquella mano tan pronto como pude, y dije:

—¿Dónde está Olney?

—Mr. Olney está telefoneando.

—¿Y Crockett?

—Mr. Crockett vendrá dentro de un momento.

—¿Qué he de hacer? ¿Sentarme y esperar?

—Es sólo cuestión de un momento, estoy seguro… Mr Crockett tiene que ocuparse esta mañana de una cuestión muy importante y me pidió que fuese puntual. Sin embargo, sé que Mr. Olney considera que el asunto que le trae usted es lo bastante importante para que nadie posponga esta entrevista.

Denton sonrió desvaídamente y me condujo hasta una parte de la casa en la que no había estado aún. Era una habitación dispuesta como oficina, con una máquina de escribir eléctrica, una máquina de transcripción, varios archivadores y cuatro o cinco sillones bastante confortables.

—Siéntese —dijo—. Si no le importa, seguiré trabajando.

Denton se puso unos auriculares, sostuvo inmóviles sus largos y

huesudos dedos sobre el teclado de la máquina de escribir y luego empezó a moverlos como una pianista que hiciera una exhibición de velocidad.

Me senté y me puse a contemplarlo, completamente fascinado. El golpear de las teclas sólo era interrumpido por el tintineo de la campanita cuando el carro llegaba al final de su recorrido. El individuo escribía tan aprisa que el carro parecía moverse de derecha a izquierda con la misma velocidad que le imprimía el mecanismo eléctrico en su movimiento de izquierda a derecha.

En un santiamén, el individuo había llegado al final de la página y metía otra hoja en la máquina.

Se abrió la puerta y entró Melvin Otis Olney, lleno de sonrisas y de efusiva cordialidad.

—Bien, bien, Lam —exclamó—. El detective diabólico. Desde luego, debe de haber batido una marca de eficiencia, velocidad y servicio satisfactorio. ¿Cómo está usted?

Me cogió la mano derecha y me la sacudió con fuerza.

Con la izquierda, me palmoteaba los hombros.

Denton no apartó los ojos de su trabajo, con la mirada fija en lo que escribía, mientras sus dedos seguían aporreando el teclado.

—¿Conoce a Denton? —preguntó Olney.

—Acabo de conocerle.

—Bueno, venga. Mr. Crockett desea verle.

Me condujo hasta un despacho particular y llamó suavemente a una puerta que quedaba al fondo. Parecía la de un armario.

No hubo respuesta y volvió a llamar.

Al no obtener tampoco contestación, apretó un timbre, un botón ingeniosamente oculto en algún punto de la pared. Incluso observándole, no pude ver donde se hallaba el botón. Era un puntito astutamente disimulado que probablemente sólo se vería mediante una lupa; pero si una persona no sabía dónde estaba, desde luego no sería fácil que lo oprimiese con el pulgar. Yo sólo supe que estaba allí porque oí el sofocado tañer de la campana cuando Olney lo pulsó. Luego consultó su reloj de pulsera y dijo en voz baja:

—Es extraño.

No hice ningún comentario.

Una voz femenina preguntó:

—¿Ocurre algo, Melvin?

Me volví y vi a Mrs. Crockett, cubierta con una negligé transparente, en pie tras de nosotros.

La luz que entraba por la puerta a sus espaldas silueteaba su figura con indiscreción desconcertante. Ella no pareció advertirlo.

La voz de Olney fue fríamente cortés.

—No ocurre nada, Mrs. Crockett.

Entonces ella me vio y dijo:

—Oh, buenos días, Mr. Lam. Oh, me parece que aquí, frente a la puerta, resulto demasiado visible, ¿verdad?

Se rió y ciñóse un poco más la negligé, lo que no alteró demasiado la visibilidad.

—¿Dónde está Dean? —preguntó.

—En su estudio —dijo Olney—. Me dijo que estaría preparado para trabajar a las nueve de esta mañana y que quería que me asegurase de que Wilbur estaría aquí. Dijo que tenía varios documentos importantes que darle.

—¿Cuándo le dijo esto?

—Ayer por la tarde.

—Creía que se había pasado todo el día encerrado en su estudio.

—Lo dejó durante media hora. Creo que usted estaba en su estudio.

Olney volvió a apretar el botón y de nuevo sonó la campana.

—Hay por aquí una llave para casos de urgencia —dijo Olney—. Creo que será mejor que entremos. Existe la posibilidad de que…

—No, no, no —exclamó Mrs. Crockett—. Nunca nos lo perdonaría. Cuando está, ahí dentro nadie debe violar su intimidad.

—Pero, ¿y si está enfermo?

—No… no puede estar tan enfermo como para no poder salir de ahí.

—No sé —dijo Olney—. A veces la gente se indispone tan repentinamente que ni siquiera puede levantarse de una silla… ¿Dónde está la llave en cuestión?

—En… en la caja fuerte. Pero no quiero tocarla bajo ningún concepto. Ni pensar en ello. Sería como…

—¿En qué sitio de la caja fuerte?

—En el cajón superior de la derecha.

—¿Tiene la combinación?

—Sí.

—Creo que sería mejor abrir la caja y utilizar esa llave.

Ella negó con la cabeza.

Olney dijo con fría rigidez:

—Muy bien, Mrs. Crockett, usted es quien decide y, por lo tanto, la responsabilidad también será suya. —Consultó su reloj y dijo—: Son las diez y siete minutos, Mr. Lam. Le ruego que tome nota de que a esta hora he querido utilizar la llave de socorro y que Mrs. Crockett se ha negado…

—Un momento —interrumpió ella—. ¿A qué viene todo este ruido? No permitiré que me eche encima una responsabilidad así.

—En tal caso, denos la llave.

La joven vaciló por un momento y después dijo:

—Muy bien. Mr. Lam, le ruego que tome nota de que ahora son las diez, siete minutos y treinta segundos y que Mr. Olney me ha dicho que a menos que coja la llave de socorro y abra esta puerta, me considerará personalmente responsable.

Permanecí callado.

Olney me dijo:

—No hay inconveniente, Mr. Lam. Siempre que hago algo estoy dispuesto a aceptar la responsabilidad.

—Un segundo —dijo Phyllis Crockett con dulzura—. En seguida le traigo la llave.

Dirigióse hacia la puerta y desapareció.

—Tiene que haber ocurrido algo —dijo Olney en voz baja—. A él le gusta meterse ahí dentro, donde está fuera del alcance de su mujer y nadie le interrumpe. Mrs. Crockett tiene tendencia a tomar a la ligera su trabajo literario y le molesta en los momentos más inoportunos con los comentarios más intrascendentes, como preguntarle lo que quiere para cenar o si puede hablar con alguien por teléfono. Lo peor de ella es que carece de juicio… Sin embargo, no debería hablar de esto con usted. Confío en que considere este comentario mío como algo personal y confidencial, motivado por el hecho de que estoy algo preocupado. No sé lo que ocurre, pero puedo asegurarle que a Dean Crockett le ocurre algo. Temo que haya tenido un ataque al corazón o algo similar. Ese botón de la campana es una señal secreta que sólo su esposa y yo conocemos. Pruebe de encontrarlo.

Se hizo a un lado y yo examiné el panel de madera; después volví a examinarlo. No noté nada.

—Fíjese en mi dedo pulgar —dijo Olney.

Colocóse frente al panel, deslizó por un momento los dedos por la madera y luego de repente apretó con el pulgar.

Volví a oír el sonido de la campana procedente del interior.

—Muy bien —dije—, esta vez sí lo he visto.

Olney me miró con sonrisa condescendiente.

—A ver si lo encuentra —dijo.

Me acerqué al panel y deslicé mis dedos por la madera, tal como él había hecho. Al mismo tiempo, moví la punta de mi zapato izquierdo hasta que tocó la pared en el sitio exacto en que había estado el de Olney.

Fingí que apretaba con el pulgar, pero al mismo tiempo ejercí presión con la punta del zapato.

Sonó la campana.

Retrocedí.

Olney me miró con una extraña expresión en el rostro.

—Por Dios —dijo—, ¡es usted listo!

No contesté.

Se abrió la puerta y entró Mrs. Crockett con la llave.

Dijo:

—Le permito que use esta llave, Olney, porque me ha asegurado que…

Olney no esperó a que terminase. Cogió la llave, la metió en la cerradura y descorrió el pestillo.

Los tres cruzamos el umbral y después los tres nos detuvimos. La puerta daba al pasillo que yo había visto el día antes desde el estudio de Mrs. Crockett.

Dean Crockett segundo estaba tendido en el suelo, boca arriba, con las rodillas dobladas y los pies bajo el cuerpo.

Un dardo de cerbatana asomaba por su pecho, a poca distancia de la garganta. Indudablemente, el individuo llevaba muerto desde hacía tiempo.

Desde donde me encontraba, hice un rápido examen del lugar. Había estantes muy bien provistos de curiosidades, de alimentos enlatados, de libretas de notas y de otras chucherías.

En la parte de atrás del pasillo, cerca del techo, se veía otra

flecha, lanzada con fuerza suficiente para que la punta estuviese profundamente clavada en la madera.

—¡Válgame Dios! —exclamó Olney.

—¡Miren, miren! —chilló Phyllis Crockett—. ¡En la garganta! ¡Una flecha de la cerbatana!

—Y otra clavada en ese estante de ahí arriba —dije, señalando con el dedo.

Mrs. Crockett se adelantó y alzó la mano para coger la segunda flecha.

—¡No la toque! —dije.

Se volvió en redondo al oír mi voz.

—Oh… Me ha asustado, Mr. Lam. ¿Por qué dice que no la toque? ¿Y quién es usted para hablarme en este tono autoritario?

Dije:

—Apártese de ahí. Esa flecha es una prueba. Si toca algo, después lo lamentará, mucho.

—¿Por qué me dice que lo lamentaré?

—El ángulo con que la flecha está clavada en la madera indica una trayectoria. Fíjese en que esa trayectoria pasa por la ventana abierta y me atrevería a asegurar que va a parar a la ventana del cuarto de baño de su estudio.

Se me quedó mirando con la boca abierta.

—Si arranca usted esa flecha —proseguí—, todos asegurarán que su primera preocupación no ha sido auxiliar a su esposo, sino tratar de eliminar la prueba indicadora de que la cerbatana ha sido disparada por usted desde la ventana de su cuarto de baño, con el deseo de convertirse en una viuda fascinante. Ahora, salgan de aquí sin tocar nada. Voy a avisar a la policía.

Olney se volvió hacia mí y dijo fríamente:

—Me parece que me veré obligado a estar de acuerdo con Mrs. Crockett. Está usted alardeando de mucha autoridad.

—Puede apostar a que sí —le contesté—. Soy detective particular con licencia. Sé lo que hay que hacer en estos casos. Salgan ustedes de aquí y cierren esa puerta. Voy a telefonear a la Brigada de Homicidios.

—¿Y si preferimos no obedecerle? —preguntó Olney.

Dije:

—En tal caso, cuando cuente a la policía que han desbaratado

ustedes los indicios, sabrán que lo han hecho deliberadamente.

Me sonrió y dijo:

—Desde luego, eso decide el asunto. Es el sistema que ha utilizado con Mrs. Crockett y he de reconocer que es eficaz. Venga, Mrs. Crockett, salgamos de aquí y cerremos la puerta. Y creo que, para limarle los colmillos a esa pequeña serpiente de cascabel que de repente ha empezado a silbar y a hacer sonar su crótalo, será mejor que dejemos la llave en su poder hasta que llegue la policía. De esta manera, no se nos podrá acusar de haber eliminado ninguna prueba.

Mientras hablaba, hacía retroceder a Phyllis Crockett, y después cerró la puerta. A continuación, dio vuelta a la llave en la cerradura.

Yo me acerqué a él, cogí la llave y dije:

—Éste es uno de los discursos más sensatos que ha pronunciado usted en su vida. Incluso aunque no sea lo bastante listo para comprenderlo…, ¿o sí lo es?

capítulo once

EL amigo de Bertha Cool, Frank Sellers, estaba al mando del grupo de la Brigada de Homicidios que se presentó en el apartamento.

Frank Sellers sentía cierto involuntario respeto por el concepto audaz que Bertha tenía de la vida. Nunca se había sentido muy seguro con respecto a mí. Cuando entré a formar parte de la firma, Sellers no ocultó su desaprobación. Fue inútil que Bertha proclamara que necesitaba a alguien más joven, con un buen cerebro y de movimientos rápidos. Sencillamente, Sellers no podía soportar a los hombres pequeños. Idolatraba la fuerza bruta. Recuerdo que en una ocasión oí que le decía a Bertha: «¿Dónde diablos le lleva a uno el cerebro, Bertha? Para triunfar se necesita causar impresión».

Sellers dijo:

—Vaya, vaya, si es nada menos que nuestro diminuto amigo, Donald Lam, el sesudo fugitivo de la facultad de derecho. Bueno, ¿qué diablos está haciendo aquí?

—En este momento —dije—, acabo de llamar a la policía para dar cuenta de un asesinato y me propongo irme a mi oficina tan pronto como haya contestado a las preguntas necesarias, a menos, que desee usted perder el tiempo con alusiones personales.

—¿Qué diablos son las alusiones? —preguntó Sellers con recelo.

—Un sustituto sintético de las acusaciones de participación culpable, trasladado a un plano de vil malevolencia.

—Es usted un cerdo —dijo Sellers con rabia—. ¿Dónde está Crockett?

—Aquí tiene la llave. Está tras de esa puerta. Encontrará usted varias pistas interesantes.

—Después de que usted las ha embrollado a su gusto —dijo Sellers.

Cogió la llave y abrió la puerta.

Permaneció un largo rato en el umbral, después hizo señas a dos de sus hombres para que se le acercaran.

Los tres se quedaron inmóviles y silenciosos.

Sellers señaló la flecha clavada en la madera y después a la ventana abierta y al estudio que quedaba al otro lado del patio interior.

—Averigua a quién pertenece ese departamento de ahí abajo —dijo a uno de los hombres—. Después localiza al administrador del edificio, y que nos facilite una llave maestra para que podamos entrar en él.

—No hay necesidad de que se molesten —dijo mistress Crockett —. Soy yo quien ocupa ese apartamento.

—¿A qué viene eso de vivir aquí arriba y de tener un apartamento más abajo?

—Ahí tengo mi estudio. Es donde trabajo.

—¿En qué trabaja usted? —preguntó con recelo.

—Pinta —le expliqué.

—¿Cuánto hace que interviene usted en este asunto? —me preguntó Sellers.

—Unos tres días.

—¿Cómo ocurrió?

—Dieron una fiesta. Crockett había perdido algunas cosas suyas en fiestas precedentes, y contrató a Bertha para que procurase que…

—Es verdad, es verdad —interrumpió Sellers, sonriendo—. Ahora recuerdo que lo he leído en el diario. ¿Cómo le fue a Bertha con los invitados?

—Maravillosamente.

—¿Cómo está ella?

—En gran forma.

—Es una mujer formidable —dijo él con entusiasmo. Después añadió, como explicación para uno de sus hombres—: Te saltaría un ojo con la misma facilidad con que te partiría un brazo… Muy bien, Lam, llévese a esos dos a otra habitación. Le hago responsable de que no toquen nada que pueda constituir una prueba. Nosotros nos ocuparemos del cuerpo y de inspeccionar esto… ¿Cómo es que el crimen no se ha descubierto hasta ahora? Es evidente que está

muerto desde hace bastante tiempo.

—He llegado hace unos minutos —dije—, pero tengo entendido que Crockett consideraba este sector de la casa como su refugio privado. Se encerraba siempre que quería que nadie le molestara. Todos los de la casa saben que no deben molestarle bajo ningún concepto cuando él está ahí dentro.

—¿Y para las comidas?

—Fíjese en las latas de conserva de ese estante; y según parece hay una cocinita por ahí dentro.

—¿Hasta dónde ha entrado usted?

—No he pasado de la puerta.

—¿Y los otros?

—Igual. No he dejado avanzar a nadie.

—Está bien. Salgan y siéntense. Yo iré a hablar con ustedes después de un primer examen. Están a punto de llegar un fotógrafo de la policía, un experto en huellas dactilares y el forense. Dígales donde estamos… ¿Hay algún sistema de subir hasta aquí, aparte de toda esa comedia que hay que hacer con el ascensor?

—Por lo que yo sé, es el único sistema, a menos que se pueda subir a algún otro sector del tejado y andar por él hasta aquí.

—Está bien, está bien. Entretenga a esas personas. Yo lo inspeccionaré todo.

Los tres nos dirigimos a la sala de estar, donde nos sentamos.

—¿Les apetece una bebida? —preguntó Phyllis Crockett con tanta tranquilidad como si se tratara de una fiesta mundana.

—Dadas las circunstancias, creo que será mejor esperar un poco —dije—. A veces Sellers se pone algo violento, y como no puede beber mientras está de servicio, tal vez le molestase oler el alcohol en nuestro aliento… Ayer por la tarde le entregué una cerbatana, Mrs. Crockett. ¿Dónde está?

—Pues exactamente donde usted la dejó en mi estudio. ¿Cree que la querrán?

—La querrán.

—Está bien —dijo con tranquilidad—. Voy a por ella.

—Quédese donde está —le advertí—. No baje al estudio a menos que la acompañe Sellers.

—¿Por qué no? Es mi estudio.

—Claro que lo es. Sin embargo, el oficio de Sellers es mostrarse

receloso. Asegurará que se dirigía usted al estudio para ocultar pruebas o deshacerse de algún objeto comprometedor.

—¿Qué quiere decir con eso de comprometedor?

—No quiero decir nada. Sellers será quien se lo explique a usted.

Permanecimos silenciosos por un momento. El teclear de la máquina, que llegaba desde la oficina, crispaba los nervios.

Dije a Olney:

—Tal vez fuese una buena idea explicarle a Denton que el hombre para quien trabajaba no va a firmarle ningún cheque más.

Olney dijo:

—Dígaselo usted.

—Me pareció ver que él y Phyllis Crockett intercambiaban una mirada fugaz, de modo que me limité a sentarme, a encender un cigarrillo y a decir:

—Después de todo, tal vez no sea importante. Tal vez se entere pronto, y es probable que Sellers quiera que se transcriban esos cilindros.

—Bueno, voy a prepararme un poco de café —dijo Phyllis Crockett—. Siento un vacío raro en el estómago.

—Yo la acompañaré con mucho gusto —dijo Olney—. Permítame que lo prepare yo.

—No, no. Lo haré yo.

Olney me sonrió.

—Si nos disculpa, Lam, ayudaré a Mrs. Crockett a preparar el café. En seguida volvemos.

Me levanté de la silla y dije:

—Si ambos me disculpan, les ayudaré a los dos a prepararlo.

Y me dirigí a la cocina junto con ellos.

Phyllis Crockett sacó una cafetera eléctrica.

—Aquí no cocinamos —explicó—. Sólo preparamos café y ocasionalmente unos huevos pasados por agua o un poco de jamón frito. Pero por lo general nos envían la comida o comemos fuera, o si tenemos invitados contratamos a un cocinero para la ocasión.

—¿Dónde está la leche? —preguntó Olney.

—No la uso —dijo Mrs. Crockett.

—Sin leche y azúcar el café no me gusta —objetó Olney.

Ella abrió la nevera. Olney sacó una botellita con leche, acercóse a un cajón que contenía cucharillas, sacó una, vertió en ella un poco

de leche, la probó, hizo una mueca y dijo:

—Está agria.

—¡Qué lástima! —dijo Mrs. Crockett.

—No tiene importancia. Puedo bajar en un periquete y ya estaré de regreso con la leche para cuando el café esté preparado. Oh, dadas las circunstancias, tal vez sería mejor que no saliese. Quizá, necesiten algo…, Lam, ¿le importaría mucho bajar un momento en el ascensor? Hay una lechería en la casa de al lado y…

—Me importaría muchísimo —le interrumpí—. Y también a Sellers.

Cogí del cajón una cucharita, probé la leche y añadí:

—Además, la leche está buena.

—A mí me ha parecido agria.

—Tiene usted el paladar estropeado.

—Eso es lo que sucede cuando se bebe zumo de fruta —dijo Phyllis Crockett con ligereza—. Siempre que tomo zumo de pomelo y luego pruebo la leche, me parece que está agria. ¿Y usted, Mr. Lam? ¿Preparamos también café para usted?

—No es necesario, pero puede prepararlo para Frank Sellers. Es un gran bebedor de café.

—No veo necesidad de obsequiar a la policía —dijo Olney.

—No es preciso que les obsequie, pero si les sirve una taza de café, es posible que se muestren más amables. A Sellers le encanta el café, y si olfatea su aroma pero nadie le ofrece una taza, quizá se muestre algo más brutal.

Olney trató de salir airosamente del atolladero.

—Nos importa un bledo que se muestre más o menos brutal. —Pero después de decir esto miró significativamente a Phyllis Crockett y añadió—: Tal vez fuese una buena idea preparar bastante cantidad de café, Mrs. Crockett.

Ella abrió un cajón, sacó un gran recipiente de plata y dijo:

—Aquí caben varios litros de café. ¿Cuánto preparo, Mr. Lam?

—Esto debe decidirlo usted.

—Échele mucho y llénelo de agua —dijo Olney—. Después de todo, Lam tiene razón en esto. A los «polis» les gusta el café.

Phyllis Crockett dispuso el café, lo llenó de agua y lo conectó con la electricidad. Dirigióse a la nevera, sacó zumo de naranja helado, lo diluyó con agua, removió la mezcla con una cucharilla y

enarcó las cejas en una interrogación silenciosa.

Sacudí la cabeza. Olney asintió con la suya.

Ella llenó dos vasos y se bebieron en silencio el zumo de naranja.

Se abrió la puerta y Frank Sellers entró.

—Muy bien, Lam —dijo—, ahora desembuche.

Dije:

—Le presento a Mrs. Crockett, la viuda.

Vi que los ojos de ella se abrían al oír la palabra viuda, pero instantáneamente volvió a mostrarse muy segura de sí misma.

—Sí, ya he hablado con ella —dijo Sellers—. ¿Quién es éste?

—Éste es Melvin Otis Olney —dije—, director de publicidad, experto en relaciones públicas, y, según creo, la mano derecha de Mr. Crockett. El fulano que aporrea la máquina de escribir ahí al lado se llama Wilbur Denton. Es el secretario. No creo que esté enterado del asesinato de Crockett. No vive aquí. Pero ignoro Si Olney vive o no aquí.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Sellers a Olney.

Mrs. Crockett contestó a la pregunta.

—Desde luego que no.

—Está bien —dijo Sellers—, explíquense. Quiero un relato lo más conciso posible. ¿Es café lo que está preparando ahí?

Ella asintió.

—Bien. Cuando esté listo me tomaré una taza. Ahora, empecemos por usted, Mrs. Crockett. ¿Cuánto tiempo lleva casada?

—Tres años.

—¿Algún matrimonio anterior?

—Uno.

—¿Viuda o divorciada?

—Divorciada.

—¿Y su marido?

—Había estado casado otras dos veces.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—Fue… Bueno, ayer no le vi en todo el día. Cuando me levanté, ya se había retirado a su estudio y…

—¿Qué quiere decir que se había retirado a su estudio?

—Pues eso. Cuando se mete en él, cierra las dos puertas. Por lo general, la puerta que comunica con el resto de la casa está cerrada,

y también la que comunica con su estudio.

—¿Para qué se aislaba ahí dentro?

—Para trabajar.

—He observado que tiene un dictáfono.

—En efecto.

—Pero no he visto que ayer hubiese dictado nada.

—Tuvo que hacerlo. Permaneció encerrado todo el día… Desde luego, a veces se limitaba a meditar.

—¿Dictaba mucho?

—Artículos sobre viajes. Le encantaba viajar. Dedicó a ello toda su vida.

—¿Y usted pinta?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace que tiene el estudio de ahí abajo?

—Creo que unos seis meses.

—Me interesará ir a echarle una ojeada. ¿Hay algún inconveniente?

—No, yo misma le acompañaré.

—Usted deme la llave, y ya lo veré por mí mismo.

—Preferiría acompañarle.

—Muy bien, como desee. Después bajaremos.

Encaróse con Olney.

—¿Qué sabe usted de todo eso?

—Trabajo en estrecho contacto con Mr. Crockett —dijo Olney—. Sé que ayer se encerró en su estudio, pero salió hacia… Oh, no sé, tal vez las cuatro y media o las cinco. Me dio varios cilindros para que los pasasen a máquina y me pidió que le ordenara al secretario, Mr. Denton, que estuviese aquí a las nueve de la mañana. También me dijo que deseaba hablar conmigo de varios asuntos, asimismo a las nueve, para que yo procurara estar aquí a esa hora. Después hizo algunas llamadas telefónicas y se volvió a encerrarse en su estudio.

—¿Sabe a quién telefoneó?

—No.

—¿Ha venido su secretario esta mañana?

—Claro que sí. Está, transcribiendo los cilindros grabados.

—Parece que trabaja deprisa —dijo Sellers, prestando atención al teclear de la máquina.

—Es muy rápido y extraordinariamente preciso.

—Ojalá pudiera escribirme mis informes —dijo Sellers—. Mi técnica con dos dedos no resulta tan buena. Tengo lo que se llama un toque pesado.

—No me extraña —le dije.

—Ya está bien, pequeñajo. ¿Qué diablos está, haciendo aquí?

—He venido para hablar de un asunto con Mr. Crockett.

—¿Qué asunto?

—El asunto para el que me contrató.

—Robaron un buda de jade —dijo Olney—. Mr. Lam me dijo por teléfono que lo había recobrado.

Sellers enarcó las cejas. Asentí con la cabeza.

—¿Dónde está? —preguntó Sellers.

—Donde lo encuentre cuando lo necesite.

—¿Dónde lo encontró? ¿Quién lo tenía?

—Esto puede ser o no significativo —dije.

Y luego, al captar su mirada, guiñé un ojo lentamente.

—Está bien, pequeño, está bien —dijo Sellers—. Más tarde volveremos a hablar del buda.

—La cerbatana fue robada también —dijo Olney.

Sellers pegó un respingo como si su silla hubiese estado electrificada.

—La cerbatana, ¿eh?

—Eso es.

—Con eso lo mataron, ¿verdad?

—Así parece.

—Está bien, ¿qué hay de la cerbatana?

—Tengo entendido que Mr. Lam la recuperó ayer.

Sellers me miró.

—Diablos —dijo.

—Y creo que ha dicho que se la entregó a Mrs. Crockett —prosiguió Olney.

—Bueno, ¿qué saben ustedes? —preguntó Sellers, mirándome y fijando después su mirada en Phyllis Crockett—. ¿La tiene usted?

—Está en mi estudio.

—¿Quiere decir en ese apartamento de ahí abajo? —interrogó Sellers, señalando con el dedo.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y qué hace ahí abajo?

—Mr. Lam vino ayer a visitar a mi… mi marido. Entonces no había nadie aquí; de modo que dejé recado al portero de que si alguien venía debían avisarme en mi estudio. Sonó el teléfono y Mr. Lam dijo que tenía la cerbatana, o tal vez creo que pidió permiso para subir. Quería ver a Mr. Crockett y me parece que fue entonces cuando me habló de la cerbatana. No recuerdo con claridad cómo ocurrieron las cosas.

—¡Qué le parece! —dijo Sellers, mostrando un enorme interés—. ¿Y Lam traía la cerbatana?

—Sí.

—¿Y qué hizo con ella?

—Me la dio.

Sellers se rascó la cabeza.

—Ahora, Mrs. Crockett, voy a preguntarle algo. No quiero que se enfurezca. No pretendo afirmar nada. Sólo hago preguntas. En ese apartamento de ahí abajo hay una ventana, una ventanita ovalada que tiene el aspecto de pertenecer a un cuarto de baño. Esa ventana está casi frente de la ventana abierta del pasillo que hay en el estudio privado de su marido.

—En efecto.

—Bueno, ahora quiero que piense usted detenidamente —prosiguió Sellers—. Quiero que conteste a esta pregunta y deseo que más tarde no altere su respuesta. Quiero la verdad y la quiero ahora. ¿Abrió o no abrió usted, en algún momento después de haber recibido la cerbatana, esa ventana del cuarto de baño?

—Oh, desde luego —dijo ella.

—¿La abrió, eh?

—Pues, naturalmente. Mr. Lam y yo la abrimos juntos.

—Bien, bien, bien —dijo Sellers, mirándome—. ¿Y qué hacían ustedes para tener que abrirla juntos?

—Mrs. Crockett trataba de atraer la atención de su esposo —expliqué—. Tenía una linterna y…

—No se preocupe, pequeño —me dijo Sellers—. Yo me encargo de esto. ¿Por qué abrió usted la ventana, mistress Crockett?

—Quería llamar la atención de mi esposo. Quería que se asomara a la ventana.

—¿Y de qué medios se valía para hacerlo?

—De una linterna.

—¿Era de día o de noche?

—Era de día, pero ya iba anocheciendo.

—Una linterna no hubiese iluminado a esa distancia.

—Era una linterna muy potente —dije—. Una linterna de cinco elementos.

—No se meta en esto, pequeño —me dijo Sellers—. Yo me… Ejem… ¿«Cómo» ha dicho?

—Una linterna de cinco elementos —repetí.

—¡Bueno, qué le parece! —dijo Sellers—. ¿Qué hacía usted con una linterna de cinco elementos en su estudio, Mrs. Crockett?

—La tengo allí porque a veces, cuando quiero llamar la atención a mi esposo, lo consigo enfocando la luz hacia la ventana de ese pasillo o hacia la de su estudio. Si él está allí y se acerca a la ventana, la abre y yo puedo darle el recado de que se trata.

—¿De modo que tiene usted esa linterna con el único objeto de llamar a su marido?

—Sí.

Uno de los policías entró en la habitación.

—Inspector Giddings —dijo Sellers.

Era una explicación, no una presentación.

—¿Qué le parecería si me diese las llaves y me dejara bajar al estudio a echarle una ojeada? —preguntó Sellers a Mrs. Crockett.

—Creo que sería mejor que Mrs. Crockett le acompañase —dije.

Sellers me miró con hostilidad.

—Bueno, ¿quién le ha dado vela en este entierro, pequeño? Estamos investigando un asesinato y soy lo bastante tozudo para querer investigarlo a mi manera.

Le miré y dije:

—Entonces, supongamos que encuentra usted algo más allá abajo y le cuelga una bonita etiqueta y lo presenta al tribunal, y después algún abogado listo le hace subir al estrado de los testigos y le pregunta: «¿Cómo sabemos que no puso usted allí ésa, prueba?».

—¡No vaya a decirme ahora cómo he de hacer mi trabajo! —exclamó Sellers.

—¿Por qué no?

Sellers meditó por un momento y dijo:

—Corre el riesgo de hacerse muy poco popular si sigue por ese

camino, pero por el momento lo dejaremos correr. Me llevaré al inspector Giddings si no tiene usted nada que oponer. Y puesto que ha observado que algún abogado listo podría criticar mi manera de llevar el asunto, voy a hacerles entrar a todos en el despacho y explicaremos al secretario lo que le ha ocurrido a su jefe. Y después les dejaré en buena compañía, para evitar que empiecen ustedes a merodear por ahí.

»Supongo que su mente privilegiada no tendrá nada que objetar a eso, Mr. Lam.

»Y ahora, Mrs. Crockett, si tiene la bondad de darme la llave de su estudio…».

—No está obligada a hacerlo —le dije—. Si quiere registrar el estudio, tiene usted derecho a…

El inspector Giddings se movió rápido para un hombre de su tamaño. Me agarró por el pescuezo, colocando el pulgar y el dedo corazón en unos puntos en que hacían presión sobre los nervios que quedaban bajo las orejas, un viejo truco de la policía para dominar a las personas que se resistían en un local de espectáculos o tras el volante de su automóvil.

—Otra fanfarronada y le enseñaré algo bueno —dijo.

El dolor me hizo contraer el rostro, pero contesté:

—Quíteme las manos de encima o seré yo quien le enseñe algo bueno.

El inspector Giddings me sacudió hasta que vi las cosas dobles.

Sellers se le quedó mirando y dijo con tranquilidad:

—Creo que se propasa usted, inspector.

Giddings se inmovilizó para mirar a Sellers con sorpresa.

—¿Quiere decir que va a tolerar esta manera de hablarle? ¿Va a permitir que se salga con la suya?

—No se equivoque acerca de ese individuo —le advirtió Sellers —. Tiene cerebro. Y ahora, sólo para aclarar las cosas, Lam, ¿trabaja usted para Mrs. Crockett?

Me costaba trabajo recuperar el habla.

—Trabaja para mí —dijo Mrs. Crockett.

—¿Con qué objeto? —preguntó Sellers.

—Para que trate de averiguar quién es responsable de la muerte de mi marido.

Sellers entornó los ojos.

—Eso es meterse en terreno muy delicado.

—Está bien —contestó ella—, es meterse en terreno muy delicado. Quiero colaborar con la policía, pero también quiero descubrir quién asesinó a mi marido.

—Para eso se nos paga —dijo Sellers.

—Me hago cargo, y también Mr. Lam. Estoy segura de que seguirán ustedes investigando con la misma eficacia e interés. Y ahora, si quiere la llave del estudio, aquí la tiene.

Entregó la llave a Sellers, quien hizo un ademán al inspector Giddings.

—Muy bien, Thad —dijo—, vamos a darle la noticia a Denton y después bajaremos a echarle una ojeada a ese departamento. Sepa, Mrs. Crockett, que es usted perfectamente libre de acompañarnos si así lo desea.

—Muchas gracias. No tengo nada que ocultar. Tengo plena confianza en su integridad y habilidad. Aunque —añadió, fulminando con la mirada al inspector Giddings—, me desagrada su brutalidad.

Giddings dijo:

—Bueno, la ley no dice nada sobre que un detective privado tenga derecho a entrometerse cuando la policía está investigando un asesinato.

—Por el contrario —dijo ella—. Creo que Mr. Lam se atenía estrictamente a sus derechos. Se mostraba; cortés, respetuoso y con ánimo de colaborar. Y su ataque no provocado ha sido, en opinión mía, una fanfarronada. Es mi primera experiencia con la brutalidad judicial y no me gusta.

Giddings se la quedó mirando con el rostro contraído y rojo por la ira.

Frank Sellers suspiró.

—Vamos, Thad —dijo—. Esto no nos conduce a ningún sitio. Bajemos a examinar ese estudio.

capítulo doce

UN tercer policía nos hizo entrar en el despacho donde Wilbur Denton seguía escribiendo a máquina.

El policía tocó a Denton en un hombro, y le dijo:

—Ha sonado el silbato.

Denton levantó sorprendido la cabeza y preguntó:

—¿Qué quiere decir?

El policía sacó una funda de cuero, le enseñó la placa y su tarjeta de oficial de policía.

—Nosotros nos ocupamos del asunto.

Denton miró al detective y después nos vio a nosotros. Su rostro denotaba una sorpresa completa.

—Dean Crockett ha sido asesinado —expliqué.

El policía se volvió hacia mí.

—Aquí soy yo el que habla.

—Pues entonces, adelante. ¿De qué sirve retrasar las cosas?

—Quiero hacerlo a mi manera.

No contesté.

Denton se puso en pie. Parecía tan atónico como si alguien le hubiese echado en pleno rostro un cubo de agua helada.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó.

El detective se hizo cargo de la situación.

—Su jefe ha sido asesinado. ¿Qué está haciendo usted?

—Copié a máquina unos cilindros que Mr. Crockett envió para que fueran transcritos.

—Está bien —dijo el policía—. Descanse por un momento, hasta que regrese el sargento Sellers. Él se encarga de la investigación. Nos interesará que se transcriban todos esos cilindros, y después necesitaremos los cilindros originales para poder comprobar la transcripción… ¿De qué hablan?

—De una serie de datos acerca de una exploración a Borneo.

—Está, bien. Tal vez encontremos una pista en todo esto. ¿Cuándo le entregaron los cilindros?

—Esta mañana.

—¿Quién se los ha dado?

—Mr. Olney.

El detective se encaró con Olney.

—¿De dónde los sacó usted?

—Mr. Crockett me los dio ayer por la tarde, al salir de su estudio. Me pidió que me pusiera al habla con Denton y que me asegurara de que el material era transcrito hoy.

—¿Y después?

—Después volvió a meterse en su estudio.

El detective dijo:

—Muy bien. Ustedes, amigos, siéntense aquí. No se muevan ni hagan nada.

Acercóse a la puerta y observó el estudio, donde un fotógrafo retrataba el cadáver y el experto en huellas dactilares esparcía sus polvos en busca de huellas ocultas.

Percibí los fogonazos intermitentes, procedentes del *flash* del fotógrafo. El policía empezó a mirar con indiferencia lo que ocurría en la otra habitación, pero luego se mostró más interesado.

Phyllis Crockett se me acercó, apoyó una mano en mi brazo.

—Mr. Lam, quiero que me proteja usted.

—¿De qué?

—De una falsa acusación de asesinato.

Melvin Olney se alejó para mirar por encima del hombro del detective y ver lo que ocurría en el interior del estudio. Denton parecía aún atónito. Estaba sentado y se pasaba los dedos de su mano izquierda por el cabello, como tratando de convencerse de que continuaba despierto.

Dije:

—Eso le costará dinero, Mrs. Crockett.

—Tengo dinero.

—¿Cree que podrán acusarla?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me han hecho caer en una trampa.

—¿Cómo lo sabe?

—Ahora empiezo a ver las cosas claras. Todo encaja a la perfección.

—¿Quién la ha metido en este lío?

—Eso deberá, averiguarlo usted. Usted pone el trabajo y yo el dinero. Es lo único que voy a facilitarle. Usted deberá poner el cerebro, la habilidad, la experiencia y la energía.

—Busque un abogado —le aconsejé—. Trabajaremos con él.

—No quiero un abogado. Por ciertos motivos, no me lo puedo permitir.

—¿Por qué?

—Me haría aparecer culpable.

El detective se volvió para mirar por encima de su hombro, vio a Olney tratando de atisbar lo que ocurría en el estudio, y dijo:

—Eh, vuelva atrás y siéntese.

—¿Es que no puedo mirar? —preguntó Olney.

El policía habló sin ambages.

—No —dijo—, no puede mirar.

Me llevé aparte a Phyllis Crockett.

—¿Por qué no puede recurrir a un abogado? —le pregunté en voz baja.

Ella se limitó a menear la cabeza.

—Explíquelo —dije con un susurro—. Tengo que saber con qué me enfrento si he de serle de alguna utilidad.

—Es una larga historia. Muy poco después de nuestro matrimonio, comprendí que mi marido no pensaba que la boda representase ninguna diferencia por lo que a sus viajes respectaba… Soy impulsiva y cariñosa, y… Bueno, usted ya lo sabe, Donald.

Me miró implorante.

—Está bien —dije—, lo sé. ¿Y qué?

—Bueno, me siento atraída por las personas y… Bueno, Dean tenía ideas muy anticuadas. Consideraba que él tenía perfecto derecho a andar por ahí, pero que sería terrible que yo mirase sólo a alguien… Estos tres últimos meses han sido un verdadero infierno.

—¿Por qué no pidió el divorcio?

—Él mantenía siempre alzada la mano con el látigo… ¿Entiende lo que quiero decir, Donald? La mano con el látigo.

—¿Qué me dice de su testamento? —pregunté—. ¿Ganará algo

con su muerte?

Ella meneó la cabeza.

—¿Lo sabe?

—Bueno, no lo sé. Pero recuerdo que Dean me dijo que si alguna vez presentaba una demanda de divorcio él me impediría obtenerlo, y también conseguir ni un céntimo como indemnización, y que su muerte no me reportaría ningún beneficio… Aparte de este aspecto de su carácter, no era demasiado malo, pero tenía… tenía ese egoísmo, y…

Se abrió la puerta y Frank Sellers entró acompañado por el inspector Thad Giddings.

—Muy bien, amigos —dijo Sellers—. A ver si contestan unas cuantas preguntas. Mrs. Crockett, empezará por usted.

Ella se le enfrentó.

—¿Había visto esto antes?

Sellers alargó el brazo. En una bandeja de plástico que sostenía en la mano había tres dardos.

—Oh, los he visto…

Le pegué un codazo.

—He visto flechas parecidas a éstas —se corrigió ella—. Pero, desde luego, no puedo distinguir unas de otras.

Sellers me miró con recelo, y dijo:

—Por favor, Lam. Vaya a sentarse a aquella silla. Dentro de un momento estaré con usted. Ahora me interesa hablar con Mrs. Crockett.

El inspector Giddings adelantó un paso.

—Acérquese Mrs. Crockett —dijo.

Phyllis se aproximó al inspector y a Sellers.

—Examine bien estos dardos —insistió Sellers.

Ella los miró con atención.

—¿Qué? —preguntó Sellers.

—Ya le he dicho cuanto sé —contestó ella con expresión desvalida—. Se parecen a los que he visto en la colección de mi marido, pero no sé cómo se pueden distinguir unos de otros.

—Ya encontraremos algún medio de distinguirlos —dijo Sellers —. ¿Y esta bandeja de plástico?

—He visto una exactamente igual.

—¿Dónde?

—Abajo en mi estudio. Tengo varias allí. Las uso para guardar los pinceles.

—Muy bien —dijo Sellers—. Vamos al grano. ¿Estuvo ayer por la tarde en su estudio?

—Sí.

—¿A qué hora llegó?

—No lo recuerdo con exactitud. Diría que era hacia… oh, bueno… tal vez las tres y media.

—¿Y fue usted sola?

—Sí, fui sola, pero no estuve sola… Es decir, había alguien allí.

—¿Quién?

—Mi modelo.

—¿Quién es?

—Sylvia Hadley.

—¿Cómo entró ella?

—Tiene una llave.

—¿Tiene varias llaves de su estudio?

—Sí, desde luego. De vez en cuando empleo modelos y no es posible hacerles esperar en el vestíbulo de la casa, si yo llego tarde. Cuando me sirvo de alguna modelo, le doy la llave y le permito que entre y se acomode. Cuando termina su trabajo de modelo ella me devuelve la llave.

—¿De modo que Sylvia Hadley tiene una llave?

—Sí.

—¿Estaba ya Sylvia cuando usted llegó ayer?

—Sí.

—¿Sabe usted cuánto tiempo llevaba allí?

—Me dijo que sólo unos pocos minutos.

—¿No «sabe» usted cuánto tiempo?

—No.

—Y ahora —dijo Sellers, volviéndose hacia mí—. ¿Estuvo usted ayer tarde en el estudio?

—Pues, sí.

—¿A qué hora?

—Un poco después de las cuatro y media… Digamos hacia las cinco menos veinte.

—¿Cuánto rato permaneció en él?

—Quince o veinte minutos.

—¿Aseguraría que se marchó usted a las cuatro cincuenta y cinco o a las cinco?

—Digamos a las cinco y cuarto, y puedo asegurarlo.

—¿Cuándo fue visto por última vez Dean Crockett? —preguntó Sellers.

—Sé que estaba vivo poco antes de un período comprendido entre las cuatro y cinco y media —dijo Melvin Olney—, pero esto es toda la exactitud que puedo darle.

—¿Cómo sabe que estaba vivo a esa hora?

—Porque le vi. Entonces me dio los cilindros que Denton está transcribiendo.

—¿Dónde estaba Crockett?

—En esta misma oficina.

—¿Y la puerta que va al estudio?

—Estaba abierta.

—¿Y la puerta del otro extremo del pasillo?

Olney frunció los labios y meditó por un momento. Después meneó la cabeza.

—No puedo decírselo —manifestó—. No estoy seguro. «Creo» que estaba… No, no quiero arriesgarme.

—¿Cuando regresó Crockett a su estudio?

—Lo ignoro. Fue poco después de marcharme yo.

—¿Cuándo se marchó usted?

—Tenía una cita a las cinco y cuarenta y cinco. Siento no poder ser más preciso en cuanto al elemento tiempo; pero a las cinco y cuarenta salí para llegar a tiempo a la cita.

—¿Dónde?

—Abajo.

—¿Con quién?

Olney frunció los labios y dijo:

—¿Con «quién»?

—Sí, con quién. Diablos, bien sabrá con quién estaba citado.

—Era con una joven.

—Muy bien. Hay medio millón de jóvenes paseando por ahí. ¿Cómo se llama?

—Es una periodista.

—¿Cómo se llama?

Olney inspiró profundamente, y dijo:

—Creo que tal vez no acabe de hacerse cargo de la situación. Tenía una cita con ella, pero no se presentó. En cambio, hablé con un hombre.

—¿Qué hombre?

—Jack Spencer. Es redactor deportivo del «*Sun-Telegran*».

—Bueno, ¿por qué no lo ha dicho en seguida?

—Porque que… quería ser meticulosamente exacto. No esperaba ver a Mr. Spencer pero él me esperaba en el vestíbulo, y me dijo que le habían enviado para hacer el reportaje en lugar de la periodista con quien yo esperaba encontrarme.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Salí con Spencer y estuvimos juntos hasta… Oh, me parece que hasta las diez y media, y después me marché.

—¿Estuvo usted en su compañía desde las cinco y cuarenta y cinco hasta las diez y media?

—Ciertamente.

—Y después de las diez y media, ¿qué?

—Me fui a casa.

—¿Directamente?

—No, directamente no.

—Se muestra usted muy reticente —dijo Sellers.

Olney se encogió de hombros.

Sellers se volvió hacia. Denton.

—¿Y usted? ¿Dónde estuvo ayer?

—No me encontré muy bien. Me mantuve tranquilo toda la tarde y noche.

—¿Qué quiere decir con que «se mantuvo tranquilo»?

—Permanecí en mi apartamento y me dediqué a la lectura.

—¿Sólo en su apartamento?

—Sí.

—¿Quién más estuvo aquí ayer por la tarde? —preguntó Sellers.

—Lionel Palmer —dijo Olney.

—¿Quién es ése?

—El fotógrafo encargado de todo el material gráfico en las expediciones de Mr. Crockett.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Tiene un estudio fotográfico en un apartamento.

—¿Por dónde cae?

—En el 92 Este de la calle Rush. Rush es una calleja que ocupa sólo un par de manzanas. Da a…

—Conozco el sitio. ¿Qué vino a hacer aquí?

—Vino a hablar con Mr. Crockett sobre ciertas fotografías.

—¿Qué clase de fotografías?

—Creo que Lionel Palmer podrá informarle mejor. Según me pareció entender, Mr. Lam había pedido algunas fotografías. Lionel quería estar seguro de que no había inconveniente en colaborar con Mr. Lam.

—¿Se refiere a Donald Lam, a este individuo?

Olney asintió con la cabeza.

—¿Para qué quería las fotografías?

—Creo que era para poder descubrir alguna pista sobre el ladrón de la cerbatana y de la estatua de jade. Será mejor que pregunte a Mr. Lam. Lo que le digo lo averigüé de boca de Lionel Palmer.

Sellers me miró.

—¡Lo que llega usted a moverse, pequeño! —exclamó.

No contesté.

—¿Qué dijo Crockett a Palmer? —preguntó Sellers.

—Lo único que sé es que oí a Lionel Palmer que preguntaba a Mr. Crockett acerca de entregar copias de unas fotografías a Mr. Lam.

—¿Y qué dijo Crockett?

—Crockett se rió y le contestó que no fuese estúpido, que a Lam lo había contratado él y que tenía derecho a obtener la máxima colaboración.

—¿Algo más?

—Sí. Mr. Palmer quería saber qué se proponía Lam, y Mr. Crockett le explicó que Lam trataba de encontrar al ladrón de una cerbatana y de una estatua de jade que habían desaparecido de ese apartamento la noche anterior, durante una fiesta.

—¿Y qué se dijo después?

—Lionel pareció alterarse. Cogió a Mr. Crockett por la solapa y dijo: «Bueno, escuche, Mr. Crockett, quiero saberlo. ¿Tengo o no tengo derecho? Si sospecha de mí y alquila detectives para que comprueben mis trabajos quiero saberlo».

—¿Y después? —preguntó Sellers.

—A Crockett no le gusta que lo toquen, es decir, no le gustaba.

Resulta difícil hacerse a la idea de que ha muerto.

—Déjese de detalles y de aclaraciones y de todas esas zarandajas —dije—. Queremos hechos. Lo que deseo saber es qué hizo Crockett.

—Apoyó una mano en el pecho de Lionel y le empujó hacia atrás.

—¿Con fuerza? —preguntó Sellers.

—Bastante.

—¿Qué dijo?

—Dijo: «¡Maldita sea! No se atreva a tocarme la ropa. No me gusta que me toquen. Lo sabe de sobras».

—¿Y luego?

—Después se volvió hacia mí, y me dijo de nuevo que quería estar seguro de que al día siguiente fuese Wilbur Denton, para copiar esos cilindros a primera hora de la mañana, y… Bueno, hizo caso omiso de Palmer.

—¿Y Palmer?

—Él… Bueno, se fue al otro despacho.

—¿Qué aspecto tenía? ¿Furioso? ¿Sombrío?

—Creo que sombrío y furioso. No sé. Nunca he entendido demasiado bien a Lionel. Es bastante temperamental y no entiendo bien sus sentimientos.

—¿Pero se marchó antes de salir usted?

—No. Fue el otro despacho. Estaba allí cuando me marché, pero Mr. Crockett había vuelto a su estudio y cerró la puerta.

—¿Se marchó usted a las cinco y cuarenta y cinco?

—Un poco antes. A las cinco cuarenta estaba ya en el vestíbulo de abajo, tal vez un par de minutos antes… Pero Mr. Crockett había regresado antes a su estudio. Tal vez será mejor que me deje explicarlo. Sé aproximadamente cuando llegué y cuando me marché. En total estuve aquí una hora, pero no puedo reconstruir la sucesión de acontecimientos con el fin de ayudarle en cuanto al elemento tiempo. Me ocupaba de muchas cosas, hice muchas llamadas telefónicas y esperaba a que Mr. Crockett saliese de su estudio. No puedo recordar con precisión la hora exacta en qué ocurrió cada hecho, pero sé que todo sucedió entre las cuatro y las cinco y media.

Sellers se encaró con Mrs. Crockett.

—¿Cuánto rato permaneció en su estudio? —preguntó—. Digamos que Donald Lam se marchó a las cinco. Después de marcharse, ¿cuánto rato permaneció usted aún?

—Tal vez otra hora.

—¿Y después salió?

—Sí.

—¿Acompañada de la modelo?

—Sí.

—¿A dónde fue después de eso?

—Subí aquí.

—¿Cenó aquí?

—Sí.

—¿Quién más había?

—Nadie. Estuve sola… Es decir, mi esposo estaba en el apartamento, pero encerrado en su estudio particular. Cuando está ahí, nadie debe molestarle.

—¿Pero hay alguna, otra llave para esas puertas? ¿Podía haber entrado si lo hubiese querido?

—Sí. Esta mañana las he abierto.

—¿Sabía que había una llave de socorro?

—Naturalmente.

—¿Sabía dónde la guardaban?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la caja fuerte.

—¿Quién conoce su combinación?

—Mi marido y yo.

—¿Nadie más?

—Que yo sepa, nadie más.

—¿Y estuvo aquí sola?

—Sí.

—¿Su esposo no abrió la puerta y salió?

—No.

—¿Cuánto rato permaneció aquí?

—Toda la noche.

—¿Qué hizo?

—Durante un rato estuve viendo la televisión; después, leí y, más tarde, me fui a la cama.

—¿Usted y su esposo tienen el mismo dormitorio?

—Sí. Es una habitación con dos camas.

—¿No duermen en la misma cama?

—No.

—¿Qué me dice de ellas? ¿Las hicieron esta mañana?

—Claro que sí.

—¿Quién se encarga de esto?

—Durante el día tenemos una criada.

—¿Y anoche no tuvo usted ninguna, compañía?

—No.

—¿Estuvo aquí sola?

—Sí.

Sellers meditó por un momento, y dijo:

—Muy bien. Creo que tendremos que hablar con ese Lionel Palmer… ¿No estaría por casualidad sirviéndole de modelo, verdad?

—No.

—¿Le conoce?

—Desde luego.

—¿Le ha hecho fotografías?

—Ya lo creo. A centenares.

—¿Pero él no tenía la llave de su estudio de pintura?

Phyllis empezó a responder, y después se detuvo.

Sellers la miró con interés.

—¿Tenía una llave?

—Sí, en estos momentos tiene una.

—¿La tenía ayer?

—Sí.

—¿Por qué?

—Quería que fotografiara varios cuadros míos.

—¿Con qué objeto?

—No se puede andar por ahí con los lienzos originales —dijo ella—. Hago que me saque copias fotográficas de mis pinturas, a tamaño nueve por doce y en color. Luego, cuando quiero enseñar a alguien mis obras, sin necesidad de ir al estudio y sacar los lienzos, me limito a coger esta colección de transparencias en color, y con ello tengo suficiente.

—¿Cuántas fotografías ha hecho?

—He pintado algo más de dos docenas de cuadros. Tiene fotos en color de todos. Tomó esas fotos durante un extenso período de tiempo. Ahora había dos nuevos cuadros que Palmer no había fotografiado aún y quería que los viese. Supongo que debió retratarlos ayer, en algún momento. Fue cuando le dije que lo hiciera.

—¿A qué hora?

—No lo concretamos. Le vi la noche de la fiesta y le di la llave de mi estudio, diciéndole que fuese cuando creyera que la luz era adecuada para tomar las fotos; pero le advertí que telefonease para asegurarse de que yo no estaba trabajando, porque en tal caso no quería que me molestaran.

—¿Le describió las pinturas que quería que fotografiase?

—Sí. Las dos estaban en caballetes.

—¿Y no sabe usted si él fue o no a hacer las fotografías?

—No.

—Bueno, nos vamos a dar una vuelta —dijo Sellers—. Ésta ha sido sólo una conversación preliminar. Más adelante serán ustedes interrogados detenidamente.

Denton carraspeó y dijo:

—Si le interesa a usted localizar todas las llaves del estudio de Mrs. Crockett, yo también tengo en mi despacho.

—¿Qué dice que tiene?

—Más llaves.

Mrs. Crockett se apresuró a explicar.

—Siempre que quiero que entre alguna modelo, en el caso de que no considere conveniente encontrarme con ella y darle una llave antes de que llegue, le doy instrucciones para que suba aquí, a pedir una llave. Después telefoneo a Mr. Denton y le pido que entregue una llave a la chica.

—¿Cuántas llaves? —preguntó Sellers a Denton.

—Dos.

—¿Dónde están?

—En el cajón de mi mesa.

—Veámoslas.

Denton se acercó a la mesa, abrió el cajón y dijo:

—Las guardo en esta cajita.

La abrió y se la quedó mirando con el ceño fruncido.

—Aquí sólo hay una —dijo Sellers.

—Sí —reconoció Denton.

—¿Tendría que haber dos?

—La última vez que miré, había dos.

—¿Cuándo fue eso?

—Anteayer.

—¿Y tendría que haber dos?

—Aseguraría que sí.

—Bueno, en tal caso, dígalo.

—Sí.

—¿Cierra el cajón de esta mesa? —preguntó Sellers.

—No.

—¡Bueno, qué le parece! —exclamó Sellers—. Falta una llave. ¿Está seguro de que las dos estaban aquí hace un par de días?

—Sí, señor.

—¿No dio ninguna a nadie?

—No, señor.

—Está bien —dijo Sellers—. No hay duda de que Crockett fue asesinado por alguien que le clavó un dardo en el pecho desde ese estudio que queda al otro lado del patio interior. Probablemente, la cerbatana fue disparada desde la ventana del cuarto de baño.

Volvióse hacia el inspector Giddings, y añadió:

—Reúna a un grupo de hombres, inspector. Empiece a investigar acerca de todas las personas que tienen apartamentos en este edificio. Entérese de si alguien se fijó en una cerbatana que asomase por la ventana del cuarto de baño. En caso afirmativo, averigüe qué hora era y si tuvieron oportunidad de ver el rostro de la persona que la utilizaba.

»Eso es todo por ahora. No quiero entretenerles más tiempo. Ahora bien, deseo que ninguno de ustedes se acerque a la puerta que da al estudio. En realidad, sería mejor que pasaran ustedes al otro despacho. Habrá detectives que entrarán y saldrán continuamente, y también deben estar a punto de llegar los periodistas. Pueden hacer ustedes lo que les parezca en cuanto a hablar con la prensa. Por lo que a mí respecta, la policía no tiene interés en ocultar nada sobre este asunto.

—¿Puedo hablarles de la llave que falta? —preguntó Denton.

—Es usted muy libre de decir todo lo que se le ocurra a quien le

parezca, querido —le contestó Sellers—. Y ahora, pueden retirarse. Nosotros nos pondremos a trabajar.

capítulo trece

ENTRÉ en las oficinas de Cool & Lam, y Lionel Palmer se levantó de un salto del asiento próximo a los archivadores que ocupaba, desde donde evidentemente había estado hablando con Eva Ennis. El rostro de la muchacha estaba ligeramente sonrojado y sonreía de esa manera especial, involuntaria pero tolerante, que adopta una muchacha cuando alguien la ha estado cortejando.

Palmer salió a mi encuentro.

—Hola, Palmer —dije.

—¡Al diablo! —exclamó enfadado—. ¿Qué idea ha tenido de ponerme en evidencia ante Dean Crockett?

—¿Le he puesto en evidencia?

—De sobras sabe que sí. Así que le contrataron para recuperar esos artículos robados, y lo primero que hizo fue dirigirse a mi casa. Esto da la impresión de que usted considera que yo tengo algo que ver con el robo. Crockett opina esto, y Olney también. Debería pegarle un buen puñetazo en las narices para enseñarle la lección.

Saqué mi pitillera, la abrí, se la ofrecí.

—¿Un cigarrillo?

—¡Váyase al cuerno! —exclamó.

Cogí un pitillo, me lo llevé a la boca, encendí una cerilla, y dije:

—¿Qué diferencia representa el que yo quisiese empezar buscando fotografías en vez de buscar a las personas?

Vi que Eva Ennis estaba escuchando y miraba a Lionel Palmer, con la admiración que las chicas de cierto tipo muestran por un hombre que habla dándose tono.

—Diablos —dijo—, me sonsacó usted cuanto pudo acerca de mis amistades. Me ha causado tantas molestias que creo que en desquite soy capaz de arrancarle la piel, y…

Dije:

—Ni siquiera sospecha aún de qué molestias se trata.

Contestó burlonamente.

—Supongo que usted será el encargado de dármelas, ¿no?

—Yo no. Otros.

—¿Quién? —preguntó, mirando a Eva Ennis por el rabillo del ojo y levantando la barbilla e hinchando el pecho.

—La policía.

Necesitó un minuto para entenderlo. Después su pecho empezó a deshincharse como un neumático con un agujerito.

—¿Qué diablos tiene que ver la policía con todo esto?

—Bastante. Precisamente ahora le andan buscando.

—¿Por qué?

—Quieren interrogarle.

—¿Sobre qué diablos quieren interrogarme?

Dije:

—¿Sabía que la noche de la fiesta fueron robados del apartamento de Crockett un pequeño ídolo de jade y una cerbatana?

—Claro que lo sabía.

—¿Y para usted no significa nada?

—¿Por qué iba a significarlo?

—¿Sabía que había, desaparecido una cerbatana?

—Ya lo creo que lo sabía. No se trata de ningún secreto. Crockett lo proclamó a grito pelado. Ayer por la tarde me explicó que le había contratado a usted y a su socia para que recuperaran los objetos; y quiso saber por qué merodeaba usted por mi estudio, y si sabía…

—Ya recuperé esos objetos —le interrumpí.

—¿Y qué? ¿Por qué me lo cuenta?

—He pensado que tal vez le interesase.

—Pues, no. No me interesa nada de usted, o acerca de usted, de modo que mejor será que no vuelva a meter sus narices por mi estudio.

—La policía le hará varias preguntas.

—Que me las haga. Ya les contestaré.

—Y la policía querrá saber lo que hacía usted en el estudio de Phyllis Crockett.

Aún hablaba con tono rimbombante, pero su pecho se achicaba

por momentos.

—¿Qué quiere decir el estudio de Phyllis Crockett?

—Tengo entendido que usted tiene una llave.

No me contestó.

—¿Estuvo allí ayer en algún momento?

—No tengo por qué darle cuenta de mis acciones.

—Ésta es la pura verdad —le contesté—. No tiene por qué hacerlo y yo se lo perdono. Sólo le explico lo que la policía le preguntará y a ella sí deberá contestarle.

—Tenía que hacer en este apartamento.

—Claro, claro, y tenía usted su llave y desde ese apartamento fue como asesinaron a Dean Crockett.

Retrocedió un par de pasos y sus ojos se desorbitaron.

—¿Qué? ¿Qué?

—Asesinaron.

—¿De qué diablos está hablando?

—Y —dije—, poco antes del asesinato, usted sostuvo una entrevista con él durante la que Crockett le cogió por la solapa de su americana, y le pegó un empujón que le hizo cruzar media oficina, y le dijo que estaba harto de su familiaridad tanto con él como con su esposa… La policía se mostrará, muy interesada en saber lo que hizo usted después porque, al poco rato, Crockett fue asesinado… Y ahora, si me disculpa, tengo mucho trabajo.

Le dejé allí plantado y me metí en mi despacho particular. Al abrir la puerta, le lancé una mirada y vi que me estaba contemplando con una expresión preocupada en el rostro.

Eva Ennis le miraba, pero en sus ojos ya no había aquella admiración que la hembra siente por el macho que está ganando una batalla.

Me quedé quieto con la mano en el pomo de la puerta a medio abrir, esperando a ver lo que ocurría.

Eva le volvió la espalda a Palmer, dirigióse a los archivos y empezó a trabajar en ellos.

Entré, saludé a Elsie Brand y fui a sentarme a mi mesa.

Elsie dijo:

—Bertha ha estado chillando con toda la fuerza de sus pulmones.

—Que chille. Dentro de un momento sonará el teléfono y la

recepcionista le dirá que Lionel Palmer desea verme. Que le digan que se siente y espere.

—¿El tratamiento psicológico?

—En efecto. Quiero hacerle morder el freno durante un rato.

—¿Y Bertha?

Consulté mi reloj y dije:

—Está bien, telefonee a Bertha.

—Ha dicho que quería que fuese usted a verla en cuanto llegara.

—Telefonéele.

Elsie llamó a Bertha y me hizo un signo. Descolgué mi aparato, y dije:

—Hola, Bertha. Ya he vuelto.

—¿Vuelta? —me chilló Bertha—. ¿Dónde diablos te metes estos días? Vengo al despacho y trato de encontrarte y nadie sabe dónde estás. Ni siquiera has comparecido por aquí. Te portas como el presidente de una sociedad anónima durante las vacaciones. Éste es un negocio en el que hay que trabajar. Hemos de solucionar asuntos.

—¿Qué clase de asuntos?

—Ven y te lo explicaré.

—No puedo. Me espera una visita.

—Que espere —dijo Bertha.

—Esto es lo que me propongo hacer —le expliqué, y colgué el aparato.

Así que hube colgado, llamó la recepcionista:

—Mr. Lionel Palmer desea verle.

—Que espere. Estoy ocupado.

Me acomodé en el sillón giratorio, puse los pies sobre la mesa y empecé a lanzar bocanadas de humo hacia el techo. Al cabo de cinco segundos, la puerta se abrió violentamente, como si la hubieran arrancado de sus goznes, y Bertha Cool se lanzó hacia mi mesa.

—¡Escúchame! —vociferó con el rostro congestionado por la indignación—: Tenemos un trabajo que hacer y nadie sabe en qué diablos pierdes el tiempo. Alguien ha de preparar un informe. Prometí a Crockett que se los enviaríamos diariamente.

—Muy buena idea —dije.

—¿Has devuelto ya la cerbatana y el ídolo de jade?

—Aquí tengo el ídolo de jade —dije, abriendo un cajón de mi mesa, sacando el ídolo y colocándolo sobre el secante.

—¿Y la cerbatana?

—La tiene la policía.

—Bueno, pues ya es hora de que… ¿La policía?

—La policía.

—¿Qué diablos tiene que ver la policía?

—Tu amigo Frank Sellers estaba muy interesado por la cerbatana la última vez que lo he visto.

—¿Frank Sellers? Está en la Criminal.

—En efecto.

—¿Qué hacía cuando le has visto? —preguntó Bertha.

—Investigaba un homicidio.

—¿Qué homicidio?

—El de tu cliente.

—¿Qué quieres decir?

—Dean Crockett.

—¿Quieres decir que lo han… que está muerto?

—Muerto como mi tatarabuela.

—¿Quién le ha matado?

—No lo saben.

—¿Con qué lo han asesinado?

—Ahí es donde hemos resultado demasiado eficientes, Bertha. Alguien le mató con la cerbatana que recuperamos. Cuando menos, eso parece por el momento, y así opina Frank Sellers.

Bertha se me quedó mirando sin dejar de parpadear, como si masticara la información con los párpados para facilitar la digestión del cerebro.

—¿Cuándo le han asesinado? —preguntó Bertha.

—En algún momento de la noche pasada. El cuerpo no ha sido hallado hasta esta mañana.

—¿De qué te ocupas tú ahora?

—Del crimen.

—¿Por cuenta de quién?

—De la viuda.

—¿Por qué?

—Probablemente la acusaran del asesinato.

—¿Ha sido ella?

—No sé.

—¿Qué opina Sellers?

—No me lo ha dicho.

—Mira, Donald Lam, si Frank Sellers opina que mistress Crockett ha asesinado a su marido y tú empiezas a entrometerte tratando de salvarla a ella, va a haber problemas.

—¿Para quién?

—Para ti. Para la agencia.

—Todo el mundo me crea problemas.

—No me gusta eso —dijo Bertha.

—A Mrs. Crockett tampoco le gusta nada.

—¿Qué hay de la pasta?

—No le he hablado de eso.

—Bueno, pues, háblale. Tráela aquí. Le hablaré yo. Eso es lo malo de ti, Donald Lam. Eres de esos tipos campechanos y tranquilos que creen que todo el mundo… Te he dicho un millón de veces que siempre que te encargues de algún trabajo debes cobrar un anticipo. Pueden coger a esa mujer y meterla en chirona. Después, pueden condenarla por el crimen y entonces no heredará ni un céntimo. Y nosotros quedaremos bien apañados.

—Eso es verdad —dije—. Por lo tanto, no nos interesa que la condenen por el asesinato de su marido.

—Cobra siempre un anticipo —dijo Bertha—. Y así no le preocupará, lo que suceda.

—¿Qué anticipo le cobraste a Dean Crockett?

Bertha trató de mostrarse digna.

—Con un hombre de esa categoría, no es posible… ¿Qué diablos estás intentando, pequeñajo? ¿Tratas de engatusarme?

—Sólo hacía una pregunta. Has dicho que había que conseguir «siempre» un anticipo.

—Bueno, ése era un caso distinto.

—¿Por qué es distinto?

—Crockett es millonario. Responde de cualquier gestión que encargue.

—Ahora ya no responde de nada.

Bertha lanzó una exclamación, empezó a decir algo y después dio media vuelta y salió corriendo del despacho.

Esperé otros cinco minutos y después le dije a Elsie Brand que

avisara a la recepcionista que podía hacer entrar a Lionel Palmer.

Éste tenía un aspecto muy distinto cuando entró en mi despacho. Había perdido toda su superioridad belicosa y agresiva.

—Oiga, Lam —dijo—, quiero saber exactamente lo que tiene la policía contra mí. ¿Cómo es…?

Se interrumpió y abrió mucho los ojos la ver el buda de jade colocado sobre mi mesa.

—¿Qué… qué es eso?

—El buda de jade desaparecido —dije con indiferencia.

—¿Lo… lo ha recobrado usted?

—No ha venido hasta aquí por sus propios pasos.

—¿Dónde lo ha encontrado?

—Oh, lo he encontrado.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Dónde?

—De la persona que lo tenía.

—Oiga, Lam, tengo motivos para preguntarle. Quiero saber quién tenía ese buda.

—Usted —dije, y encendí otro cigarrillo.

Empezó a levantarse de su silla con expresión indignada, pero después lo pensó mejor, y dijo:

—¿De qué diablos me está hablando?

—Le hablo de usted y del buda de jade.

—No pudo encontrarlo en mi poder.

—Lo encontré dentro de una de sus cámaras. Estaba envuelto en algodón y metido en su Speed Graphic, la que tiene un objetivo de gran ángulo.

—Está usted loco.

—Es una opinión discutible —dije—. Bertha Cool, mi socia, a veces piensa también lo mismo, de modo que no voy a discutir contra la mayoría… Sin embargo, ahí fue donde encontré el buda de jade.

—No le creo.

—No es necesario. Me creerá Frank Sellers.

—¿Quién es Frank Sellers?

—El polizonte de la Brigada de Homicidios que le interrogará a usted.

—¿Lo sabe Sellers?

—¿Qué?

—Que encontró usted… que dice que encontró ese buda en el interior de una de mis cámaras.

—Todavía no.

—¿Va a decírselo?

—Claro.

Palmer empezó a retorcerse en su asiento.

—Oiga, Lam —dijo—, en el fondo es usted una buena persona.

—Gracias.

—No veo motivo para que usted y yo no nos entendamos.

—Yo tampoco.

—¿Cómo cree que fue a parar ese buda al interior de mi cámara?

—No sé. No es asunto mío. Corresponde averiguarlo a Sellers. Para eso le pagan los contribuyentes. Él lo descubrirá.

—¿Eso… eso cree usted?

—Estoy completamente seguro.

Palmer volvió a ponerse nervioso y empezó a acercar su silla a la mía. Bajó el tono de su voz, observó por la puerta entreabierta el despacho de Elsie Brand, quien estaba repasando unos documentos y fingiendo que no escuchaba.

—Bueno, óigame, Donald, podemos entendernos.

Enarqué las cejas.

—Le contaré lo que creo que ocurrió.

—Adelante.

—Pero quiero que me proteja usted.

—Trabajo para un cliente. No quiero proteger a nadie, excepto a mi cliente. El cliente es y será mi único protegido.

—Pero podría usted… podría… tiene que proteger sus fuentes de información.

Crucé las manos tras la nuca, bostecé, y dije:

—No necesito ninguna fuente de información. Puedo averiguar todo lo que me interesa. ¿Qué dijo Sylvia Hadley cuando fue a su estudio y no encontró el ídolo de jade?

—¡Sylvia! —exclamó.

Asentí con la cabeza.

—No… no pudo ser Sylvia.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Oh, ella… ella…

—Sylvia estuvo en su estudio ayer por la tarde, ¿no es así?

—Se detuvo un momento antes de ir a casa de Mrs. Crockett para posar como modelo.

—Ajá.

—Pero Sylvia es decente. Es honrada a carta cabal.

—¿Buscó un pretexto para quedarse sola en su despacho exterior? ¿Allí donde guarda usted sus cámaras?

—Estuvo sola allí. No necesitó buscar ningún pretexto. Yo estaba trabajando en el cuarto oscuro. Ella estuvo dentro conmigo durante un rato y después los vapores del fijador la molestaron un poco; de modo que salió y me esperó fuera.

—Y después que hubo mirado en la cámara y descubrió que el ídolo había desaparecido, ¿observó en ella algún cambio?

Me miró como si le hubiese pegado un puñetazo en el plexo solar.

—Bueno —dije, poniéndome en pie y desperezándome—. Ahora tengo que marcharme. Venga cuando guste.

Atravesé el despacho de Elsie Brand y abrí la puerta.

Lionel Palmer andaba como un sonámbulo. Su americana deportiva parecía mayor que su medida.

Eva Ennis observó cómo se marchaba; en su rostro había una expresión intrigada.

Me dirigí a mi oficina y Eva Ennis me trajo algunos documentos del archivador.

—Éstos son los papeles que pidió usted el otro día, Mr. Lam. Quería los certificados del caso Smith.

—Oh, sí —dije, cogiéndoselos.

Me miró con ojos seductores.

—¿Qué le ha hecho? —preguntó.

—¿A quién?

Con la barbilla señaló hacia la puerta.

—A Lionel Palmer.

Fingí sorpresa.

—Nada. ¿Por qué?

—Parecía tan… tan deshinchado.

—¿Sí? No me he fijado.

—Le había estado esperando a usted. Decía que iba a… Bueno, ha proferido amenazas.

—¿De veras?

—Iba a utilizarle a usted para barrer el suelo de la oficina.

—¿Ah, sí? ¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí, Eva?

—Sólo unos dos meses.

—Cuando lleve más, aprenderá a darles a esas cosas la importancia que se merecen. El barrer el suelo de la oficina con mi cuerpo, no da derecho a nada, y sobre todo a una mirada de agrado por parte de la encargada del archivo… ¿Qué quería Palmer?

—¿Qué quiere decir?

—Sabe lo que quiero decir. ¿Qué quería?

—Oh —dijo pensativamente—, quería… Bueno, quería… Quería a secas. ¿He de expresarme con más claridad?

—Muchísimo más. No hablo de su cuerpo, sino de nuestros archivos.

—Oh —dijo ella, con sorpresa—, no quería nada de nuestros archivos.

—Me ha dado la impresión de que sí, por la manera como estaba inclinado hacia usted, junto al archivador.

—Pues no, sólo estaba… Bueno, ya sabe, hablando… haciendo comedia.

Calló un momento, y después se rió y dijo:

—Era un preliminar.

—Me ha parecido que se interesaba por el archivo.

—Oh, sólo hablaba sobre él.

—¿De qué hablaba?

—De generalidades.

—¿Recuerda exactamente lo que ha dicho?

—Oh, me ha preguntado sobre el sistema de archivo, sobre el tiempo que yo llevaba aquí y qué método sería más adecuado para una oficina de esta importancia, con el fin de que una empleada pudiese encontrarlo todo si otra tenía que marcharse, y…

—¿Y le ha pedido que le enseñara un archivador?

Adoptó una posición seductora y dijo:

—Quería atraparme en ese rincón.

—¿Para qué?

—No sea absurdo.

—¿Tenía manos inquietas?

—Todos los hombres tienen las manos inquietas.

—¿Y le ha pedido que le enseñara usted un archivador?

—Sí.

—¿Ha abierto usted el cajón, o lo ha hecho él?

—Él.

—¿Y era el cajón correspondiente a la
letra C
?

Ella frunció el ceño pensativa y dijo:

—Pues… creo que sí. En realidad, no me he fijado bien.

—¿Había abierto usted una carpeta para Dean Crockett?

—Sí.

—¿Qué hay dentro?

—Sólo las notas de Mrs. Cool sobre la vigilancia del apartamento para evitar el robo de curiosidades.

—Si ese tipo vuelve por aquí —dije—, no deje que se acerque al archivador.

—Oh, no volverá —dijo.

—No puede asegurarse.

—Mr. Lam —exclamó impulsivamente—, ¡creo que es usted maravilloso!

—¿Sí?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es usted tan… tan valeroso.

—No soy valeroso. Sólo prudente.

Se abrió la puerta de mi oficina y entró Elsie Brand.

La vi que me estaba buscando, pero por un momento no me localizó.

Eva Ennis estaba muy próxima a mí. Me miraba a los ojos con una expresión de completa aprobación. Se disponía a decir algo cuando Elsie me vio.

Elsie se acercó y dijo con voz tranquila:

—Lamento mucho interrumpirle; pero está al teléfono una joven que desea hablar con usted, Donald. Dice que es muy importante.

—¿Ha dado su nombre?

—No.

—Está bien —dije.

Dirigí a Eva Ennis una sonrisa para que ella la interpretara como una promesa de que regresaría en un momento u otro para proseguir la conversación.

Elsie se puso a mi lado cuando me dirigí hacia mi despacho.

—Tendré que enviarle un ejemplar de las leyes de caza —dijo.

—¿A la chica del teléfono?

—A Eva Ennis.

—¿Por qué las leyes de caza?

—Quiero que aprenda algo acerca de la época de veda, de cazar en el coto ajeno y de conseguir una licencia de caza.

Sonreí y cogí el teléfono.

Una asustada voz femenina dijo:

—Donald, tengo que verle inmediatamente.

—¿Quién habla?

—Sylvia Hadley.

—¿Qué ha sucedido? —pregunté.

—Van a ocurrir muchas cosas. Confío en que usted llegue antes de que empiecen a suceder.

—¿Dónde?

—En mi apartamento.

—¿Dónde está?

—En Cresta Vista, apartamento 319. ¿Vendrá?

—No sé. Depende de lo que se trate. Trabajo en un caso y mi tiempo pertenece a mi cliente.

—Donald, por favor, por favor, venga. Es importante, tanto para mí como para usted. Es… es enormemente importante para Phyllis.

Vacilé lo suficiente para hacerle comprender mi poco entusiasmo, y después dije:

—Muy bien, iré.

—Con toda la rapidez posible, Donald, por favor.

—Está bien —dije, y colgué.

Le advertí a Elsie:

—Si alguien me busca, estaré ausente alrededor de una hora.

—Sea prudente —dijo Elsie.

—¿Por qué prudente?

—Porque sé que no puede ser bueno.

capítulo catorce

APRETÉ el botón de madreperla que había a un lado de la puerta número 319, y Sylvia preguntó sin abrir:

—¿Quién es?

—Lam.

Abrió de par en par.

—¡Oh, Donald! —exclamó—. ¡Donald, me alegro mucho de que haya venido!

Sus manos se apoyaron en mi brazo, hizo presión con los dedos, mirándome fijamente a los ojos, con los labios entreabiertos.

—Oh, Donald —dijo—, esto es terrible, terrible del todo.

—Está bien, vamos al grano. Cuénteme qué es eso tan terrible.

Cerró la puerta y corrió el cerrojo.

—Pase y siéntese, Donald —dijo.

Me indicó el camino hasta un diván; se sentó, quitóse los zapatos, dobló las piernas hasta mostrar una buena parte de ellas, e instalóse muy próxima a mí, entrelazando los dedos de ambas manos y apoyándolas en mi hombro.

—Donald —dijo—, es terrible. No quería decírselo, pero no tengo más remedio.

—Muy bien, adelante. Dígamelo.

—El ídolo de jade.

—¿Qué?

—Yo lo cogí.

—Vaya. ¿Le importa que fume?

—Donald, me parece que no me presta ninguna atención.

—Claro que sí. Cogió usted el ídolo de jade. ¿Le importa si fumo?

—No —dijo enfurruñada.

—¿Quiere un cigarrillo?

Vaciló, y después dijo:

—Bueno.

Le di un cigarrillo y le alargué el encendedor. Sylvia se inclinó para encenderlo, sujetando mi mano con la suya, mientras su mirada iba de la llama a mi rostro.

—Donald, necesito su ayuda. La necesito muchísimo.

—Explíquese. Robó usted el ídolo de jade. ¿Qué ocurrió?

—Donald, por su tono comprendo que no me cree.

—Sí creo que robó el ídolo de jade.

—Bueno, entonces, ¿por qué se muestra tan… tan indiferente sobre ello?

—¿Qué quiere que haga: que me eche al suelo y tenga un ataque? Usted robó el ídolo de jade. Ha decidido contármelo porque sabe que yo lo averigüé, como también el método que utilizó para sacarlo del apartamento.

—¡Oh, no, Donald, le prometo que eso no es cierto! Escúcheme, por favor. Permítame que se lo cuente todo.

—Adelante. Quería que viniese a toda prisa. Ha hablado como si no dispusiera de mucho tiempo.

—Me temo que no.

—Pues será mejor que aproveche el que le queda.

Volvióse de costado, acercándoseme un poco más. La falda resbaló sobre las tensas medias de nylon, descubriendo la parte superior de sus piernas. Sus labios estaban a pocos centímetros de mi oreja.

—Donald —dijo—, no me he portado bien con mi amiga.

—¿Qué amiga?

—Phyllis.

—¿En qué sentido?

—He ayudado a… a su marido.

—¿En qué?

Vaciló y dijo:

—Bueno, por ejemplo, él me hizo participar en una maquinación.

—¿Qué clase de maquinación?

—No lo sé, pero era algo que tenía muy bien planeado. Era muy inteligente y cualquier cosa que planeara lo hacía después de una profunda y cuidadosa meditación.

—¿Qué quería que hiciese usted?

—Quería que robara el ídolo.

—Oh —dije—, de modo que es esto. Su defensa consiste en afirmar que cogió el ídolo porque él se lo pidió. ¿Es así?

—Desde luego, Donald, es lo que le estoy explicando, lo que estoy tratando de explicarle.

—Bueno, ya me lo ha explicado.

—No, aún no. Sólo le he contado el hecho desnudo.

—¿Y ahora quiere vestirlo?

—La desnudez resulta interesante, pero no es artística.

—Está bien, no le gusta a usted la desnudez. Adelante y vista los hechos.

—Donald, tengo la impresión de que me condena anticipadamente, sin escuchar lo que tengo que decir.

—Trato de escuchar lo que tiene que decirme.

—Bueno, pero usted no me facilita las cosas.

—¿Qué quiere que haga?

—Mostrarse compasivo. Yo… Oh, Donald, me siento enormemente sola y desvalida. Deseo tener a un hombre fuerte que me… me proteja.

—Yo no soy fuerte.

—Sí, sí lo es, Donald. Es usted maravilloso, aunque no se dé cuenta.

—¿Eso forma parte de la verdad desnuda? ¿O del vestido?

—Creo que trata usted de mostrarse antipático —dijo ella, y trató de sacudirme, pero lo único que consiguió fue sacudir su cuerpo contra el mío.

Me incliné hacia adelante y cogí el cenicero.

Suspiró profundamente.

—Ocurrió así —dijo—. Dean Crockett vino a verme y me dijo que deseaba combinar un robo durante la noche la fiesta. Dijo que quería que desapareciese el segundo buda de jade.

—¿Por qué?

—Eso no lo sé.

—¿Y si se limitará a contarme lo que le dijo Dean Crockett?

—Me dijo que le interesaba mucho aparentar que un ladrón había robado el segundo ídolo de jade de su colección. El otro había desaparecido unas tres semanas antes. Dijo que iba a contratar un

detective para que protegiese su estudio. También había puesto un aparato de rayos X en el ascensor.

—¿Sólo para impedir que la gente se dedicara a robar cosas? —pregunté.

Dijo:

—Deduje que lo había instalado con otra finalidad.

—¿Cuál?

—Para poder examinar a la gente que entrara en el apartamento a fin de comprobar si llevaba armas. Así que una persona entraba en el ascensor, se conectaba el aparato de rayos X y un fluoroscopio reproducía la imagen. Había algún mecanismo que hacía que la imagen del fluoroscopio se proyectase en una pantalla que había arriba. Ignoro si se conseguía mediante espejos o con un circuito especial de televisión. El caso es que cuando una persona entraba en el ascensor, tanto para subir como para bajar, podía ser examinada continuamente por quien ocupase un pequeño compartimento situado detrás de la caja del ascensor.

—¿Está segura?

—Oh, sí —dijo riendo—. Válgame Dios, debería ver a una mujer en ese fluoroscopio. Aparecen todos los huesos de su cuerpo, los broches de metal de las ligas y todos los detalles. Es el mismo sistema que usan en las cárceles. Supongo que sabrá que en algunas cárceles los visitantes son examinados con rayos X. Se mete usted en una especie de cabina y comprueban todo lo que lleva… —rió entre dientes y prosiguió—: Pero si quiere ver algo bueno, tiene que ver a un hombre reflejado en ese fluoroscopio.

—¿Cómo es eso?

—Oh, los hombres llevan tal cantidad de objetos… Se ven la pitillera, las monedas en el bolsillo del pantalón, la estilográfica, el alfiler de la corbata, los gemelos, todo.

—¿Había observado usted a la gente que subía y bajaba en el ascensor?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Sólo por diversión?

—No. He trabajado para Mr. Crockett.

—¿De qué manera ha trabajado?

—Bueno, me sentaba allí de guardia cuando él esperaba alguna visita que pudiera llevar un arma. Siempre tiene a alguien para que

acompañe a las personas en el ascensor, y a veces yo me había encargado de ello.

—¿Le conocía usted bien?

—«Muy» bien.

—¿De modo que le dijo que quería que robaran el buda de jade?

—Sí.

—¿Y que lo hacía para tener un pretexto y poder contratar un detective que vigilara el apartamento?

—Sí, eso era una parte del asunto.

—¿Y qué era lo demás?

—No lo sé. Eso es lo que me preocupa.

—¿Y qué tenía que hacer usted exactamente?

—Bueno, iba a contratar al detective, que sería un hueso de verdad y… Bueno, ella lo era… Tuvo que ser una mujer porque él quería que pudiese registrar a las invitadas si se hacía necesario y…

—Un momento —dije—. Retrocedamos y volvamos a examinar esto. ¿Por qué quería que las invitadas fuesen registradas?

—Para impedir que se llevasen algo.

Meneé la cabeza.

—¿No lo cree?

—No lo creo. Crockett era rico. Si hubiese decidido registrar alguna invitada, podía verse metido en un buen atolladero.

—Pero no si la invitada llevaba oculto algo que había cogido del apartamento.

—Tenía que cogerla con las manos en la masa —dije—. Debería estar completamente seguro de lo que hacía y… Suponga que la invitada se hubiese negado a que la registrasen y le obligara a llamar a la policía para presentar una denuncia, si es que quería aclarar el asunto.

—Bueno, ¿no podía haberlo hecho?

—Podía, pero nunca hubiera llegado hasta ese punto.

—Me dijo que iba a contratar una mujer tan dura que nadie conseguiría convencerla con buenas palabras.

—¿Había escogido ya a esa mujer detective?

—Sí. Era su socia, Bertha Cool.

—Entonces, ¿por qué quería que robara usted el buda de jade?

—Creo, Donald, que preparaba el terreno para algo que debía suceder al día siguiente de la fiesta. Creo que ésa es la razón de que

quisiera estar seguro de que faltaba algo.

»El caso es que me dijo lo que debía hacer. Tenía que esperar hasta que no hubiera moros en la costa y después romper el cristal de la urna que contenía el buda restante. Debía envolverlo en algodón y meterlo en la cámara que Lionel Palmer utilizaba para fotografiar grupos, la que tiene el objetivo de gran ángulo. Mr. Crockett me explicó que esa cámara sólo se utilizaría una vez durante la velada, y que sería para fotografiar a todos los invitados reunidos en torno a la mesa. Después, dijo, Lionel no volvería a usarla y no habría ningún riesgo en meter en ella el buda de jade. Los rayos X se desconectaban siempre que Lionel Palmer cogía el ascensor, porque una vez que no lo hicieron, todas las fotos que Lionel había hecho quedaron estropeadas. Los rayos X velaron los negativos.

»Creo que entonces fue cuando Lionel se enteró de que había un aparato de rayos X en el ascensor. No adivinó lo que le había ocurrido a sus películas, pero comprendió que habían sufrido una especie de sabotaje, de modo que fue a ver a Dean Crockett y le contó que algo había ocurrido y que sospechaba que durante la velada había estado bajo la influencia de un aparato de rayos X.

—¿Y Crockett le explicó lo del ascensor?

—Ignoro si se lo dijo o no, pero aseguró a Lionel que se ocuparía del asunto, y que si lo que sospechaba era cierto, se encargaría de que no volviese a ocurrir. Habló con vaguedad de unos aparatos de proyección instalados por una agencia de detectives, y dijo que no estaba muy bien enterado de cómo funcionaban.

—Está bien —dije—. Dean Crockett le pidió que cogiera el buda de jade y lo metiera en la cámara. ¿Y qué?

—Bueno, desde luego, Lionel lo sacaría y al día siguiente yo tenía que llegarme a verle y… Bueno, Lionel me había hecho varias fotografías y yo debería ir a pedirle mis reproducciones. Mr. Crockett dijo que él se encargaría de que Lionel estuviese todo el día en el cuarto oscuro, revelando negativos, y haciendo ampliaciones para publicidad. Dijo que si me entretenía un poco, no me costaría nada acercarme al estante donde Lionel guardaba las cámaras y sacar el buda de jade. Y nadie llegaría a saber cómo había salido de su apartamento.

—¿Y qué?

—Pues que… es usted listísimo, y adivinó dónde estaba el buda de jade; de modo que fue y lo sacó de la cámara de Lionel, tras de lo cual dejó alguien vigilando el estudio de Lionel para que cuando yo compareciera con el propósito de coger el buda, pudiera usted atraparme.

—¿Y usted, lo sabía?

—He acabado por adivinarlo.

—¿Y por qué me ha contado ahora todo esto?

—Porque estoy asustada.

—¿Por qué?

—Porque Lionel no va a ayudarme… Me acusarán de robar el buda de jade. Antes de comprender bien la situación, hablé demasiado a Lionel, y él sabe que soy yo quien metió el buda en su cámara, para recuperarlo luego. Por supuesto, cuando no le encontré, acusé a Lionel de haberlo cogido y ocultado en algún sitio y… Supongo que me colé.

—¿Y? —pregunté.

Me acarició una mejilla con la punta de sus dedos, y los llevó después hasta mi cabello, que alisó suavemente hacia atrás.

—Y ahora —dijo—, creo que estoy prácticamente en sus manos. Desaparecido Dean Crockett, no hay nadie que respalde mi relato, y… podría verme en un apuro terrible a menos que usted decida ayudarme.

—Tal vez no se le haya ocurrido pensar que trabajo en un caso… y para un cliente.

—Claro que sí. Por eso quería verle.

—Trabajo para otra persona, Sylvia.

—Desde luego. Para Mrs. Crockett.

—Por lo tanto, no me es posible hacer nada por usted.

—Donald, vuélvase y míreme.

—La escucho. No necesito mirarla.

—Quiero verle la cara. Quiero que usted vea la mía.

Me cogió la barbilla con una mano y con suavidad, pero con firmeza, me hizo girar la cabeza.

—Y ahora, míreme bien, Donald. Quiero que sepa que no le hubiese pedido que viniese aquí de no haber pensado que usted me necesitaba tanto como yo a usted.

—¿Por qué la necesito yo?

—Para proteger a Phyllis.

—¿Y cómo va a ayudarme a proteger a Phyllis?

—Porque podría olvidar que Phyllis se metió en el cuarto de baño, cerró la puerta y después oí que abría la ventana, y… Bueno, sentí curiosidad y me volví para mirar hacia la ventana por encima del hombro.

—Supongo que ahora querrá hacerme creer que pudo ver la ventana del cuarto de baño con sólo mirar por encima del hombro.

—No. No pude ver la ventana del cuarto de baño. Yo estaba en el estrado de las modelos, que queda próximo a los paneles de vidrio esmerilado. Algunos de esos paneles giran sobre un eje para que haya ventilación. No mucho, sólo lo suficiente para permitir que se airee el estudio… No les interesa que se desplacen demasiado y que las personas de los otros apartamentos puedan ver lo que ocurre allí, porque en tal caso… Bueno, ya sabe, verían modelos desnudas. Hay gente que considera una gran novedad ver a una mujer sin ropa.

—Para algunas personas lo es.

—Pues no tendría que serlo —repuso amablemente—. Después de todo, es algo natural, Donald. ¿Qué tiene de malo la desnudez?

—Me hablaba de la ventana del cuarto de baño —dije.

—Oh, sí. Miré por encima del hombro y, desde luego, no pude ver la ventana del cuarto de baño, pero por una rendija del panel de vidrio vi el espacio contiguo a dicha ventana, y… Donald, ¿es un delito el ocultar pruebas?

—Sí.

—Y si le dijese que vi algo significativo, y usted se lo ocultase a la policía, ¿sería un crimen?

—Yo no habría visto nada —dije.

—Lo sé, pero si yo hubiese visto algo y se lo contara a usted, y usted me pidiese que no se lo dijera a la policía, entonces sería…

—Pero yo nunca le diría que lo ocultase a la policía.

—¿Ni siquiera si hubiese visto la punta de una cerbatana que asomaba por el cuarto de baño y la hubiese visto oscilar de arriba abajo, como si alguien estuviese apuntando con ella?

—No sea tonta.

—No soy tonta, Donald. Sólo trato de ayudar.

—¿Por qué?

—Porque quiero que usted me ayude.

Dije:

—Lo siento, Sylvia, pero esto no cuela.

La mirada de ella se endureció.

—¿Qué quiere decir con que no cuela? ¿Que va a echarme por la borda?

—Yo no voy a echarla por la borda.

—¿Va a dejar que lo haga Phyllis?

—¿Cómo puede hacerlo ella?

—Guardándosele para ella sola.

—Phyllis no me tiene para ella sola.

—Me refiero a sus servicios.

—¿Qué desearía que hiciese yo exactamente?

—Procurar que Phyllis recordase que Dean Crockett le explicó confidencialmente que el robo del ídolo de jade era una estratagema que había ideado y en la que me había pedido que interviniera, y que yo no había hecho más que cumplir sus órdenes.

—¿Cree usted que él le contó esto?

—Oh, estoy segura.

—¿Por qué lo está, tanto?

—Porque hubiese sido muy lógico que lo hiciese, y… Bueno, a Phyllis se lo contaba todo. Si ella se exprime un poco el cerebro, lo recordará.

—Supongamos que no.

—Pues sería una lástima.

—¿Para quién?

—Para ella… Quizá para las dos, Donald. Tiene usted que ponerse a mi lado en este asunto. ¿O tendré que usar mis encantos para convencerle?

Estaba tan pegada a mí como le era posible y apretaba con fuerza mi brazo contra su cuerpo.

—¿Qué se propone ahora? —pregunté.

—Oh, no he hecho más que empezar, esto es sólo un preliminar. ¿Quiere ver lo que es bueno?

—No —le contesté—. Déjeme tranquilo por un momento, que tengo que pensar.

Sylvia se enfurruñó.

—No es usted muy amable.

—Y usted es una ingenua, una aficionada —dije—. No tiene ni idea de lo que hará la policía cuando las cosas se pongan difíciles. La despedazaran.

—Bueno, que lo intenten. —Me miró desafiante y añadió—: No nací ayer. Sé que puedo obtener inmunidad por todo lo que hice si les doy pruebas que les ayuden en un caso de asesinato. El problema estriba en que no quiero perjudicar a Phyllis.

La empujé a un lado y me puse en pie.

—Muy bien —dije—. Pruébelo y verá lo que consigue.

—¡Donald!

—Ya me ha oído.

—¿No quiere colaborar conmigo?

—¿Y meterme en un lío por sobornar a un testigo y colocar a Phyllis en una situación que le haga perder el caso incluso antes de haber empezado? No me haga reír. Si sabe algo, vaya y cuénteselo a la policía. Y acuérdese de esto: cuando lo haga, la despedazarán.

—Nada de eso —dijo con expresión desafiante—. Conseguiré inmunidad.

Se levantó del diván con gran exhibición de piernas y se dirigió hacia mí.

Me encaminé a la puerta, descorrí el cerrojo, la abrí, salí y la cerré a mis espaldas.

Cuando terminaba de cerrarla, la oí chillar con ira:

—¡Hijo de perra!

capítulo quince

PHYLLIS Crockett contestó a mi llamada telefónica.

—Al habla Donald Lam —dije—. Tengo que verla.

—¿Cuando?

—Ahora, si es posible.

—Venga —me invitó.

—¿A dónde? ¿Al apartamento o al estudio?

—Al estudio. He dado órdenes al portero para que se le permita entrar siempre que venga.

—¿Qué tal han ido las cosas? —pregunté.

—Bien.

—¿Duras?

—No demasiado.

—Ya se pondrán peor —le dije—. Allá voy.

Colgué el teléfono, conduje el coche hasta el estudio, y el portero me sonrió como si fuese el propietario del lugar. Subí hasta el piso número 20 y apreté el timbre del estudio de Mrs. Crockett.

Ésta llevaba un vestido sin tirantes que dejaba ver gran cantidad de carne.

—Hola, Donald —dijo.

Su rostro parecía tenso y cansado.

—¿A dónde va con esto? —pregunté.

—¿Con qué?

Señalé el vestido.

—¿No le gusta?

—Ésta no es la ocasión —dije—. Se ha quedado usted viuda, ¿recuerda? Tiene que estar postrada por el dolor.

—¡Bah! —exclamó—. Es inútil tratar de fingirlo. Dean y yo llevábamos más de un año separados prácticamente y… ¿Sabe lo que hizo el día de su muerte?

—¿Qué?

—Según parece, durante la semana había hecho que su abogado preparase los documentos para el divorcio. Aquel día le telefoneó para que presentara los papeles a la mañana siguiente.

—¿Y el abogado no lo hizo?

—No hubo mañana siguiente. Había muerto.

—¿Sabe esto la policía?

—Lo sabe la policía, lo saben los diarios, lo sabe todo el mundo.

—¿Quién se lo ha dicho a usted?

—Me han estado acosando sin cesar, y más los periodistas que la policía. A la policía le he hablado con franqueza y me ha dado un poco de respiro.

—Estarán comprobando todos los aspectos de su relato —dije—. Si encuentran algo que les parezca anormal, volverán a la carga con más fuerza que antes.

—Bueno, no encontrarán nada de anormal.

—¿Qué me dice de los periodistas?

—Me han hecho las preguntas más impertinentes. No he querido saber nada de ellos. Melvin Olney me ha sido de una utilidad extraordinaria.

»Hay que reconocerle esto a Melvin, Donald. Fue leal con Dean Crockett mientras él vivió, pero veía sus defectos lo mismo que todo el mundo. Después de marcharse usted, hemos tenido una conversación agradable. Me ha dicho que le gustaría quedarse, que su lealtad había sido para Dean, pero que si le dejaba permanecer a mi lado, su lealtad sería mía.

—¿Por qué iba a quedarse?

—¿Qué quiere decir?

—¿Para qué necesita usted un agente de prensa?

—Es más que eso, Donald, es un administrador. Se ocupa de todo y sabe qué teclas hay que tocar. Ha hecho un trabajo verdaderamente bueno con los periodistas, se ha mostrado cortés y considerado, pero los ha mantenido lejos de mí.

—¿Ha salido usted?

—No.

—¿Cuándo ha terminado la policía con el apartamento?

—Hace unas dos horas. Me han dicho que habían acabado y que podía utilizarlo yo. He estado aquí casi todo el tiempo, por si los

periodistas subían…

—Este estudio no es demasiado bueno —dije.

—¿Por qué no?

—Es imposible mantener alejados a los periodistas del apartamento, pero no de aquí.

—No… no he pensado en decirle a Melvin que iba a venir usted. Le he dicho que bajaba al estudio para tratar de descansar un rato.

—¿Sabe que está usted aquí?

—Sí.

Dije:

—Quiero que recuerde el día de ayer, el día del asesinato.

—¿Para qué?

—La visité aquí por la tarde y le entregué esta cerbatana.

—En realidad, no me la dio, sino que la dejó aquí para que se la entregase a Dean.

—En efecto. Ahora quiero saber lo que hizo después de marcharme.

—Pinté.

—¿Fue al cuarto de baño?

—Pero, Donald —dijo—, ¿cómo voy a recordarlo? Soy un ser humano normal. De vez en cuando voy al cuarto de baño y es imposible que dos o tres días más tarde recuerde mis movimientos.

—Sabe a lo que me refiero —dije—. ¿Fue al cuarto de baño con algún propósito especial?

Sonrió y dije:

—Si fui, debió de ser para un propósito muy especial.

Dije:

—Sylvia Hadley afirma que usted fue al cuarto de baño, cerró la puerta y permaneció dentro un rato. Dice que usted sacó la cerbatana por la ventana del cuarto de baño. Oyó abrir la ventana y vio la punta de la cerbatana.

—Es una embustera. No pudo haberla visto.

—¿Quiere decir que es una mentirosa porque usted no lo hizo o porque no pudo haberlo visto?

—Por ambos motivos.

—Hagamos un experimento —dije—. ¿Tiene aquí algo que sea tan largo como la cerbatana? ¿Un mango de escoba o la barra de una cortina?

—Tengo un pincel con un mango muy largo, pero no entiendo lo que trata de demostrar. Sylvia no pudo ver absolutamente nada.

—Dentro de un momento volveremos a hablar de eso. Quiero que vaya al cuarto de baño, abra la ventana y saque todo lo que pueda el mango de ese pincel.

Empezó a decir algo, cambió de idea, se metió en un cuartito, salió con el pincel, fue al cuarto de baño y abrió su ventana.

—¿Así? —preguntó.

—Así —contesté.

Me acerqué al panel de cristal esmerilado, lo desplacé hasta dejar una abertura de unos cinco centímetros, y luego fui al estrado de los modelos, subí a él y miré por la abertura que formaba el vidrio.

Distinguí los últimos veinte o treinta centímetros del pincel.

Cerré el panel y dije:

—Está bien. Sylvia pudo haberlo visto.

—¿Pudo?

Asentí con la cabeza.

Phyllis se mordió los labios.

—Y no tardará en contárselo a la policía —dije—. Bueno, si no mató usted a su marido, desde luego se ha metido en un buen lío. Si lo mató, se ha metido en la cámara de gas.

—Donald, yo no lo maté.

—¿Abrió la ventana y sacó por ella la cerbatana?

Fijó la mirada en el suelo.

—Sí —admitió en voz baja.

—¿Por qué?

—Fue casi inmediatamente después de marcharse usted, Donald. Sabía que a mi marido le interesaría enterarse de que se había recuperado la cerbatana. Recordé que su ventana estaba abierta. Fui al cuarto de baño y mientras estaba allí empecé a pensar. Entreabrí la ventana por si podía verle.

—¿Y le vio?

—Sí.

—¿Dónde estaba su marido?

—En el pasillo donde encontramos el cuerpo, próximo a la ventana. Me volvía la espalda y hablaba con alguien. Creo… creo que… que no pude distinguir quién era. Incluso pudo haber sido

una mujer.

—¿Qué hizo usted?

—Abrí la ventana y le llamé.

—¿La oyó?

—No.

—¿Y después?

—Llamé por segunda vez y después saqué la cerbatana para que pudiera verla y volví a llamar.

—¿La oyó entonces?

—No.

—¿Qué hizo usted?

—Vi que estaba hablando con aquella persona con tanto entusiasmo que no habría manera de hacerme oír. De manera que, entré la cerbatana, la dejé en un rincón, cerré la ventana del cuarto de baño y fui a reanudar mi pintura.

—¿Por qué no usó la linterna para llamarle la atención? Podía haber lanzado un rayo de luz contra la pared del pasillo, que no hubiese dejado de llamar la atención a su marido.

—En aquel momento no pensé en ello.

—¿No es ése el uso que se daba a la linterna?

—Sí.

—En tal caso, debiera haber pensado en ella.

—Pero eso hubiese llamado la atención al visitante de mi marido, y haberles interrumpido en algo importante. Yo no me proponía tal cosa.

—¿Usa a menudo la linterna?

—No. Dean no quería que le molestaran cuando estaba en su estudio. Yo sólo debía utilizar esa señal luminosa si se trataba de algo importante, no por una insignificancia.

—¿Qué me dice de Sylvia?

—¿A qué se refiere?

—Quiero saber acerca de ella.

—La vio bastante bien, y debería conocerla.

—¿Qué quiere decir?

—Vio todo lo que había que ver.

—Oh. ¿Es así?

—Claro que es así. No tiene la menor vergüenza y como muchas otras mujeres de hermosa figura, es una exhibicionista; le gusta

mostrar su cuerpo. Le agrada que la gente se fije en ella.

—¿Qué gente?

—Toda.

—¿Dean Crockett?

Contestó cansadamente:

—Oh, supongo que sí. Aunque a veces Dean se concentraba por completo en su trabajo y en tales ocasiones apartaba a las mujeres como si fuesen un estorbo. Y tal como él lo miraba, eso eran.

—¿Pero usted no cree que apartase a Sylvia?

—No lo creo. Si Sylvia había tomado una decisión, no resultaría fácil apartarla de ella.

—¿A usted no le importaba?

—¿De qué me hubiese servido?

—Probablemente de nada, pero lo que trato de averiguar es si sospechaba usted y, en caso afirmativo, por qué se mostraba tan amable con Sylvia.

—¿Qué otra cosa hubiese podido hacer?

—Muchas esposas le hubieran arrancado los ojos.

—Si hubiese arrancado los ojos a todas las mujeres por quienes se encaprichó Dean Crockett segundo, habría en el mundo muchas mujeres ciegas.

—Pero si he entendido que creía usted que él estaba demasiado ocupado para…

—Oh, tenía sus momentos. Cuando dejaba de trabajar, no perdía el tiempo.

—¿Había dos budas de jade?

—En efecto.

—¿Cómo se gana la vida Sylvia?

—No lo sé. Sobre este aspecto de su vida, lo ignoro todo. Me consta que tenía algunas fuentes de ingresos. No hace mucho me pidió que endosara un cheque para que ella pudiese hacerlo efectivo. Era de mil dólares.

—¿A nombre de ella?

—Sí.

—¿Quién había extendido el cheque? ¿Lo sabe?

—Sí. Miré la firma. Tenía que hacerlo, puesto que me hacía responsable del cheque. A Sylvia no le gustó. Le pareció que fisgoneaba. Me reí de ella. Le dije que no garantizaría el cheque de

nadie, sin mirar antes la firma.

—¿Quién lo había firmado?

—Mortimer Jasper.

—¿Le conoce?

—Le he visto en subastas de objetos de arte.

—¿Es Sylvia mujer capaz de apreciar la belleza en el arte?

—Aprecia la belleza en su propio cuerpo y en su espejo. Pero me gusta, Donald.

—¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que por su completa falta de escrúpulos.

—Supongamos que necesitase dinero con urgencia, por uno u otro motivo. Tuvo oportunidad de robar esos budas de jade y venderlos. ¿A quién podía habérselos vendido?

Phyllis meneó la cabeza, y dijo:

—No, eso no es propio de Sylvia. A veces, puede convertirse en una granuja, pero en cuestiones de dinero, es honrada. Sylvia…

Callóse bruscamente.

—¿Qué hay? —pregunté.

—Pensándolo bien —dijo—, estas últimas dos o tres semanas, Sylvia se ha portado de una manera extraña. El otro día la vi en un coche deportivo, junto con Mortimer Jasper. El auto estaba aparcado abajo. Evidentemente, él la había acompañado hasta el trabajo, y yo…; Bueno, sólo me extrañó un poco. Tenían las cabezas muy juntas, y hablaban y…

—¿Quién es exactamente Mortimer Jasper?

—Eso depende de a quién se lo pregunte.

—Se lo pregunto a usted.

—Bueno, hay gente que cree que es un deportista, un hombre rico, un coleccionista de arte oriental; mientras que otras personas piensan que es…

—Adelante —dije—. ¿Qué piensan que es otras personas?

—Bueno, una especie de perista.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Tiene una tiendecita en el distrito comercial, pero ignoro su domicilio. Supongo que podrá, encontrarlo en el listín telefónico.

—¿Le ha dicho algo a la policía acerca de que trató de llamar la atención de su marido sacando la cerbatana por la ventana?

—No.

—¿Por qué no?

—No lo he considerado necesario.

—Muy bien. Ahí es donde ha metido el cuello en el lazo corredizo. Ahora quiero que piense con mucho cuidado. Después de que yo me hube marchado, usted entró en el cuarto de baño… ¿Fue también Sylvia al lavabo?

—Cielos, no lo sé, Donald. Todo el mundo ha de ir en un momento u otro. Estábamos solas aquí pintando y… Sí, en efecto. Un momento… Sí que fue.

—¿Y la cerbatana estaba en el cuarto de baño?

—Sí. La dejé en un rincón.

—¿Cuánto rato permaneció en el cuarto de baño?

—No lo sé. No presté atención. Seguí pintando y… Para decirle la verdad, estaba completamente absorta en lo que hacía y no presté mucha atención a lo que sucedía; pero recuerdo que fue al cuarto de baño porque traté de conseguir el efecto que deseaba en mi pintura, sin acabar de conseguirlo. Deseé que volviera al estrado para darme cuenta bien de cómo caía la luz. Lo recuerdo con claridad.

—Cuando vuelva la policía, dígale que por hoy no se ve usted capaz de contestar ninguna pregunta más.

»Y ahora, quítese este vestido y póngase algo menos llamativo y que indique más su pesar.

—No siento ningún pesar.

—Sí, sí lo siente. Y va a asegurarse de que todo el mundo se entere de ello. Su esposo y usted no congeniaban demasiado. Él tenía un carácter muy extraño. Siempre estaba abstraído. Usted nunca llegó a entenderle, pero le respetaba y admiraba desde lejos. Le había puesto en un pedestal.

»Desdichadamente, a él no le importaban las mujeres. Estaba tan ocupado con sus exploraciones que apenas prestaba atención a la vida sensual, de modo que, físicamente, vivían separados. Usted lamenta que las cosas tuviesen que ser así, pero la realidad es ésta. Ahora lo echa mucho de menos y desde luego la apena terriblemente que fuese asesinado. Tiene confianza en que la policía conseguirá encontrar a su asesino. Ha contratado a detectives para que ayuden a la policía en la búsqueda de pistas. Y métase bien esto en la cabeza: no ha contratado detectives para que ayuden a la

policía a resolver el crimen; eso no sería inteligente; sólo los ha contratado para que ayuden a encontrar pistas que serán entregadas a la policía, para que ésta resuelva el crimen.

—Y ahora, quiero que haga otra cosa más.

—¿Qué?

Dije:

—Deme un pedazo de papel.

Abrió un cajón y arrancó una hoja de papel de un cuaderno de dibujo.

Saqué la pluma, y escribí:

«Por la presente autorizo a la firma Cool & Lam a que trate de localizar y recuperar los budas de jade robados de la colección que mi marido tenía en nuestro apartamento».

Empujé hacia ella el papel y la estilográfica.

Phyllis lo leyó, y dijo:

—¿No quiere ponerle fecha?

Meneé la cabeza.

—¿Ni siquiera la del robo?

Volví a negar con la cabeza.

—¿Por qué lo quiere?

Vaciló por un momento y después firmó.

—Puede hacerme falta.

Cogí el papel, lo doblé, me lo guardé en el bolsillo, y dije:

—Hasta la vista, Phyllis.

Pareció decepcionada.

—Desearía que no tuviese siempre tanta prisa, Donald.

—También yo —dije; y me marché.

capítulo dieciséis

POR dos veces, guié el auto alrededor de la manzana, para examinar el sitio. Estaba oscuro y no pude distinguir gran cosa, pero en una de las ventanas de la fachada había luz y la casa parecía tranquila y dormida. Desde luego, no había muestras de una excitada actividad.

Todo aparecía impregnado de respetabilidad y frondosas parras crecían a lo largo del porche frontal. Del lugar irradiaba una sosegada dignidad.

Aparqué el auto de la agencia, subí los escalones y antes de tocar el timbre saqué del bolsillo el ídolo de jade y lo oculté entre la frondosidad de una parra. Consideré que no sería muy buena idea entrar con aquel ídolo encima. Si el individuo estaba de acuerdo con Sylvia y ella había robado el ídolo para entregárselo, no había duda de que a estas horas estaría enterado sobre lo referente a mí y al ídolo.

Disimulé el ídolo con las hojas de parra y toqué la campana.

El hombre que acudió a abrirme era aún más bajo que yo. Rondaba la cincuentena y de su aspecto se desprendía un aire tal de disculpa que me recordó un perro callejero cuya cola, metida entre las patas, indica que en esta vida sólo espera recibir pedradas y puntapiés.

—Busco a Mortimer Jasper —expliqué.

—Soy yo —dijo el hombre, mientras sus ojos acuosos me examinaban con débil curiosidad.

—Me llamo Lam —dije—, Donald Lam. Soy detective particular. ¿Puedo hablar con usted?

—No hay inconveniente, Mr. Lam. Pase, por favor.

Le seguí al interior de la casa. Cruzamos un pequeño vestíbulo y entramos en la habitación cuya iluminación había distinguido a

través de una ventana.

Aquella habitación estaba dispuesta como una combinación de estudio, trastero y taller. Había un gran escritorio, un pequeño banco de joyero con algunas diminutas herramientas, una voluminosa caja fuerte con doble combinación, un microscopio binocular, varios libros, un pesado sillón giratorio detrás del escritorio, y, al otro lado del mismo, dos anticuadas butacas de cuero.

—Siéntese —me dijo con voz tranquila y amable—. Dígame lo que puedo hacer por usted, Mr. Lam.

—Me ocupo de una misión bastante delicada.

—¿Es eso infrecuente?

—No.

—¿Tal vez quiera contármelo?

Seguí observándole, tratando de encontrar el mejor ángulo de aproximación.

—¿Conoce a una modelo llamada Sylvia Hadley? —pregunté.

Cogió un lápiz y empezó a trazar dibujos en una hoja de papel. Esperó varios segundos antes de levantar la vista y preguntar:

—¿Representa alguna diferencia?

—Una gran diferencia…

—¿Tal vez preferiría hablar?

Dije:

—Soy un profesional, Mr. Jasper.

—¿Un profesional?

—Un detective.

—Ya me lo ha dicho.

—Cobro por el trabajo que realizo.

—¿Es eso malo?

—He venido para decirle algo que creo puede resultar importante.

—Cuéntemelo.

—Como le he explicado, Mr. Jasper, soy un profesional.

—Como he dicho, cuénteme.

—Usted ya sabe que Dean Crockett ha muerto.

—Lo he leído en los periódicos.

—Dean Crockett tenía dos budas de jade muy valiosos. Tengo entendido que el jade era de hermoso color y sin ninguna falla. El

modelado era exquisito. En la frente de cada buda había un luminoso rubí diestramente incrustado, que causaba la impresión de un círculo de fuego dentro del cráneo del buda.

—Interesante —dijo, sin dejar de trazar garabatos.

—La noche anterior a la del asesinato de Crockett, uno de esos ídolos de jade fue robado. Tres semanas antes de su muerte, el otro había desaparecido también. Mr. Crockett los consideraba de un valor incomparable.

La mirada de los ojos acuosos se apartó del papel en que Jasper estaba trazando líneas, y después volvió a bajar y a seguir al lápiz, que trazaba una serie de triángulos entrelazados y poniendo pequeños círculos en las puntas.

—Sé quién robó los ídolos.

—¿De veras lo sabe?

—Dentro de muy poco tiempo, lo sabrá la policía.

—¿Cuánto tiempo?

—Tal vez unos minutos.

—Prosiga.

—Sylvia Hadley es una oportunista. Es una joven que se mueve mucho. Es hermosa. Es inteligente. Tiene talento. Carece de escrúpulos y ha tenido muy poco contacto con la policía.

»Cuando la policía la interrogue, se derrumbará y le contará que, de vez en cuando, aparte de otras cosas, ha robado pequeños pero selectos artículos de joyería.

Callé y Jasper permaneció mudo. El lápiz siguió trazando líneas en el papel, formando triángulos entrelazados y situando circulitos en los vértices.

—Sylvia mencionará, su nombre —dije por fin.

—No tiene motivos para hacerlo —dijo, sin levantar la mirada.

—La policía hará una investigación. Probablemente, ahora mismo se esté procurando un mandato de registro.

Me callé y de nuevo reinó el silencio, interrumpido sólo por el susurro del lápiz al deslizarse por el papel.

—Vendrá aquí —dije—. No queda mucho tiempo. ¿Puedo ayudarle? Represento a los herederos de Dean Crockett. Trabajo para su esposa, Phyllis. Se me ha encargado que recupere el ídolo robado. Hay una recompensa. Si sus informes facilitan la recuperación del ídolo robado, recibirá una recompensa de tres mil

dólares de la compañía de seguros.

»Desde luego, la compañía de seguros querría estar segura de que no trataba con el ladrón o con algún representante suyo antes de pagar la recompensa, Ahí es donde entro yo en escena.

»Podría afirmar que usted me visitó "antes" de que la policía tuviese ninguna pista que condujera a Sylvia Hadley. Podría afirmar que usted me dijo que tenía la joya; que se la había comprado usted a una joven que le dijo que hacía años que estaba en poder de su familia, procedente de un abuelo suyo que había comerciado en China; que hasta después de leer la noticia de la muerte de Dean Crockett y la descripción del ídolo desaparecido, no comprendió usted que tal vez tenía la pareja del ídolo en cuestión, y que, en consecuencia, me había visitado.

»Esto le mantendría a usted aparte por lo que respecta a la compra de objetos robados, y además cobraría tres mil dólares como recompensa de la compañía de seguros y tal vez más.

—¿Y qué quiere a cambio?

Ahora era cuando tenía que esmerarme. Si lo hacía demasiado barato sospecharía; si pedía demasiado, me pondría de patitas en la calle.

Esperé hasta que los ojos acuosos se fijaron en los míos.

—Mil dólares —dije—. En efectivo.

—¿Y si yo no tuviese mil dólares… en efectivo?

—Creo que sí los tiene.

—Discúlpeme —dijo—. El teléfono.

Púsose en pie y salió de la habitación, en dirección al vestíbulo. Le oí que descolgaba un teléfono y decía:

—¡Diga, diga!… Sí.

Luego se cerró una puerta y sólo capté el murmullo de su voz, sin entender en absoluto las palabras.

Evidentemente, había dos teléfonos en la casa; uno en el despacho y otro, con línea distinta, que sonaba en la parte posterior del apartamento.

Permanecí inmóvil sentado, pensando.

Tengo buen oído, pero no había oído sonar ningún teléfono. ¿Cómo sabía, yo que había dos líneas separadas?

Me levanté de un salto, me acerqué a la mesa y descolgué con suavidad el teléfono.

Llegué a tiempo de oír la voz de Jasper que decía:

—Entonces, tú te encargas de ello.

Y se cortó la comunicación.

Solté el teléfono como si me quemara las manos, y cuando Jasper avanzó renqueante por el vestíbulo, yo estaba otra vez en mi silla, fumando un cigarrillo.

—Amigo mío —dijo—, da usted por seguras muchas cosas.

—En mi profesión, a veces resulta necesario.

—Tal vez exagere.

—Quizá.

—¿Qué seguridad tengo de que jugará usted limpio?

—Telefonearía en su presencia a Mrs. Crockett. Le diría que la llamaba desde mi apartamento; que usted había llamado un rato antes, que había ido a verle y que me había explicado que tenía un buda que se parecía mucho a uno de los desaparecidos; que deseaba usted que ella viniese a verlo, pero que yo me resistía a molestarla en medio de su dolor.

El lápiz empezó de nuevo a piruetear.

Jasper consultó su reloj.

Yo hice lo mismo con el mío.

—No queda mucho tiempo —dijo.

—Es suficiente —observé.

Esperé a que siguiera hablando.

De repente se enderezó. Dijo:

—Escriba lo que voy a dictarle.

Me alargó un cuaderno y una pluma.

—Antes quiero saber lo que va a dictarme —dije.

Contestó:

—Escribirá usted:

«Yo, Donald Lam, detective particular con licencia, he recibido una llamada telefónica de Mortimer Jasper, a las dos de esta tarde. Mr. Jasper me ha dicho que le parecía que tenía en su poder uno de los ídolos desaparecidos de la colección Crockett; que lo había comprado de buena fe y que después había leído con gran sorpresa la descripción de los budas de jade que habían sido robados de la colección Crockett.

»He ido a ver a Mortimer Jasper y éste me ha mostrado el

ídolo que tenía. Le he dicho que era un duplicado exacto del que había sido robado y Mr. Jasper me lo ha entregado, aceptando esta declaración escrita como recibo y como prueba de su buena fe. Yo me encargaré de devolver el ídolo a su propietaria.

»Mr. Jasper me ha dicho que ha pagado mil dólares por el ídolo y que desea recuperar ese dinero pero que, aparte de esto, no le interesa ninguna recompensa económica en absoluto».

Me hice el tonto.

—Puedo obtenerle tres mil dólares —dije.

—Ciertamente. Me obtendrá usted tres mil dólares y tal vez más. Pero entretanto yo tendré para protegerme esta declaración escrita suya. Si algo sale mal, la utilizaré. Pero no lo haré a menos que sea imprescindible.

»Ha acudido usted a mí con una proposición que puede resultar falsa. No lo sé. Afirma que representa a los herederos. Eso sí lo sé, porque he leído en los diarios que su firma recibió el encargo de guardar la colección.

Jasper añadió:

—Ahora, amigo mío, como ha observado usted, el tiempo apremia y hay que decidir si llegamos o no a un acuerdo.

—No me he metido en esto por diversión —dije—. Acepto los mil dólares.

—Desde luego.

—Tiene que ser en efectivo. Éste es un acuerdo confidencial entre nosotros dos.

—Es un acuerdo confidencial —repitió.

—Puede estar seguro —dije.

—Entonces, empiece a escribir.

—Tendrá que dictármelo de nuevo —dije.

Me lo dictó otra vez y yo lo leí, vacilé y después estampé mi firma.

Él abrió el cajón superior derecho de su mesa, extrajo el buda de jade, sacó de su bolsillo una cartera, contó diez billetes de cien dólares y me entregó a la vez el buda y el dinero.

Me guardé el dinero, cogí el buda, y dije:

—Tal vez no quede mucho tiempo. Quiero llevar ventaja a la policía.

—Me parece muy sensato —dijo.

Me acompañó hasta la puerta. No me alargó la mano y yo tampoco le ofrecí la mía.

Crucé apresuradamente la acera, me metí en el auto de la agencia, puse el contacto, encendí las luces, entré la primera marcha y empezaba a apartarme del bordillo cuando sentí en la nuca un contacto frío y amenazador.

—Tómatelo con calma, amigo —dijo la voz—. Dobla a la derecha por la primera esquina. Sigue recto dos manzanas. Verás un solar, métete en él.

Pensé rápidamente.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—No tiene importancia.

—¿Qué quiere?

—Ya te lo diremos.

—¿Polis?

—No preguntes más. Limítate a conducir el auto.

Seguí conduciendo y metí el auto en el solar.

—Cierra el contacto —dijo la voz.

Obedecí.

—Ahora las luces.

Las apagué.

—Pon las manos sobre tu cabeza.

Hice lo que me indicaba.

Unas manos me registraron, en busca de un arma.

—Apéate.

Me apeé.

Salieron dos hombres. Eran muy corpulentos y les debió de resultar difícil mantenerse agazapados y fuera de la vista en la parte posterior del coche de la agencia, mientras yo me metía en la trampa.

—De modo que eres un pequeño granuja, ¿eh? —dijo uno de los hombres.

Fue el otro quien me golpeó mientras yo empezaba a volverme; un impacto en la sien que hizo bailar estrellas ante mis ojos y me produjo una penosa sensación en el estómago. El que había hablado disparó su puño y me alcanzó en el plexo solar.

Caí al suelo, jadeando en busca de aire. Uno de los hombres me

pegó una patada en las costillas. Hice un esfuerzo y me aferré a su pierna, le hice perder el equilibrio y caer cuan largo era.

Oí que alguien reía; después algo me golpeó con fuerza en la cabeza y ya no supe nada más.

capítulo diecisiete

CUANDO recuperé el sentido eran las nueve y media. Estaba tendido entre las sombras del solar. No había ni rastro del coche de la agencia.

Traté de moverme y sentí como si unos cuchillos se clavasen en mi cuerpo; pero conseguí apoyarme en las manos y las rodillas y, luego, inseguramente, me puse en pie.

Me registré los bolsillos. Los mil dólares habían desaparecido, y también todo mi dinero; las credenciales y el reloj de pulsera, seguían en su sitio. Mi libreta de notas, la estilográfica y las llaves estaban también en mis bolsillos. Aparte de eso, me lo habían quitado todo, incluido el buda.

Traté de andar. Avancé lenta y penosamente, pero gradualmente los músculos entumecidos fueron calentándose y pude dar pasos mayores. Pero me dolía demasiado si trataba de enderezarme, de modo que iba encorvado hacia adelante.

Creí que podría llegar hasta, el farol de la esquina, pero a mitad del camino todo empezó a dar vueltas. Me pareció que la acera caía y me aferré a un buzón de correos que pasaba junto a mí.

Al cabo de un rato, unos faros me iluminaron y después oí que un auto se detenía.

Una voz gritó:

—Eh, amigo, suéltese de ahí.

Levanté la mirada y traté de sonreír.

—Acérquese un poco. Tenemos que hablar.

Era un auto de la policía, provisto de radio. Dos agentes ocupaban el asiento delantero.

Me dirigí hacia ellos.

—¿Qué está celebrando? —me preguntó uno de los hombres.

—No celebro nada —dije.

—Diablos, eso de la camisa es sangre —dijo el otro—. ¿Eh, qué ha ocurrido?

—Un par de granujas me han metido en el solar, me han dado una paliza y me han dejado por muerto.

—¿Tiene documentación? —preguntó uno de los agentes.

Me llevé la mano al bolsillo y saqué mi cartera.

Uno de los oficiales estudió los documentos de identificación. El otro, no me perdía de vista.

El de los documentos lanzó un silbido.

—El fulano es detective particular, Jim.

—Detective particular, ¿eh?

—Eso es. Se llama Donald Lam.

El otro me dijo:

—¿Qué estaba haciendo por aquí, Donald Lam?

—Estaba visitando a un hombre relacionado con una investigación que hacía. Mientras mi auto estuvo aparcado frente a la casa, dos granujas se metieron en su parte posterior y se agazaparon en la sombra. Subí al auto sin mirar y… Bueno, no tuve escapatoria. Uno de ellos apoyó su revólver en mi pescuezo y me dijo que condujese hasta este solar.

—¿Dónde está su auto?

—Evidentemente, se lo han llevado.

—¿Recuerda la matrícula?

—Sí.

—Está bien. Daremos un aviso por radio y tal vez los cojamos. Parece usted bastante maltrecho… ¿A quién había venido a visitar?

—A un hombre que vive por aquí.

—Denos su nombre.

—Se trata de un asunto confidencial.

—¿Con quién diablos se cree que está hablando? Denos su nombre.

—Mortimer Jasper.

—¿Dónde vive?

—Aproximadamente a una manzana y media de aquí.

—Vamos —dijo el agente—. Enséñenos el camino.

Subí en su auto y les conduje hasta la casa de Jasper.

—Muy bien, Lam. Ahora apéese —dijo el policía.

Estaba tan dolorido que casi no pude apearme del coche; pero

uno de los policías me ayudó mientras el otro empezaba a manejar el emisor de onda corta.

Subí los escalones de la casa y el agente tocó el timbre.

Al cabo de un minuto se abrió la puerta.

Mortimer Jasper asomó por ella, con su aire de disculpa y sus ojos acuosos que no mostraban la menor curiosidad.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Policía —dijo mi acompañante—. Este individuo afirma que le ha visitado a primera hora de esta noche, por un asunto profesional. Dos hombres le han atacado después y le han dado una paliza.

—¿Me ha visitado? —preguntó Jasper dando a su voz un tono exacto de sorpresa incrédula.

—Eso es.

—Pero eso es imposible. En toda la noche no he tenido ninguna visita.

—Mírele bien —dijo el policía, haciéndome dar media vuelta para que la luz que salía por la puerta me iluminase bien el rostro.

Jasper dijo:

—Ignoro lo que tramarán ustedes, pero en mi vida he visto a este hombre.

El policía me miró pensativamente.

—Muy bien, Lam —dijo—, le llevaremos a jefatura. Tal vez cuando hayamos llegado allí se le ocurra una historia mejor.

El policía me condujo hasta el auto.

El que se había quedado manejando la radio, preguntó:

—¿Qué tal?

—Jasper dice que en su vida ha visto a este tipo —contestó su compañero.

—Yo he estado haciendo comprobaciones por radio —dijo el otro—. Desde luego, es un detective privado; tiene licencia y está bien conceptuado. Trabaja en el caso Crockett. Ya sabes, Dean Crockett, el que fue asesinado. El inspector Giddings y el sargento Sellers se ocupan de eso. Quieren que le llevemos a su presencia.

—Bueno, ya le había dicho que nos lo llevábamos a jefatura.

Hicieron un ademán en mi dirección.

—Póngase cómodo, Lam. Vamos a jefatura. Quieren hablar con usted.

capítulo dieciocho

EL inspector Giddings me contempló de pies a cabeza.

—Vaya, vaya —dijo—. Desde luego, parece como si le hubieran metido en una trituradora. Ahora, déjese de comedias y cuénteme lo que ha ocurrido realmente.

Traté de sonreír, pero tenía el rostro demasiado tumefacto y un ojo bastante hinchado. Cualquier gesto me dolía.

—He tropezado con una puerta cuando me dirigía a oscuras al cuarto de baño —dije.

Giddings me concedió el honor de una inspección profesional; algo semejante a lo que hace un entrenador cuando observa a un púgil muy castigado entre dos asaltos, para ver si ha llegado el momento de lanzar la toalla.

—Parece como si le hubiesen hecho la cuenta completa —dijo.

—Sólo hasta nueve —contesté.

—¿Cree usted que aún prosigue la lucha?

—Sí.

Echó hacia atrás la cabeza y se puso a reír.

—Diablos —dijo—, le han contado hasta diez, Donald. De veras. Le han derribado y ahora está fuera de combate.

—Sólo he oído contar hasta nueve —insistí.

—Pues ha oído mal. Le digo que está eliminado.

—¿Qué quiere decir?

—Eliminado. E-l-i-m-i-n-a-d-o. ¿Quiere que se lo deletree?

—Está bien. Usted es quien habla.

—Ahora empieza a mostrar cierto sentido común. Yo soy quien habla y ya era hora de que lo reconociese. Ha de saber que no nos gusta que los detectives listos entorpezcan nuestro trabajo en un caso de asesinato.

»Ya puede imaginar el efecto que causaría si la gente abriera un

diario y viese que Donald Lam, un detective particular pequeño como una pulga, había resuelto el caso Crockett mientras la policía seguía dando palos de ciego.

Giddings hizo una pausa y meneó la cabeza.

—Sería lo que se llama una mala publicidad.

»Cuando ustedes, los detectives privados descubren algo relacionado con un crimen, han de venir a contárnoslo sin pérdida de tiempo y nosotros seguimos desde ese punto.

—¿Y me contará usted lo que ocurre con mis informaciones? —pregunté—. ¿O tendré que esperar a leerlo en los diarios?

Me sonrió paternalmente y dijo:

—Tendrá que leerlo en los diarios, Donald. Y ahora, a ver si llegamos a un acuerdo y empieza por el principio, contándome a qué se debe todo este…

Se abrió la puerta y Frank Sellers entró apresuradamente.

—Hola, Frank —dijo Giddings—. Aquí tenemos a un canario bastante maltrecho. Precisamente le estaba explicando cómo nos gusta que canten los canarios. Nos encanta escucharles.

—Siempre que canten la canción adecuada —dijo Sellers.

—Exactamente —convino Giddings.

Sellers dijo:

—Bueno, pequeño, de modo que ha vuelto a hacerlo, ¿eh?

—No he hecho nada —protestó.

—En efecto, no tiene aspecto de haberlo hecho —admitió Sellers —. Más bien parece que se lo hayan hecho a usted.

Echó hacia atrás la cabeza y se lanzó a reír.

Giddings sonrió.

—Acababa de decirle que está listo. Vamos a sacarle del cuadrilátero. Ha oído la cuenta completa.

—Bueno, ¿qué le parece, qué le parece? —dijo Sellers, frotándose las manos como si le picasen los nudillos ante el espectáculo de mi rostro maltrecho y el pensamiento de la paliza que me habían dado.

Se volvió hacia Giddings:

—Es como le había dicho. El pequeño bastardo tiene cierta cantidad de seso y mucho ingenio. Lo malo es que no tiene nada que lo respalde. Siempre va a descubierto y encuentra alguien que le caza bien. Apostaría a que he visto a este tipo por lo menos una

docena de veces con aspecto de necesitar más que nada una cama en el hospital; y todo por meter sus narices en algún maldito asunto, cuando lo procedente hubiese sido acudir a la policía.

—¿Es que este bastardo no escarmienta nunca? —preguntó Giddings.

—Hasta ahora, no.

El rostro de Giddings se endureció.

—Esta vez le enseñaremos —dijo hoscamente.

—Lo dudo —dijo Sellers—. Tiene afición a colocar sus narices delante de los puños, ¿verdad, Donald?

No contesté.

Giddings dijo:

—Pues voy a empezar inmediatamente la lección. Me alegro de que haya llegado, Frank. —Volvióse hacia mí—: Oigamos «toda» la historia, Lam.

—Eso —dijo Sellers, mientras se sentaba en una silla—. «Toda» la historia.

Sacó un cigarro de un bolsillo, le arrancó la punta de un mordisco, escupió el pedacito de tabaco, encendió el cigarro y se portó como un hombre que se dispone a disfrutar de un buen espectáculo.

—Adelante, pequeño, empiece a hablar y mejor será que diga la verdad.

—No tengo nada de que hablar.

—Oiga —dijo Giddings—, tenemos muchos sistemas para hacer hablar a la gente, y ni siquiera nos es preciso realizar un lavado de cerebro. No podrá usted ganarse la vida en esta ciudad si la policía se pone en contra suya, y si es listo lo comprenderá en seguida.

—Es listo —dijo Sellers. Y al cabo de un momento añadió—: Pero trapacero, terriblemente trapacero.

—Nunca ha perdido nada cuando ha trabajado de acuerdo conmigo —dije a Sellers.

—Bueno, no —admitió, chupando pensativamente el cigarro—. He de reconocerlo, pero no creo que fuese cierto si hubiese permanecido sentado esperando a que usted manejara las cosas a su antojo. Después que usted ha barajado, yo le he cogido los naipes y he hecho personalmente el juego.

—Está bien —le dije—. Todavía estoy barajando. Cuando la cosa

esté a punto, ya cogerá usted las cartas.

Giddings meneó la cabeza.

—No, Donald, eso no nos gusta. Tal vez Sellers confíe en usted, pero yo no. Soy un tío escéptico, no confío en nadie.

—Ya lo creo que sí —dijo Sellers—. No podrá entretener con buenas palabras a Thad Giddings, Donald. Mejor será que empiece a desembuchar.

—¿O de lo contrario?

Sellers hizo chasquear la lengua contra el paladar, lo mismo que una madre indulgente cuando riñe a su niñito.

—Empiece por el principio —dijo Giddings.

—No tengo nada en absoluto, con excepción de sospechas. Detesto…

—Eso es suficiente para nosotros —interrumpió Giddings.

—Pero detesto hacer acusaciones basadas únicamente en sospechas.

—Siempre lo hacemos, cuando hablamos entre nosotros —dijo Sellers—. Limítese a no contárselo a nadie más, Donald, sobre todo a los periodistas.

Dije:

—Todo empieza con una modelo que posa desnuda para pintores y fotógrafos.

—¿No se referirá a nuestra amiguita Sylvia Hadley, —la pequeña que posaba para Mrs. Crockett la tarde en que se cargaron a su marido, verdad?

—A la misma.

—¡Qué le parece! —dijo Sellers, y volvióse hacia Griddings—. Eso es lo bueno de Donald. Se entiende muy bien con las chicas. Si en el caso aparece alguna, en seguida empieza a tomarle confianza, y Donald es un hacha en este aspecto. Supongo que despierta en ellas sus sentimientos maternales. Tiene ese aspecto desvalido y débil. Les parece que han de cambiarle los pañales. He visto como ocurría esto una docena de veces.

—Prosiga —dijo Giddings—. ¿Qué hay de Sylvia Hadley?

—Creo que es una especie de perista.

—¿Una perista? ¿Esa chica?

Asentí con la cabeza.

—Está chiflado —dijo Giddings, mirando a Sellers.

Éste meneó la cabeza.

—Déjele proseguir, Thad. Que se explique. Algo habrá averiguado para pensar así; pero si le dejamos hablar ya nos enteraremos de qué se trata. Adelante, Donald. Cree usted que es una perista. ¿Qué le hace pensar tal cosa?

Dije:

—Ha estado saliendo con un hombre bastante mayor, llamado Mortimer Jasper, que es una especie de coleccionista y… Bueno, salta a la vista, ella no puede sentir ningún interés romántico por él. Por lo tanto, deben llevarse algo entre manos.

—¿Qué? —preguntó Giddings.

—Creo que él le facilita… Bueno, esto es sólo una corazonada, pero creo que él le facilita informes acerca del valor de ciertos objetos y creo que Sylvia se apodera de ellos y luego los vende.

Giddings miró a Sellers, y dijo:

—Por Cristo, ¿cómo puede ser un hombre tan estúpido?

—Cállese, Thad —dijo Sellers, taladrándole con la mirada—. Prosiga, Donald. Algún motivo tendrá, para pensar eso. ¿Cuál es?

—Es lo que trato de explicarle —dije.

—Muy bien, adelante. ¿Qué ha ocurrido?

—Bueno —dije—, he tratado de seguir esta pista, nada más. Me disponía a visitar a Jasper para hacerle algunas preguntas discretas. Ni siquiera he podido ver al individuo. Cuando he detenido el auto y me he dispuesto a apearme, han comparecido un par de matones que me han hecho llevar el auto hasta un solar. Entonces me han dado una paliza.

—Sobre este punto estamos dispuestos a aceptar su palabra —dijo Giddings, sonriendo—. No sólo parece lógico sino que hay pruebas que lo corroboran.

—¿Cree que existe alguna relación entre Jasper y esos dos matones? —preguntó Sellers.

—Diablos, no —contesté—. Creo que esa mujer, Sylvia Hadley, ha hecho que me siguieran estos dos hombres, para ver a donde iba. Cuando han comprendido que seguía la buena pista, me han atacado. Su idea ha sido apartarme de la circulación por una temporada.

—¿Han cogido algo? —preguntó Sellers.

—¿Qué quiere decir?

—¿No tenía usted ninguna prueba, o algo que les interesara a ellos?

—Si hubiese tenido esa prueba, habría actuado de otra manera. No me hubiese dejado sorprender así. Diablos, no, lo único que tenía era una corazonada.

Sellers y Giddings intercambiaron una mirada.

—Tal vez el fulano no vaya desencaminado si entiende lo que quiero decir, Thad —observó Sellers.

—Le comprendo —dijo Thad—. Vale la pena probarlo.

Reinó un silencio momentáneo y después Giddings me señaló con el dedo.

—¿Qué haremos con él?

—Llevarle con nosotros —dijo Sellers.

Giddings meneó la cabeza.

—Usted no le conoce tan bien como yo —dijo Sellers—. Tal vez trate de hacernos una jugarreta. Llevémosle. No le perdamos de vista ni un momento. De este modo, si en su relato hay algo erróneo, la chica se descubrirá tan pronto como nos presentemos con este pequeño. Pensará que la ha traicionado y empezará a hablar, lo que nos resultará muy útil.

—No me gusta llevarle con nosotros —insistió Giddings.

—Si no le llevamos, estamos perdidos —dijo Sellers—. Nos embrollará las pistas.

—No se atrevería.

—Ya lo creo que sí. Tiene más agallas que seis hombres juntos. Por este motivo recibe siempre esas palizas. No tiene sentido de la prudencia.

—Podríamos meterle en un calabozo.

—Antes de quince minutos presentarían un documento que nos obligaría a soltarle.

—Pero si dejásemos órdenes de que no se le permitiese telefonear y…

—Y entonces nos demandaría por un millón de dólares de daños y perjuicios —dijo Sellers—. Me he enfrentado con este tipo en otras ocasiones. Es dinamita pura. Se mueve muy aprisa. Haga lo que le digo, Thad, llevémosle con nosotros.

—Está bien —dijo Giddings—. Usted es quien manda. Si cree que es mejor, hagámoslo.

—Muy bien. En pie —me ordenó Giddings.

Traté de levantarme de la silla. Los entumecidos músculos no me respondieron. Mis piernas no tuvieron fuerza suficiente para sostenerme.

Giddings me cogió por los sobacos y me levantó.

—Mueva esos músculos —dijo—; si no, le dolerán endiabladamente.

—¿Pues qué cree que me ocurre ahora? —le preguntó.

Se limitó a sonreír.

—Vamos.

Me llevaron hasta el ascensor, nos metimos en un coche patrulla y emprendimos una veloz carrera por las calles.

El inspector Giddings se las entendió con el portero de la casa.

—Vamos al apartamento de Sylvia Hadley —dijo—. Queremos hacerle un par de preguntas. No nos anuncie.

—Muy bien —dijo el portero.

—Ya me ha oído —insistió Giddings.

—Le he oído.

—Si nos anuncia, lo consideraremos como un acto hostil —añadió Giddings—. Vamos.

Entramos en el ascensor, y subimos hasta la planta donde se hallaba el apartamento de Sylvia Hadley.

Frank Sellers golpeó la puerta.

Ésta se abrió un par de centímetros, bien sujeta por la cadena de seguridad.

Sellers mostró su placa y su tarjeta de identidad.

—Policía —dijo—. Queremos hablar con usted.

—Ya les he dicho todo lo que sé —contestó Sylvia.

—Sí, pero queremos hablar un poco más… Vamos, abra. No podemos estamos aquí toda la noche discutiendo.

Sylvia abrió la puerta.

Entramos los tres.

Me lanzó una mirada, y dijo:

—Donald, ¿qué ha sucedido?

—He tropezado con una puerta.

—¿Qué hace aquí con estos hombres?

—Me han traído con ellos.

—Hablaremos nosotros —dijo Sellers—. Donald ha estado aquí

esta tarde, ¿verdad, Sylvia?

—Sí.

—¿Qué le ha contado usted?

—Nada… Es decir, algunas de las cosas que les he explicado a ustedes.

—¿Qué me dice de Mortimer Jasper? ¿Qué le ha explicado sobre él?

Por la expresión repentina de desaliento que apareció en el rostro de ella, Sellers comprendió que había dado en el clavo.

—Adelante. ¿Qué le ha contado?

—No le he contado nada; ¡ni una maldita palabra! —exclamó Sylvia—. Y si él les ha dicho algo acerca de Mortimer, es… está mintiendo, él…

—Calma, calma —dijo Sellers—. ¿Qué hay de Mortimer Jasper?

—Nada en absoluto.

—¿Qué relaciones tiene con él?

—Ninguna.

—¿Le conoce?

—Pues… sí.

—¿Y no le ha dicho a Donald Lam nada acerca de él?

—¡Nada! —estalló ella—. Ignoro lo que él les habrá dicho, pero, sea lo que sea, es mentira.

Sellers se acomodó a una silla, cruzó las piernas y sacó otro cigarro.

—¡Qué le parece, qué le parece! —dijo con tono de profunda satisfacción.

Era la voz de un hombre que acaba de recibir la noticia de que ha ganado un importante premio en las quinielas.

Arrancó de un mordisco la punta del cigarro, la escupió sobre la raída alfombra del apartamento, encendió una cerilla, la acercó al cigarro, dejó escapar un par de bocanadas de humo, y volvió a decir:

—¡Qué le parece!

—No me gustan los cigarros —dijo secamente Sylvia Hadley.

Por el caso que hizo a esta observación, Sellers podía muy bien haber sido sordo como una tapia. Dio dos buenos chupetones al cigarro, sonrió a Giddings y dijo:

—Ahora estamos metidos en el ajo.

Giddings miró a Sellers con las cejas enarcadas. Sellers asintió con la cabeza, volvióse hacia Sylvia y preguntó:

—¿Conoce a ese Mortimer Jasper?

—Ya le he dicho que sí.

—¿Ha salido con él?

—He ido a cenar.

—¿Algo más?

—Eso es todo.

—¿Trató de propasarse?

—Es lo bastante viejo para ser mi padre.

—Igualmente tratan de propasarse —dijo Sellers—. Podría tener edad suficiente para ser su bisabuelo y aún lo intentaría.

—Bueno… pues, no. Mortimer Jasper no es de ésos.

—¿No es usted su tipo? —preguntó Sellers.

—Le repito que no hay nada de eso. Es un caballero.

—Bueno, está bien —dijo Sellers, sonriendo—, ¿de qué se trataba? ¿Qué quería de usted? ¿Por qué había de pagarle una cena?

—Su… supongo que le soy simpática. Siente por mí un interés paternal.

—Oh, de modo que ha salido con usted porque la aprecia, ¿eh?

—Supongo que sí.

—¿Pero no ha intentado propasarse?

—No.

—No sea ingenua —dijo Sellers.

Sylvia calló.

—¿Qué sabe usted de Mortimer Jasper? —preguntó Giddings.

—Muy poca cosa.

—¿Cómo le conoció?

—No me acuerdo. Creo que nos presentaron en alguna reunión, probablemente en alguna fiesta dada por míster Crockett.

—¿Asistía usted a las francachelas de Crockett?

—A veces.

—¿A santo de qué?

—Me invitaban.

—¿Quién?

—Mr. Crockett… o Mrs. Crockett.

—¿Le invitó a veces Crockett?

—Sí.

—¿También por interés paternal?

—Le… le gustaba rodearse de personas que animaran las fiestas.

—¿Y usted las animaba?

—Lo intentaba.

—¿Y allí conoció a Jasper?

—Es posible. No lo sé. No me acuerdo.

—¿No recuerda dónde le vio por primera vez?

—No.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Tampoco puedo decírselo.

—¿Cuándo la llevó a cenar?

—¿En qué ocasión?

—Oh, ¿hubo más de una?

—Sí.

—¿Cuántas?

—No recuerdo. Varias.

—Bien, bien, bien —dijo Sellers—. Esto se pone cada vez más interesante. Veamos, ¿a qué se dedica Mortimer Jasper? ¿Cómo se gana la vida?

—Está retirado.

—¿En qué se entretiene? ¿Cómo impide que la inactividad le vuelva loco?

—No lo sé.

—¿De qué hablaban cuando estaban ustedes juntos?

—No sabría decírselo. De muchas cosas.

—¿Sexo?

—Ya le he dicho que no.

—¿De ganar dinero?

—Creo que le sobra.

—¿De arte?

—Sí. El arte le interesa.

—¿De joyas?

—Bueno, le interesan las piedras preciosas, pero no la joyería.

—¿Algún tipo especial de arte?

—Ninguno en concreto. Aprecia la belleza.

—¿La incluye a usted en esta categoría? —preguntó Sellers.

—No me lo ha dicho.

—¿Pero la examinaba bien?

—¿Cómo voy a saber lo que examinaba?

—Caramba, no se muestra usted muy propicia a colaborar —dijo Sellers—. Ha de saber que podríamos hacerle las cosas un poco difíciles, *miss* Hadley. Tal vez le convenga mostrarse más locuaz.

—¿Sobre qué?

—Para empezar, sobre Mortimer Jasper. ¿Le ha dado usted dinero alguna vez? —preguntó Sellers.

—No, claro que no. ¿Por qué iba a dárselo?

—Muy bien —dijo Sellers—. ¿Y él a usted?

Sylvia vaciló.

—Recuerde que tenemos medios para enterarnos de estas cosas. Podemos solicitar una comprobación en su cuenta bancaria y…

—Me ha dado un cheque de mil dólares.

—Bueno, qué le parece —dijo Sellers, frotándose las manos—. ¡Qué le parece! ¡Ahora empezamos a progresar!

—No, en absoluto —contestó ella—. Ha sido solamente un préstamo.

—¿Para qué?

—Necesitaba varias cosas. Tenía que comprarme ropa y no quería atrasarme en el pago de mi auto.

—¡Qué le parece! —repitió Sellers.

—Querría que dejara de decir eso una y otra vez —estalló ella —. ¿Es lo único que sabe decir? Me está atacando los nervios.

Sellers sonrió y dijo:

—Me parece, Sylvia, que se está enfadando un poco. No lo haga. ¿No querrá hacer algo que le prive de mi amistad, no es cierto?

—Puede coger su amistad y…

—Vamos, vamos —interrumpió Sellers—. La necesitará usted, Sylvia.

—¿Por qué diablos he de querer la amistad de un obtuso polizonte?

—En primer lugar, no soy obtuso. En segundo término, usted se entiende muy bien con sus amigos. He aquí un tipo lo bastante viejo para ser su padre y sale usted con él, discute de arte, aunque no tienen nada en común ni se interesa por usted como mujer, y sí sólo como compañera de cena con quien hablar de arte. No puede recordar cuándo o dónde le conoció; sólo se trata de un simple

conocido y el tipo va y le sacude mil pavos. Una chica que tiene amigos así es capaz de llegar muy lejos.

Sylvia encaróse conmigo.

—¿Qué tiene que ver ese tipo en todo eso? —preguntó.

—¿Quién?

—Donald Lam.

—Oh, sólo le hemos traído para mantenerlo apartado de la circulación —dijo Sellers—. Ha de saber que Donald se mete en unos líos tremendos en cuanto se le deja solo.

Sylvia dijo:

—Si creyera que Donald Lam es responsable de esto, contaría… muchas cosas más.

—Bien, bien —dijo Sellers—, ¡qué le parece! ¿Qué otras cosas, Sylvia?

—No tengo nada más que decir.

—Esto es lo que se cree. ¿Qué le parece, Thad?

—Creo que tendríamos que hacer unas comprobaciones —dijo Giddings.

—Yo opino lo mismo. Póngase sus trapos, Sylvia. Nos vamos de paseo.

—¿A dónde?

—Oh, sólo un paseíto.

—No pueden llevarme a jefatura a interrogarme siempre que se les ocurra. Tengo una cita.

—¡Qué lástima! —dijo Sellers—. Otro individuo que aguantará un plantón… Bueno, así es la vida. Los más guapos son los que siempre se llevan lo mejor. Nos vamos de paseo.

Sylvia me miró y dijo:

—Tengo la impresión de que usted tiene algo que ver en esto. Si es así, voy a…

Detúvose, pero siguió mirándome.

—¿Va a qué? —preguntó Sellers.

—Nada.

—Creo que vale la pena examinar el asunto mucho más a fondo —le dijo Giddings a Sellers.

—Yo también —contestó éste—. Creo que hemos encontrado algo. Vamos, Sylvia, póngase sus trapos.

La muchacha se encaminó hacia el dormitorio.

Sellers se puso en pie y la siguió.

—Respete la intimidad de una chica —dijo ella, fulminándole con la mirada—. No quiero que un hombre me esté contemplando mientras me arreglo para salir.

—Lo único que necesita es un abrigo —le contestó Sellers—, y yo le ayudaré a ponérselo.

—¿Cómo sabe lo que necesito?

—Puedo decirlo sólo con mirarla.

Sellers la ayudó a ponerse un abrigo. Sylvia se ajustó un sombrero ante el espejo.

—Vamos —dijo Sellers.

Bajamos en el ascensor y nos metimos en el auto de la policía.

Cuando llevábamos recorridas unas pocas manzanas, Sylvia dijo:

—Éste no es el camino de jefatura.

—¿Quién ha hablado de jefatura? —preguntó Giddings.

—¿Quiere decir que no van a…? No tienen derecho a llevarme a ningún sitio, excepto a jefatura.

—Vamos a visitar a su amigo, Mortimer Jasper —explicó Sellers —. Queremos saber más sobre esos mil dólares que le dio.

—Sí —dijo Giddings—. Ahora investigamos otro crimen.

—¿Qué crimen?

—Corrupción de una menor —dijo Sellers.

—¡No me hagan reír! —estalló ella—. Tengo veinticuatro años y llevaba ya diez de delincuente cuando conocí a Mortimer Jasper.

—Todas tratan de hacerte creer lo mismo —dijo Giddings—. Coges a esas chicas de catorce y quince años que tratan de comprar bebidas alcohólicas, y que me ahorquen si no tienen una partida de nacimiento falsificada o un permiso o algo en el que siempre se afirma que son lo bastante mayores para hacer lo que les guste y que nadie tiene derecho a decirles lo que han de hacer y lo que no han de hacer.

—Es algo curioso —dijo Sellers—. Por ejemplo, fíjese en esta chica. Tendrá unos diecinueve o veinte años, pero…

—Oh, yo le daría menos de dieciocho —dijo Giddings.

—Por su manera de hablar parece mayor —insistió Frank Sellers.

—Eso desde luego. Eso se debe precisamente a lo que investigamos. Los hombres se aprovechan de ellas y eso las

endurece y…

—Son ustedes repugnantes —interrumpió Sylvia.

Sellers soltó una carcajada, y dijo:

—Esto es lo que ocurre cuando tratas de adivinar la edad de una mujer, Thad. Dentro de otros diez años, si le quita usted cuatro o cinco años, resplandecerá de gozo y se deshará en sonrisas. Pero cuando una chica es menor de edad le gusta aparentar más años.

Sylvia dijo algo entre dientes.

Sellers observó.

—No he entendido esto muy bien, Sylvia, pero espero que no haya sido lo que me ha parecido oír. Es una palabra muy fea.

Sylvia permaneció con los labios estrechamente apretados.

Los policías prosiguieron conduciendo el coche durante otros cinco minutos, y luego se detuvieron frente a la casa de Mortimer Jasper.

—¿Cuál es el plan? ¿Entramos todos? —preguntó Thad Giddings.

—Entramos todos —dijo Sellers.

Nos apeamos del coche y avanzamos lentamente por la acera, formando un grupo compacto.

Sellers tocó el timbre.

Al cabo de un momento, Mortimer Jasper abrió la puerta.

—Policía —dijo Sellers—. Deseamos hablar con usted y…

Jasper me miró por encima del hombro del policía y dijo:

—¿Cuánto va a durar esto? Es la segunda vez que ese mentiroso hijo de perra ha estado aquí con policía. Nunca en mi vida le había visto.

—¿Nunca? —preguntó Sellers.

—Nunca en mi vida.

—¿Ni siquiera cuando los policías me han traído por primera vez? —pregunté.

—Es usted un granuja, un truhán, un desvergonzado, un…

Jasper se contuvo.

—Pues parece saber muchas cosas de él pera ser un individuo al que nunca había visto —observó Sellers—. Fíjese en esta joven. ¿La conoce?

Giddings empujó hacia adelante a Sylvia Hadley, que había procurado permanecer en segundo término.

—Ya les he dicho que sólo… —empezó Sylvia.

Giddings le rodeó el cuello con un brazo, tapó con su mano la boca de Sylvia y dijo:

—Cállese. Ésta es la fiesta de Jasper. Que sea él quien hable.

—Creo… creo que es *miss* Hadley —dijo Jasper, parpadeando—. Aquí no se ve muy bien. Parece como…

—Estupendo —dijo Sellers—, pues entraremos. Dentro tendremos mejor luz.

Sellers se abrió camino. El inspector Giddings seguía sujetando firmemente a Sylvia Hadley.

Yo me encaminé hacia la puerta, vacilé, caí sobre una rodilla, traté de enderezarme y me derrumbé en el suelo, donde permanecí gimiendo.

—Vamos, vamos —dijo Sellers, por encima del hombro—. Muévase, Donald.

Me incorporé sobre las rodillas, me arrastré hasta la puerta y empecé a dar arcadas.

Jasper dijo:

—Me gustaría saber a qué viene todo esto.

—¡Vamos! —gritó con rabia Sellers—. Levántese de una vez, Donald. Cada minuto que nos hace perder lo aprovecha este individuo para pensar.

—No puedo evitarlo. Estoy mareado —contesté.

—Es un truco —dijo Giddings—. Trata de dar al otro tiempo para pensar.

—¿Por qué he de necesitar tiempo para pensar, por favor? —preguntó Jasper.

Sellers empujó a Jasper hacia el interior de la casa y dijo:

—Vamos, Giddings. Entre a Sylvia y después retroceda y ayúdele.

Así que hubieron traspuesto la puerta, alargué la mano y encontré el ídolo de jade que había ocultado entre la parra, me lo guardé en el bolsillo y empecé a gatear hacia el interior de la casa.

Giddings se me acercó, me cogió bajo los sobacos, de un tirón me puso en pie y me apoyó una rodilla en las posaderas.

—En marcha, pequeño bastardo —dijo—. Es un momento crucial y a usted se le ocurre representarnos esta comedia.

—No puedo evitarlo —gemí.

—¡Entre de una vez!

—Me siento mareado.

—Por nosotros, puede vomitar en la alfombra de ese tipo —dijo —. Adelante.

Jasper trataba de ganar tiempo. Sellers intentaba impedírselo.

—Muy bien, Jasper —dijo Sellers—, ¿qué hay entre usted y Sylvia Hadley, aquí presente?

Sylvia dijo:

—Les he explicado, Mortimer, que…

De nuevo Giddings se lanzó sobre ella y le tapó la boca con la mano.

—Hablaremos nosotros —dijo Sellers a Sylvia—. Si vuelve a propasarse, pasará la noche detenida. Y ahora, Jasper, empiece a hablar ya. No se quede aquí tratando de inventar alguna explicación, porque no pensamos darle todo el tiempo que necesitaría. Cuéntenos la verdad y empiece ahora mismo.

Jasper dijo:

—Conozco a esta joven, pero nada más. Nos hemos visto, y…

—¿Y por qué le ha dado mil pavos si apenas la conoce? —preguntó Sellers.

Jasper parpadeó.

—¿Quién ha dicho que le he dado mil pavos? —preguntó con tono belicoso.

Sellers se le acercó, colocó su rostro a menos de quince centímetros del de Jasper, y dijo:

—¡Lo digo «yo»!

Jasper trató de mirar de reojo a Sylvia, en espera de una señal, pero Sellers siguió impidiéndole verla.

—Vamos —dijo—. Empiece a hablar, empiece a hablar.

—Ella tiene un amigo que necesitaba los mil dólares —dijo Jasper—. Ese amigo quería venderme un artículo de joyería que yo pensaba podía vender adecuadamente… Sabía que no podía equivocarme pagando mil dólares. Sylvia era la intermediaria. Me dijo que representaba a ese amigo y yo le anticipé los mil dólares, pero diciéndole que no pagaría ni un centavo más hasta que ella tuviese la mercancía en sus propias manos.

—¿Y la ha conseguido?

—No lo creo. No me lo ha dicho. Ella es quien debe explicárselo.

—¿De qué se trataba? —preguntó Sellers.

—Un ídolo de jade, de jade esculpido. Tal como lo describió, era exquisito y… una hermosa muestra de la artesanía china. Dijo que podría obtenerlo por mil dólares. Su amigo estaba dispuesto a venderlo porque necesitaba dinero en efectivo.

—¿Le dijo quién era su amigo?

—No.

—¿No sería Phyllis Crockett?

—No me lo dijo y yo no se lo pregunté.

—¿Conocía usted la existencia de los dos budas de jade que tenía Dean Crockett?

—No.

—¿Cree que éste podría ser uno de ellos?

—Desde luego, no puedo decirlo, porque aún no he visto ninguno. Podría ser. Ella me explicó que su amigo decía que llevaba mucho tiempo en la familia. El amigo quería convertirlo en dinero. Sylvia dijo que a su amigo le hacía mucha falta; que necesitaba tener el dinero, y Sylvia pensaba que podría obtener el ídolo por mil dólares.

—Diablos, no hace más que darle vueltas al mismo cuento, tratando de ganar tiempo para pensar —dijo Sellers—. Deje de dar vueltas al mismo asunto y cuéntenos el resto. ¿Entregó Sylvia el dinero a ese amigo?

—No debía hacerlo antes de obtener la mercancía. Desde luego, a menos que violara las instrucciones o a menos que me engañase a mí. Después de todo, conozco muy poco a Sylvia Hadley. Si está enamorada, es posible que quisiese sacrificar a Mortimer Jasper en beneficio de su amigo. Las mujeres enamoradas son capaces de cualquier cosa.

—¿Cuánto tiempo hace que le dio esos mil pavos? Recuerde que examinaremos sus libros y localizaremos el pago.

—Debió ser… hace unas tres o cuatro semanas.

Los detectives estudiaban el rostro de Jasper con ojos duros y escépticos. Ninguno prestaba atención a nada que no fuera aquel rostro, aquella voz, aquellos ojos débiles y acuosos.

Disimuladamente, di la vuelta a la mesa. Había una papelera de cuero medio llena de papeles. Saqué del bolsillo el ídolo de jade y lo dejé caer en ella.

—¿Y le dio los mil pavos fiándose sólo de su palabra? —preguntó Sellers.

—En efecto. Confié en su honradez.

—¿Cuánto tiempo hacía que la conocía cuando le dio esos mil pavos?

—No mucho. Ya les he dicho que en realidad la conozco muy poco.

—¿Cómo es que acudió a usted con esta historia?

—Me la encontré.

—¿Dónde?

Jasper trató de mirar a Sylvia, en espera de una señal.

Sellers le cogió por los hombros y le hizo describir media vuelta.

—Ella acudió a mí —dijo Jasper—. Había oído contar que yo me interesaba por ciertos objetos artísticos. Quería saber si estaría dispuesto a pagar mil dólares por una estatua de jade muy vieja y hermosa…

—¿Ésa fue la primera vez que la vio?

—Esa misma.

—¿Y usted le dijo que, a su juicio, sí los valía?

—Sí.

—¿Y le dio los mil dólares?

—Sí.

—Sin ninguna otra descripción de la estatua de jade, le dio usted a una chica a la que nunca había visto, un millar de pavos… Vamos, vamos, Jasper, tendrá que inventarse algo mejor. Sabemos que ha salido con ella. La ha llevado a cenar…

—Eso fue después de los mil dólares.

—¿Antes no? —preguntó Sellers—. Piénselo bien, porque va a meterse en un lío endiablado.

—No puedo pensar, estoy desconcertado —dijo Jasper—. Estoy…

—¿Antes de los mil pavos? —preguntó Sellers.

—Sí —dijo Jasper.

—Así está mejor. Ahora cuéntenos la verdad.

—Sabía que era una modelo —dijo Jasper—. Vi un cuadro para el que había posado. Quise conocer el nombre de la modelo, obtuve el nombre y la dirección y… Bueno, la invité. Yo… Bueno, al diablo. Trataba de conquistarla.

—De conquistarla, ¿eh? —dijo Sellers—. ¿Y consiguió algo?

—Ésa es una pregunta muy embarazosa —contestó Jasper.

El ahogado chillido de Sylvia sonó como si tratara de lanzar un insulto, pero la mano de Giddings sobre la boca de ella le impidió que lo articulase. Fue sólo un bestial chillido de rabia.

—Le di mil dólares —dijo Jasper.

—¿Por una estatua de jade?

—Para el amigo que quería venderme ese ídolo de jade. Ella me prometió que me lo entregaría. Por entonces confiaba en ella. Yo había utilizado el asunto de los mil dólares para entablar amistad con ella.

—¿Cuánta amistad?

—Mucha. Deduje que eso formaba parte del trato.

Sellers hizo un ademán a Giddings. El inspector apartó u mano de la boca de Sylvia.

—¡Mentiroso hijo de perra! —chilló Sylvia—. He andado por ahí, pero nunca permitiría que me tocara usted ni con un palo de tres metros de largo. Usted me encargó que robara esos ídolos de la colección de Crockett y me prometió mil dólares por cada uno. Y no me dio los mil dólares hasta que yo le entregué el primer ídolo. Yo hubiese conseguido los dos, pero Dean Crockett tenía uno encerrado cuando me apoderé del otro.

—Bueno, eso está mejor —dijo Giddings, sentándose—. Siéntense, amigos, y pónganse cómodos.

—¡Qué le parece! —dijo Sellers, sonriendo.

—Eso es una falsedad completa —dijo Jasper, con aire digno—. En vista de la acusación he de insistir en que se me permita hablar con mi abogado.

—¿Tiene inconveniente en que echemos un vistazo por aquí? —preguntó Sellers.

—¿Para qué?

—Para ver si encontramos en algún rincón ese ídolo de jade.

—Puedo asegurarles que no tengo nada semejante.

—¿Y en la caja fuerte?

—Tiene una cerradura de tiempo. No es posible abrirla hasta mañana a las nueve de la mañana. Hago esto para protegerme de los ladrones.

—¿Le importaría que volviésemos mañana por la mañana para

ver lo que hay dentro?

—Pue… puedo asegurarles que dentro no hay ningún ídolo de jade.

—¿Y en el resto de la casa? —preguntó Sellers.

—No tengo inconveniente en que hagan un registro —dijo Jasper—. Sin embargo, puedo asegurarles que esta acusación carece de todo fundamento y que el registro resultaría completamente inútil.

Sellers se encaminó hacia la mesa de despacho.

—No tengo nada que ocultar —dijo Jasper—. Pero considero que esto, todo este proceder, es ilegal.

—Vamos por buen camino —dijo Sellers a Giddings—. Abra el pupitre. Le echaremos una mirada.

—Si se ha de abrir el pupitre, tendrá que hacerlo usted —dijo Jasper—, y no creo que disponga de una orden de registro.

—En diez minutos puedo procurarme una —le contestó Sellers —. Basándome únicamente en lo que usted ha dicho, puedo conseguirla.

—No, no puede —insistió Jasper.

Sellers miró a Giddings y frunció el ceño.

Giddings miró a Sylvia.

De repente, Sylvia captó cierta señal de Jasper y cerró los labios hasta que formaron una línea firme y determinada.

—Bueno, espere un momento —dijo Sellers—. Meditemos un poco. Este pequeño ha estado aquí esta tarde y después le han dado una paliza… Estaba buscando algo… pero había equivocado el camino. Había puesto el caballo delante del carro. Había pensado que Sylvia era la… A ver, espere un momento. ¿Había pensado esto? Diablos, no es tan tonto. Ha… ha estado tramando algo.

—Y ha recibido una paliza —dijo Giddings.

—De esto no hay duda —reconoció Sellers—. Tenemos las pruebas a la vista.

—No sé nada de esto. No tengo nada que ver con ello.

Nunca había visto a este hombre —dijo Jasper.

—¿Pero los policías han venido aquí con Lam?

—Claro que sí.

—¿Y usted les ha dicho que nunca le había visto?

—Sí.

—De modo que —dijo Sellers a Giddings—, él ha comprendido que se vería envuelto en el asunto. Ha tenido un par de horas para quitarse de encima las pruebas. Probablemente, no encontraremos nada acusador en esta casa.

—Puedo asegurarles que así es —dijo Jasper—. Pero no porque yo las haya eliminado, como usted asegura.

Sellers dio una vuelta por el despacho, mirando a su alrededor.

Jasper, seguro del terreno que pisaba, dijo:

—Sin una orden de registro, no, inspector.

—Puedo telefonear y conseguir la orden de registro, mientras esperamos aquí y nos encargamos de que usted no toque nada —dijo Sellers.

Jasper sonrió:

—Hágalo. Trate de obtener una orden de registro con los informes que posee.

Sellers le pegó una patada a la papelera.

—Parece como si hubiese estado destruyendo una serie de papeles desde que ha sabido que podía verse en apuros —dijo.

Examinó los sobres desgarrados, las cartas arrugadas y de repente, algo atrajo su mirada. Metió la mano en la papelera, palpó por un momento y después la sacó con el ídolo de jade.

—Bien, bien, bien —dijo—. ¡Qué le parece! ¡Qué le parece!

Jasper se quedó contemplando el ídolo de jade como si viera visiones.

—¡Es una trampa! —chilló—. ¡Una trampa! Ustedes lo han puesto ahí. ¡Esto es una encerrona! Esto…

Apagóse su voz hasta que reinó el silencio.

—¡Qué le parece! —dijo Sellers—. De modo que lo he puesto yo ahí, ¿eh? Ya se lo contará al juez. Le apuesto algo a que éste es el ídolo desaparecido de la colección de Crockett.

Sylvia se había puesto en pie de un salto.

—¡Traidor, hijo de perra! —chilló—. Me había dicho que cuidaría de eso. Por teléfono me ha dicho que había hecho que se llevasen todas las pruebas y…

—¡Cállese! —gritó Jasper con voz tan cargada de veneno que Sylvia calló en mitad de la frase.

—Está muy bien —dijo Sellers, sonriendo a ambos—. Ya no hace falta que nos explique nada más. Tenemos todo lo que nos hacía

falta.

Sellers descolgó el teléfono, marcó el número de jefatura y dijo:

—Aquí Frank Sellers. Estoy en la residencia de Mortimer Jasper. En el 6286 de Carrolton Drive… Creo que el individuo es un perista… Hemos descubierto un ídolo de jade en su papelera. Es de jade verde con un grueso rubí profundamente incrustado en la frente. Supongo que es el ídolo desaparecido de la colección Crockett.

»Giddings está conmigo. Quiero que envíen un coche patrulla para que vigile este lugar. Yo me voy a jefatura con Sylvia Hadley y un detective particular llamado Lam. Voy a presentar una denuncia y a conseguir una orden de registro así que hayamos hecho identificar ese ídolo. Quiero que Mrs. Crockett esté dispuesta para hacer la identificación. ¿Entendido? Muy bien, dispóngalo todo. Quiero que se vigile esta casa estrechamente hasta que obtenga la orden de registro. Creo que, junto con el robo, resolveremos el asesinato de Crockett.

Sellers volvióse hacia Giddings, y dijo:

—Vaya a avisar a un patrullero, Thad. Dígales a los muchachos que no pierdan de vista a este individuo. Dígales que vengan en seguida y que le esposen y detengan si es preciso, por tener en su poder objetos robados, pero preferiría, esperar hasta haber efectuado una identificación definitiva. Sin embargo, dígales que le vigilen estrechamente y que no le pierdan de vista ni un momento.

El rostro de Jasper adquirió un color verde enfermizo.

—El asesinato de Crockett —dijo—. ¡Oh, Dios mío!

Sellers encaróse con Sylvia.

—Usted viene conmigo, hermana.

Me señaló con el pulgar y dijo:

—Usted también, Lam. En marcha. Dentro de un momento Thad habrá hecho ya venir a un coche patrulla.

capítulo diecinueve

CUANDO estuvimos en la acera, una vez que los agentes del auto patrulla se hubieron hecho cargo de Jasper, dije a Sellers en voz baja:

—Supongo que quiere que le acompañe para ayudarle cuando interrogue a Sylvia Hadley, ¿verdad?

—¿Para que me ayude a qué? —preguntó Sellers.

—A interrogar a Sylvia Hadley —susurré.

Echó hacia atrás la cabeza y lanzó una carcajada.

—Oiga, pequeño, no empiece a hacerse ilusiones. Su socia, Bertha Cool, afirma que usted es un pequeñajo muy listo. Es algo dudoso, pero no deje que su fama se le suba a la cabeza.

—¿Quiere decir que ya no me necesita más?

—No le necesito en absoluto. Piérdase de vista. Váyase a casa Yo le diré lo que ha de hacer.

—¿Sí?

—Sí. Le diré exactamente lo que ha de hacer. ¿Sabe dónde hay alguna droguería que no cierre en toda la noche?

—Desde luego, pero a estas horas casi todas están abiertas aún.

—Muy bien. Entre en una de ellas y compre dos dólares de alumbre en polvo.

—Dos pavos de alumbre en polvo es mucho alumbre —dije—. ¿Y qué hago después?

—Después se va a casa, llena de agua la bañera y echa dentro los dos pavos de alumbre.

—¿Y qué? —pregunté.

—Entonces, ponga la cabeza en remojo hasta que recobre su tamaño normal.

Tras de aquellas palabras Frank Sellers se dirigió hacia donde estaban Sylvia y Giddings. Estaba de un humor excelente.

—Muy bien, hermana —dijo a Sylvia—. ¡En camino!

Subieron al auto patrulla. Giddings se sentó al volante.

Y Sellers cerró de golpe la portezuela.

—Desaparezca de mi vista, pequeño —dijo.

Observé que había una estación de servicio a tres manzanas de distancia. Anduve hasta ella. Los movimientos me resultaban dolorosos. Conseguí que el encargado de la estación de servicio me entregara algo de dinero, a cuenta de la tarjeta de crédito de la agencia, y telefoneé a Bertha.

—¿Dónde diablos estás? —preguntó Bertha.

—En una estación de servicio, en la manzana 6800 de Carrolton Drive.

—¿Y qué diantre estás haciendo ahí?

—Estoy en un apuro.

—Siempre lo estás. ¿Cuál es esta vez?

—Un par de granujas han robado el auto de la agencia.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que he dicho.

—¿Para qué va a querer nadie ese auto?

—No querían el auto. Querían dejarme a pie. Necesito un automóvil. He de tener un medio de transporte. Me han dado una buena paliza.

—¿Otra vez?

—Otra vez.

—¿Dónde has dicho que estabas?

—En la esquina de Carrolton Drive y la calle Cincuenta y ocho.

—Está bien —dijo Bertha—. Voy hacia allá.

—He sangrado un poco —dije—. En el despacho guardo una maleta. Si me la trajeses, tendría una camisa limpia y podría cambiarme.

—Está bien —gruñó Bertha—. Lo haré. Válgame Dios, si hay algo en la teoría de la reencarnación, tú debiste ser una pelota de fútbol en tu última vida.

—O una estera —y colgué.

Llamé a Phyllis Crockett.

—La visitarán unos inspectores y le pedirán que identifique un buda de jade como la estatua que fue robada la otra noche. Identifíquela, pero hable sólo lo justo. Dígales que me espera, que

he telefoneado que estaba en camino. Asegúrese de que les dice esto.

»Una vez se hayan marchado, no salga bajo ningún pretexto. Quédese en casa y espéreme. Por tarde que se haga, espere.

No le di oportunidad para que empezara a hacerme preguntas o discutiera y colgué el teléfono.

Transcurrió media hora antes de que compareciese Bertha.

Dijo:

—Dios mío, estás hecho una piltrafa.

—Eso es lo que te he dicho. ¿Has traído la maleta?

—Sí.

—¿Tienes dinero?

—¿Qué diablos quieres decir que si tengo dinero?

Contesté:

—El mío ha desaparecido.

—Escucha —dijo Bertha—. Tienes derecho a llevar un arma. Tu licencia te autoriza a ello. ¿Por qué no consigues una para protegerte, en vez de dejar que todo el mundo te sacuda?

—Las armas cuestan de sesenta a setenta y cinco dólares —dije —. Por lo menos las armas buenas que a mí me interesaría llevar.

—Bueno, ¿por qué no compras una? Pero no trates de cargarla como un gasto. Será para tu protección personal y has de comprarla con tus beneficios personales.

Dije:

—Entonces, cada vez que me peguen, me quitarán el arma, y me arruinaría comprando otras.

—Eso desde luego —convino Bertha sin mostrar la menor conmiseración—. Y ahora quieres un auto. ¿Cómo diablos voy a regresar yo a mi apartamento?

—Ahí está el teléfono —dije—. Pide un taxi mientras me cambio de ropa.

—¡Llamar a un taxi! Pero tú… ¿Por quién me tomas?

—Llama un taxi —repetí— y cárgalo en concepto de gastos a Mrs. Crockett. Si quieres, yo pediré el taxi y lo pagaré, pero necesito algún dinero.

A regañadientes, Bertha sacó su monedero, contó cinco dólares y dijo:

—Esto tendrá que durarte hasta mañana por la mañana… Vaya

idea el sacarme de casa en plena noche, para que te sirva de chófer. ¿Qué le ha ocurrido al auto de la agencia?

—Mañana por la mañana tendrás noticias de él mediante el Departamento de Policía. O tal vez antes. Te preguntarán qué idea has tenido al dejar el auto de la agencia aparcado frente a una boca de incendios.

—¿Crees que van a dejarlo ante una boca de incendios?

—Estoy convencido.

—Tienes unas ideas condenadas —gruñó Bertha; y se introdujo trabajosamente en la cabina telefónica, para pedir un taxi.

Me llevé la maleta al lavabo, me cambié de ropa, me limpié la sangre seca que tenía pegada al rostro y examiné los desperfectos en el manchado espejo.

Cuando salí, Bertha se había marchado en el taxi.

El encargado de la estación de servicio se mostró muy amable.

—¿Ha tenido un accidente? —preguntó.

—Así es.

—¿Qué le ha ocurrido a su auto?

—Está hecho papilla.

Comprobé el nivel de la gasolina en el coche que Bertha había traído. El depósito estaba medio lleno.

Retrocedí por Carrolton Drive y al pasar eché un vistazo a la casa de Jasper. Frente a ella estaba detenido un auto de la policía. Los agentes seguían en el interior de la casa, esperando a que regresara Sellers con una orden de registro.

Recorrí otra media manzana y aparqué el auto.

Recapacitando sobre el asunto, comprendí que mientras estuve hablando con Jasper, éste había fingido oír el timbre del teléfono en otra parte de la casa. Lo que en realidad había ocurrido era que había ido a telefonear a sus esbirros, para decirles que acudiesen y se encargaran de mí.

Para poder hacer esto, los hombres a quienes había llamado debían de estar en un lugar muy cercano. No había tiempo para que hubiesen acudido desde lejos. Me sentía casi seguro de que aquellos hombres estarían vigilando el desarrollo de los acontecimientos y no perderían de vista la casa, de modo que comprobé el número de matrícula de todos los autos que pasaban por Carrolton Drive.

Llegó uno que aminoró la marcha al llegar frente a la casa de

Jasper.

Puse en marcha mi coche y alcancé al otro a unas cuatro manzanas de distancia. Era un sedán de modelo antiguo, con matrícula NFE 799. Dos individuos ocupaban el asiento delantero. Eran dos tipos grandotes y estuve casi seguro de que el hombre que iba al volante era el gorila que me pateó las costillas cuando le cogí el pie y lo derribé.

Doblaron a la derecha por la calle Cincuenta y cuatro. Yo seguí adelante hasta la cincuenta y tres, di media vuelta y volví al sitio donde había estado, para esperar de nuevo.

Al cabo de cinco minutos, el mismo auto volvió a pasar. Lo seguí una vez más. En esta ocasión condujeron hasta la estación de servicio y se detuvieron. El hombrón que iba al volante se apeó y metióse en la cabina telefónica.

Yo me detuve a media manzana calle abajo.

Al cabo de un par de minutos, el gigantón salió veloz de la cabina, y subió al coche que se alejó rápidamente.

Me dispuse a seguirles y me acerqué tanto como me atreví.

Torcieron tres veces a la derecha en torno a la manzana, regresaron a Carrolton Drive, torcieron a la izquierda, y siguieron hasta la calle Sesenta y uno. Allí torcieron por ella y después se metieron por un callejón que quedaba a la izquierda.

Me fijé en el lugar, seguí por la calle Sesenta y uno durante unas tres manzanas, di media vuelta y regresé.

El auto seguía en el callejón. Los hombres estaban ante la puerta de una pequeña casita. Un momento después, ambos entraron y se encendieron las luces de la casa.

Aparqué mi auto y me acerqué apresuradamente al sedán.

Me puse guantes y probé la puerta. No estaba cerrada.

Examiné el interior, utilizando una pequeña linterna —estilográfica—, que llevaba.

El auto estaba registrado a nombre de Llye Ferguson, 9611, Calle Setenta y uno.

Abrí el compartimento para guantes y allí había una botella de *whisky*, vacía en sus dos tercios.

Cogí la botella por el cuello con mi mano enguantada, cerré el compartimento, ajusté suavemente la puerta del auto, regresé al de Bertha, vertí todo el *whisky* en la alcantarilla y con cuidado dejé la

botella vacía en el piso del vehículo. Até un cordel al cuello del frasco a fin de poder manejarlo sin borrar las huellas que pudiese haber en él, y me dirigí a mi apartamento. Sosteniendo mediante el cordel la vacía botella de *whisky*, entré en el apartamento y me dediqué a destrozarlo todo. Saqué los cajones, amontoné las cosas en el suelo, desparramé el contenido del botiquín, saqué los trajes de los percheros y les volví los bolsillos al revés; deshice la cama y desplacé el colchón. Cuando hube terminado, salí conduje hasta una droguería próxima a la casa de Crockett.

Telefoneé a Phyllis Crockett.

—Disponga el ascensor de manera que pueda subir rápidamente. Voy a entrar procurando que no me vea el portero. Asegúrese de que puedo llegar al apartamento sin pérdida de tiempo. Déjelo todo abierto.

Me acerqué al edificio y esperé hasta que entró un grupo de personas que parecían vivir allí. Cuando traspusieron la puerta, me las arreglé para entrar pisándole los talones.

Uno de los hombres me vio y me sostuvo la puerta abierta. Le di las gracias, saqué un cigarrillo, le pedí lumbre y anduve en su compañía hasta los ascensores. Procuré que él estuviese entre el portero nocturno y yo.

El grupo bajó del ascensor en el piso número quince.

Yo continué hasta el vigésimo. La puerta del vestíbulo estaba abierta.

Apreté el botón oculto que hacía descender el ascensor, me metí en la cabina y subí.

Phyllis salió a mi encuentro.

—¿Hay alguien con usted? —pregunté.

—Estoy completamente sola —dijo—. ¡Válgame Dios, Donald! ¿Qué le ha ocurrido?

—He sufrido un accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—Unos tipos se han creído que yo era un saco de entrenamiento, me ha costado bastante convencerles de que no.

—Donald, debiera ver a un médico.

—Un médico debiera verme a mí —rectifiqué; e intenté sonreír, pero tenía el rostro tan magullado que comprendí que la cosa no pasaría de tentativa.

Consultó su reloj de pulsera.

—Las doce y doce minutos.

Meneé la cabeza.

—¿Qué quiere decir?

—Las once y veinte minutos —contesté.

—Donald, ¿qué quiere decir?

Insistí:

—Tiene el reloj estropeado. Son las once y veinte minutos.

—Donald, no es posible. He estado viendo la televisión y… y sé que mi reloj funciona.

—He llegado a las once y veinte minutos —dije.

Me contempló por un momento; y después sonrió y dijo:

—Está bien. Y ahora explíqueme lo que le ha ocurrido a su cara.

—Creo que hacemos progresos —dije.

—¿En qué sentido?

—Me parece que la policía resolverá el caso.

—¿La policía?

—Siempre la policía. Nunca haga nada que impida que la policía sea quien se lleve los laureles. Esto es axiomático en mi profesión… ¿Nadie ha telefoneado preguntando por mí?

Ella negó con la cabeza.

—¿No ha llamado Bertha Cool, mi socia?

—No.

Dije:

—Bueno, creo que hemos…

Sonó el teléfono.

Hice un ademán a Phyllis.

—Si alguien quiere saber si está, usted aquí, ¿qué le digo?

—Dígale que estoy aquí.

Mrs. Crockett contestó al teléfono y después volvióse hacia mí:

—Es su socia, Mrs. Cool. Quiere hablar con usted en seguida. Dice que es urgente.

Me dirigí al teléfono. Bertha dijo:

—Frank Sellers quiere verte inmediatamente, Donald.

—¿Dónde está?

—En jefatura. Dice que le llames en seguida, que me ponga en contacto contigo y haga que te presentes inmediatamente.

Dije:

—Está bien, Bertha. Ya le llamaré.

—Espero que sabrás lo que estás haciendo, Donald. Frank parecía muy enfadado por algo.

—Él siempre está enfadado acerca de algo —le repliqué—. Ya le llamaré.

Colgué el teléfono, hice un ademán a Phyllis y dije:

—Ahora, a la policía —y marqué el número de jefatura.

Pedí que me pusieran con el Departamento de Homicidios y tuve a Frank Sellers al otro extremo de la línea.

Sellers dijo:

—¿Dónde diablos está, Donald?

—En el apartamento de Crockett, conferenciando con mi cliente.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—Pues, algo más de una hora. ¿Por qué?

—Le necesito.

—Ya me ha tenido —dije—. Me ha dicho que desapareciera de su vista. He desaparecido.

—Pues ahora voy a hacerle aparecer de nuevo.

—Estoy aquí.

—Está bien. Allá voy, y dígale a esa Mrs. Crockett que arregle las cosas para que pueda subir al ascensor sin tantas formalidades e historias, o de lo contrario voy a cometer un desatino. Creo que nos ha gastado una jugarreta, pequeño, y si es así, me encargaré personalmente de usted para que aprenda una lección que nunca más olvidará.

Repliqué con tono indignado:

—No se atrevería a proferir estas amenazas si aquel par de granujas no me hubiesen ablandado previamente.

Pareció como si Sellers estuviese a punto de ahogarse.

Colgué.

Phyllis Crockett, que había escuchado la conversación, me observaba ansiosamente:

—¿Qué ocurre, Donald? —preguntó—. ¿Está a malas con la policía?

—Siempre estoy a malas con la policía. Es algo crónico. Congénito. Frank Sellers se dirige hacia aquí. Tal vez le acompañe alguien. Quiere subir sin entorpecimiento. Será mejor que telefonee al portero y le diga que le deje pasar y que haga que alguien le

acompañe en el ascensor, para evitar cualquier lío.

—Donald, ¿tengo que ver a la policía a cualquier hora de la noche?

—Esta noche, sí.

—Donald, voy a ponerle unas compresas calientes en la cara. No me importa quien pueda venir.

—Adelante. Es una buena idea. Esparza por ahí muchas toallas, como si llevase trabajando en mi rostro cerca de una hora, y si tiene oportunidad, muéstrese indignada con Frank Sellers, quejándose de que es una pena que un ciudadano no goce de mejor protección que la que me han dado a mí.

—¿No le enfurecerá eso?

—Desde luego. Se pondrá, hecho un basilisco… contra usted. Cuantos más motivos de enfado le ofrezcamos, menos podrá concentrarse en cualquiera de ellos.

—¿Ahora está enfadado por algo?

—Claro que sí —dije—. Está furioso contra mí.

capítulo veinte

LA policía llegó puntualmente. Estaban furiosos, muy furiosos, y asustados.

—Bien, bien, bien —dijo Giddings al entrar—, bonita escena doméstica… ¿Siempre le cuidan tan bien sus clientes, Lam?

—Éste es un lujo inesperado —contesté.

—Está, bien, olvídese de las compresas y de la contestación. Levántese. Queremos hablar con usted.

Phyllis se inclinó hacia mí y me quitó las compresas calientes. Me senté en el diván.

—Bueno, escuche, Donald —dijo Frank Sellers—. Estoy bien predispuesto hacia su agencia. Es usted un bastardo marrullero, pero le he estado contando a Thad Giddings que no es capaz de traicionar a un individuo si él se muestra franco con usted.

—¿Quién ha traicionado a quién? —pregunté.

Giddings dijo.

—Sylvia Hadley ha hablado.

—Magnífico. Me lo suponía.

—Ahora bien, el asunto es totalmente distinto de cómo usted nos lo había contado; y por Dios, que eso usted ya lo sabía. Mortimer Jasper quería los dos ídolos. Sylvia consiguió uno y él le pagó mil pavos. Ella debía obtener el otro y él le habría dado otro de los grandes.

—Vaya, ésa sí que es buena —dije con la mayor expresión de inocencia que supe—. ¿Quiere decir que en vez de ser Sylvia el cerebro rector, lo era Mortimer Jasper y Sylvia no era más que una pieza secundaria?

—En efecto —dijo Sellers, con paciencia—. Y ahora llegamos a algo, muy, muy interesante.

—¿Qué?

—Jasper está armando un alboroto tremendo. Dice que usted ha metido el ídolo en su papelera; que usted lo había ocultado en algún lugar próximo a la entrada, y que cuando ha entrado, mientras nosotros estábamos distraídos, se las ha arreglado para acercarse a la papelera y dejarlo caer dentro.

»Pensando un poco en ello, ahora recuerdo que usted se acercó a la papelera en cuestión y me parece recordar también haber oído una especie de susurro de los papeles, como si algún objeto hubiese caído entre los que había en la papelera.

»Jasper dice que usted recobró el ídolo que fue robado la otra noche, y que ha hecho un cambio para que parezca que se trataba del ídolo robado tres semanas atrás, y que después le ha echado todo el asunto sobre sus hombros. Ha llamado a un abogado y amenaza con presentar una denuncia contra nosotros por detención injustificada, persecución maliciosa, engaño y todo lo que quiera.

»Resulta que el hijo de perra tiene mucha influencia política, y sus abogados trabajan aprisa. Thad y yo hemos sido convocados en la oficina del jefe a las nueve de la mañana. Las cosas pintan feas.

Dije:

—Bueno, desde luego, Jasper tiene que echarle la culpa a alguien. Ha sido una suerte, caballeros, el que yo estuviera allí, porque de lo contrario habría afirmado que han sido ustedes quienes le han tendido la trampa.

—Bueno, a eso hay una respuesta —dijo Sellers—, y sólo una: Sylvia Hadley afirma que usted recobró el ídolo que ella había ocultado en la cámara de Lionel Palmer.

Permanecí callado durante un momento, y ambos estuvieron contemplándome, en medio de un silencio acusador.

—Y ahora —prosiguió Sellers—, queremos el ídolo, y lo queremos «ahora mismo», Donald. Entonces podremos contestar a Mortimer Jasper. Entonces podremos seguir adelante y aclarar de una vez este caso. De lo contrario, Jasper afirmará que usted nos ha hecho comulgar con ruedas de molino, y nos veremos en un apuro.

—Y si resulta que nos ha hecho usted una jugarreta —intervino Giddings—, me encargaré personalmente de usted, de tal manera que todas las compresas del mundo no conseguirán hacerle recuperar su aspecto normal. ¡Palabra de honor!

Lancé un suspiro.

—No sé por qué hacen caso de la palabra de un granuja en un asunto como éste. Supongo que si yo no hubiese estado allí y Jasper hubiese acusado a Giddings de haber dejado el ídolo en la papelera, usted habría respondido por él, Sellers. Pero como me acusa a mí, vienen corriendo a medianoche… Está bien, les daré el ídolo.

—¿Dónde está?

—En mi apartamento.

—Vamos —dijo Sellers.

—Se lo entregará a primera hora de la mañana y…

—He dicho que vamos —me interrumpió Sellers.

Me levanté y me abroché el cuello de la camisa.

—Ha dicho vamos —dije a Phyllis.

—Ya lo he oído, Donald. ¿Se siente con fuerzas para salir?

—Oh, desde luego. Ahora me siento magníficamente.

—Se le pondrá un ojo negro —dijo Mrs. Crockett.

—Eso no es nada. Siempre me los están poniendo así. Lo que en este momento me preocupa es que creo que tengo una costilla rota. Probablemente me tendrían que mirar con rayos.

—Déjeme llamar a un médico, Donald, y…

—Bueno, vamos —dijo Sellers—. Donald va a darnos ese ídolo.

—Eh, eh, un momento. No he dicho que fuese a dárselo a ustedes. Ese ídolo, técnicamente, es propiedad de mistress Crockett y…

—Ese ídolo es una prueba y usted lo sabe —interrumpió Sellers —. No tenía por qué habérselo guardado.

—Pero no se trata de un objeto robado.

—¿Qué quiere decir?

Contesté:

—Sylvia me explicó que Dean Crockett le había pedido que lo cogiese.

—Sí —dijo Giddings—. Ha tratado de hacernos creer eso… Le ha durado menos de dos minutos.

—Bueno, ella me lo contó y yo lo creí.

—Narices —dijo Giddings—. Sylvia llegó a un acuerdo con usted. Usted la creería sobre esto, y ella no diría nada acerca de esa otra prueba que…

Callóse en seco.

Sellers dijo:

—Dejémonos de conversaciones, Thad. Vamos a buscar el ídolo.

Giddings me fulminó con la mirada y dijo:

—De acuerdo. Vamos al apartamento de este individuo, a por el ídolo. Si no lo tenemos en nuestro poder dentro de diez minutos, nos encargaremos de él.

Nos encaminamos hacia el ascensor. Phyllis Crockett me observaba con aire preocupado.

—Volveré —le dije—. No se acueste y adopte las medidas necesarias para que pueda subir.

Ella se me acercó.

—Aquí tiene la llave del vestíbulo, Donald.

—Si no nos entrega ese ídolo, pasará el resto de la noche en un hospital —dijo Giddings.

—Vamos, pequeño —exclamó Sellers, con impaciencia, y cogiéndome por el cuello de la americana me empujó hacia el ascensor.

Bajamos, y en el piso vigésimo nos trasladamos a uno de los ascensores de la casa. El coche patrulla esperaba fuera.

Los dos policías no dijeron ni una palabra mientras me conducían hasta mi casa.

Subimos a mi apartamento. Abrí la puerta y me hice a un lado.

—Adelante, caballeros —dije—, y encendí las luces.

Traspusieron la puerta y de repente se quedaron inmóviles.

—¡Diablos! —exclamó Sellers.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Se apartaron para que yo pudiese ver el interior del apartamento.

—¡Válgame Dios, alguien lo ha destrozado todo! —grité.

Sellers y Giddings cruzaron una mirada.

Pasé apresuradamente junto a ellos y me acerqué a la mesa del despacho, donde me quedé contemplando con aire resignado la destrozada cerradura del cajón.

—Bueno, ya no está —dije.

Sellers meneó la cabeza.

—Tendrá que inventar una historia mejor, pequeño.

—¿Qué diablos quiere decir? —estallé—. ¡Tengo ciertos derechos! Aquí está mi hogar completamente destrozado, y ustedes tan tranquilos, como si no hubiera ocurrido nada. El hecho de que

sea un detective particular, no significa que tenga que soportar todo esto. Si les gustan las denuncias, presentaré una.

»Y ahora, ¿y si dejaran de mirarme con esa expresión acusadora y averiguaran quién diablos ha destrozado este apartamento?

Sellers miró a Giddings.

—El fulano no va desencaminado —dijo—. Que venga un experto en huellas a echar un vistazo.

Giddings lanzó una carcajada burlona.

—¿Y perder más tiempos?

—Pero sabremos a qué atenernos —dijo Sellers.

Dirigióse al teléfono y llamó a jefatura.

Cuando llegó el experto en huellas dactilares, yo ya había descubierto el frasco vacío en el fregadero.

—Esto no es mío —dije.

—¿Qué?

—Este frasco.

—Quizás en eso tenga razón —dijo Sellers a Giddings—. De vez en cuando bebe una copa con alguna individua, pero no es bebedor. Apostaría a que nunca ha tenido una botella en su apartamento.

Volvióse hacia el experto en huellas.

—Échele una mirada.

El experto espolvoreó la botella de *whisky*.

—Está, lleno de huellas latentes —dijo.

—Muy bien, saque unas fotografías —ordenó Sellers—, y después tome las huellas de Donald y asegúrese de que no son suyas.

Me tomaron las huellas; espolvorearon el apartamento; no encontraron ninguna huella que no fuese mía o de la asistenta, con excepción de las de la botella de *whisky*.

—Más bien parece una trampa —dijo Giddings.

—Claro que parece una trampa —le contestó Sellers—; pero no vamos a dejar pasar nada por alto; sobre todo tratando con este individuo. Ya le he dicho que es muy listo.

—Se figura que es listo —replicó Giddings—. Espere a que haya terminado con él.

—Venga, pequeño —me dijo Sellers—. Nos vamos a jefatura.

—Creo que he encontrado suficientes huellas en ese frasco para poder hacer una clasificación —dijo el experto—. Está lleno de

ellas.

Dije:

—Los tipos que me pegaron eran dos hombrones. Creo que podría identificar a uno de ellos.

—De acuerdo, pequeño, le daremos todas las oportunidades necesarias —dijo Sellers.

Poco después de la una y media de la madrugada aparté una fotografía del archivo de jefatura.

—Me parece que es éste —dije a Giddings.

Giddings se mostró escéptico.

—Está bien, tío listo —dijo—. Comprobaremos sus huellas.

Diez minutos después se produjo un gran cambio en los modales del inspector Thad Giddings.

—¿Qué hay de esas huellas? —pregunté.

Giddings me miró y meneó la cabeza con asombro.

—Concuerdan —dijo—. Las huellas de ese individuo están en la botella. Diablos, tal vez nos haya dicho la verdad.

Lancé un enorme suspiro.

—Bueno —dije—, ahora ya sabemos dónde está el ídolo que yo tenía.

—Hay también las huellas de otra persona —dijo Giddings—. No pasemos nada por alto.

—Hagan lo que les parezca —contesté—. Por lo que a mí respecta, soy un ciudadano cuyo apartamento ha sido saqueado y me gustaría ver más actividad por parte de la policía.

—La tendrá, la tendrá —me dijo Giddings—. Ahora no se nos ponga nervioso.

Me dejaron sólo durante veinte minutos, y después Giddings y Frank Sellers entraron en el despacho.

—Creo que hemos identificado a sus dos hombres, pequeño —dijo Sellers.

—¿De veras?

—El sujeto que usted ha identificado se llama Ferguson. Está en libertad condicional y vive en el 9611 de la Calle Sesenta y uno. Se presenta regularmente a la policía y está trabajando en los estudios de una emisora de televisión. Es experto en electrónica y lleva una conducta en apariencia irreprochable.

»Sin embargo, cuando estuvo en prisión fue compañero de celda

de un individuo llamado Jimmy Lenox, a quien se conoce por el apodo de “Otro Distrito” Lenox, porque siempre que alguien ha tratado de acusarle de una fechoría, siempre jura y perjura que a aquella hora estaba en otro distrito, y por lo general consigue salirse con la suya.

»Ahora bien, lo que nos hace creer en usted, Donald, es el hecho de que las huellas de Jimmy Lenox aparecen también en ese frasco. Esto los relaciona a ambos, y cuando esos dos granujas se reúnen, puede apostar a que está ocurriendo algo.

»Además la dirección esa del 9611 de la calle Sesenta y uno, está muy próxima a la residencia de Mortimer Jasper en Carrolton Drive. Bueno, creo que tal vez aquí tenemos algo bueno.

Asentí con la cabeza.

—Dadas las circunstancias, sería una buena idea si presentase usted una denuncia acusando de robo a Lenox y Ferguson, lo que nos permitiría obtener una orden de registro.

—¿Por qué he de afirmar nada? —dije—. ¿Por qué no asumen ustedes la responsabilidad?

—Escúcheme, Donald —dijo Sellers, y su voz era casi suplicante —, estamos ya muy comprometidos en este asunto. Hemos hecho caso de sus afirmaciones y… Bueno, el asunto está endiabladamente enredado. Nos gustaría resolverlo, pero no queremos jugarnos más el cuello. Usted, además de ser detective privado, es un ciudadano. Su hogar ha sido saqueado, y cree usted conocer al tipo que lo hizo. Sea buen chico. Firme la denuncia para que podamos conseguir la orden de registro.

Miré a Giddings.

—No tengo demasiadas ganas de cooperar. Esta noche ya he pasado demasiados malos ratos.

—Bueno, no se lo tenga en cuenta a Thad —dijo Sellers—. No es más que un honrado policía que tal vez de momento no estuviese muy seguro de que era usted sincero con nosotros.

—Aún no se lo he oído decir —manifesté.

Giddings lanzó un suspiro.

—No estaba muy seguro de que hubiese sido usted sincero con nosotros, Lam —dijo.

Habló con el mismo tono que si acabaran de arrancarle todos los dientes.

—Bueno —me decidí—, vamos allá.

capítulo veintiuno

ERAN las dos y media cuando los autos patrulla se detuvieron silenciosamente en las proximidades del 9611 de la calle Sesenta y uno.

Lo hicieron de la manera clásica. Apagaron los motores a una manzana de distancia y avanzaron con el impulso adquirido. Utilizaron los frenos de mano a fin de que la luz roja del freno de pie no los delatara con su resplandor. Se apearon, y cerraron las portezuelas sin dar golpe. Disponían de un hacha y de un par de palancas para forzar rápidamente las puertas. Un grupo se dirigió hacia la parte posterior de la casa mientras Sellers y Thad Giddings se acercaron a la principal.

Después de estar llamando al timbre durante un par de minutos, se encendió una luz dentro de la casa y alguien preguntó desde detrás de la puerta:

—¿Quién es?

—Policía —dijo Sellers—. Tenemos una orden de registro. Abran.

—Diablo, no pueden tener nada contra nosotros —dijo la voz.

—Abran. Le enseñaré la orden de registro.

—No puede tener esa orden —insistió la voz—. No he hecho nada.

—Si no abre la puerta, la derribamos.

La puerta se abrió.

El hombrón que asomó por ella vestía sólo ropa interior, y era muy corpulento. Sobrepasaba a Sellers en una buena media cabeza.

Giddings me empujó hacia adelante.

—¿Ha visto alguna vez a este individuo? —preguntó Sellers, dirigiendo la luz de su linterna hacia el techo a fin de que los rostros de los dos quedaran iluminados.

—No le he visto en toda mi vida —dijo el hombrón—, y no me gusta que me despierten a estas horas de la noche para hacerme preguntas. Váyanse con la música a otra parte. No he hecho nada, y…

—¿Quién dice que no ha hecho nada? —le interrumpió Sellers —. ¿Es éste el individuo, Donald?

—Éste es —dije con convicción.

—En mi vida había visto a este pequeño hijo de perra —protestó el gigante.

—Está bien, Fergusson —dijo Sellers—, vamos a entrar. Tenemos una orden de registro. ¿Quién está con usted?

—Nadie.

En aquel momento se produjo una conmoción en la parte posterior de la casa, y uno de los hombres que habían sido destinados a la vigilancia de la puerta trasera se presentó con un individuo más bajo, vestido con pantalones, zapatos, camiseta y americana. Ni siquiera se habían entretenido en ponerse una camisa.

—Hemos pescado a este tipo cuándo trataba de escabullirse por detrás —dijo el agente—. Fíjese lo que llevaba en un bolsillo de la americana.

Mostró un buda de jade verde con un llameante rubí incrustado en la frente.

El gigantón en ropa, interior lanzó una blasfemia y trató de dar media; vuelta y de huir.

Sellers le golpeó en la nuca.

El individuo dio un golpe tan fuerte al caer que sentí retemblar toda la casa.

—Vamos —dijo Sellers—. Adelante. Registremos a fondo todo esto.

capítulo veintidós

MI reloj de pulsera marcaba un poco más de las cuatro. La idea de ir a mi apartamento era una tortura física. Pensé en el colchón que debía levantar y colocar en su sitio; en la cama que tenía que hacer; en el convencimiento de que Bertha me telefonearía a las ocho de la mañana, a más tardar. Eran demasiados inconvenientes sólo a cambio de unas pocas horas de sueño.

Pensé en Phyllis, que esperaba. Tendría que seguir esperando.

Detuve un taxi y me hice llevar a unos baños turcos, conseguí quitarme la ropa, envolverme en una sábana y luego cojear hasta la cámara de vapor.

Era una sensación divina el dejarse ir en el aire caliente y sentir cómo mis músculos se impregnaban lentamente de aquel calor y dejaban de dolerme.

El encargado, que había estado poniéndome toallas frías en la cabeza, se acercó con un vaso de agua y dijo:

—Fuera hay un poli que desea verle; dice que se llama Sellers.

—Que pase.

—No puede entrar. Está vestido. En menos de cinco minutos sudaría más que un cántaro.

—Dígale que no puedo salir. Me resfriaría.

El encargado se alejó.

Al cabo de unos minutos Frank Sellers entró, hecho un basilisco.

—Oiga, pequeño —dijo—, ¿quién diablos se cree que es?

Se quitó la americana y la corbata y las echó sobre una silla.

—No me creo nada —dije—. Sólo quiero lograr que no me duelan tanto los músculos, y no pienso salir a hablar con usted. Bueno, ¿qué quiere saber?

—Escuche, pequeño —dijo Sellers—. Nos ha hecho usted un par de jugarretas buenas. No sé cómo se las ha arreglado, y tampoco me

propongo tratar de descubrirlo, porque el asunto marcha. Hemos abierto la caja de caudales y obtenido las confesiones de Fergusson y de Jimmy Lenox. Mortimer Jasper ha sido uno de los mayores peristas del país, actuando con una clientela escogida y admitiendo sólo género para el que anticipadamente tenía ya comprador. Ha estado operando ante nuestras propias narices sin que nosotros ni siquiera sospecháramos lo que ocurría.

»Esto hace que le perdone cualquier cosa. Pero tengo la impresión de que tal vez esté algo más adelantado que nosotros en el asunto del crimen.

»Ahora bien, de este caso me ocupo yo. No puedo permitirme un fracaso. Quiero saber lo que sabe usted, y en seguida me marcharé y le dejaré tranquilo.

Dije:

—Tiene usted demasiados prejuicios para poder examinar ese crimen con un espíritu abierto.

—No, no los tengo —contestó—. Pero le diré una cosa. El único lugar desde donde pudo dispararse aquel dardo, es el estudio de Phyllis Crockett. El único momento en que pudo ser disparado fue mientras Phyllis Crockett y Sylvia Hadley estaban allí juntas. Y Sylvia Hadley vio la punta de la cerbatana en cuestión cuando Phyllis Crockett apuntó con ella por la ventana del cuarto de baño… Con estas pruebas, es posible obtener una condena por asesinato en primer grado.

—¿De veras?

Sellers empezó a sudar. Se sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se enjugó la frente.

—Maldita sea —dijo—, no discuta conmigo. Cuénteme lo que sepa y deje que me marche de aquí.

—Parte usted de una base falsa —dije.

—¿A qué se refiere?

—Dice que el único sitio desde donde pudo dispararse aquel dardo es el estudio de Phyllis Crockett.

—¿Y qué error hay en eso?

—Un error completo. El dardo no pudo ser disparado desde el estudio.

—Está usted loco, Donald —dijo Sellers con enojo—. Cogimos la maldita cerbatana y la llevamos a aquel pasillo, y no hay ni un

condenado punto del mismo en el que uno pueda estar y disparar un dardo con la cerbatana que se clavase en el pecho de Crockett. El que estaba clavado en la madera, cerca del techo, estoy de acuerdo con usted en que pudo haberlo disparado alguien situado junto a la ventana del pasillo. Pero incluso así, a una persona le hubiese sido difícil manipular la cerbatana, que mide un metro sesenta y…

—¿Qué clase de señales tiene? —pregunté.

—¿A qué señales se refiere? —inquirió Sellers.

—Eso es propio del Departamento de Balística —dije—. Lo mismo que se hace con una bala. Se puede identificar un proyectil disparado por un arma, comparando las marcas, las señales, las estrías que deja el cañón, y…

—Usted está loco —interrumpió Sellers—. En una cerbatana no hay ninguna clase de estrías.

—A ver si se explica, Frank Sellers —dije—. ¿Pretende afirmarme que no es posible determinar por las señales que tiene un dardo si lo han disparado con una cerbatana concreta?

—Claro que no.

—Entonces —dije—. ¿Cómo diantre sabe que los dardos fueron disparados por la cerbatana de Crockett?

Sellers me miró, empezó a decir algo, cambió de idea, cogió el pañuelo, se enjugó la frente, se pasó el pañuelo por el cuello de la camisa, volvió a mirarme, y dijo:

—¡Hijo de perra!

—¿Cómo sabe que fueron disparados por aquella cerbatana? —repetí.

—No lo sabemos —admitió Sellers al cabo de un momento.

—Bueno —dije—, eso nos abre una interesante posibilidad.

—A ver, espere un momento, Donald. Es lógico pensar que los dispararon con aquella cerbatana.

—¿Por qué es lógico?

—Bueno, las cerbatanas no se fabrican en masa. Cada una es una obra de artesanía. Las flechas están dispuestas para encajar en una cerbatana completa. Ésas son las flechas que estaban con la cerbatana. Son las que Crockett trajo de Borneo. Han sido vistas en su colección. No es nada probable confundir esas flechas con otras.

—Y por lo tanto, ¿cree usted que tuvieron que ser disparadas con aquella cerbatana?

—Desde luego.

—¿Por qué?

—Porque estaban hechas para encajar en la cerbatana.

—En tal caso —dije—, si las flechas estaban fabricadas para encajar en la cerbatana, es posible que se fabricase una cerbatana en la que ajustasen las flechas.

Sellers se secó las manos con el pañuelo, se pasó éste por la frente y por el cuello y dijo:

—Maldita sea, tengo que salir de aquí.

—¿Quién le retiene?

—Usted.

—¿Cómo es eso?

—No me explica lo que sabe.

—Me limito a hacerle preguntas sobre cerbatanas.

—Está, bien —dijo—, adelante y hágame preguntas. Pero nuestras flechas fueron disparadas por aquella cerbatana. Tuvo que ser así. No me importa lo que pudo decir usted.

—¿Está seguro?

—Claro que lo estoy.

—La flecha que estaba clavada en la pared del pasillo se hincó muy profundamente.

—En efecto. Se clavó mucho.

—¿Cree que Mrs. Crockett la lanzó de un soplo a través del patio interior de la casa?

—Tuvo que hacerlo así. Era el único sitio de donde podía proceder. Tomando el ángulo con que estaba clavada, la prolongación iba directamente a la ventana del cuarto de baño del estudio. No podía venir de ningún otro sitio.

—Bueno —dije—, antes de descartar las imposibilidades, sería mejor que considerase las posibilidades. ¿Ha cogido usted una de esas flechas y tratado de dispararla con la cerbatana, para averiguar lo profundamente que puede clavarla en la madera?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Sería una buena prueba.

—La madera está allí, y la flecha también. La flecha estaba clavada en la madera. No es posible ignorar eso, pequeño.

—No intento ignorar nada —dije—. Lo único que le aseguro, es que no creo que Phyllis Crockett tenga pulmones para lanzar la

flecha a tanta distancia y conseguir que se clavara, tan profundamente, en la madera. No creo que usted pudiese hacerlo, disparando la flecha desde una distancia de un metro o metro y medio, y conseguir que se clavara tan hondamente.

—¿Qué se propone indicar? —preguntó con gesto lleno de irritación.

—Me propongo indicar el hecho de que, sólo porque usted vio una cerbatana hecha para que disparar esos dardos, y vio un dardo hecho para ser disparado con una cerbatana, llega a la evidente conclusión de que el dardo procedía de aquella cerbatana. Yo no creo que fuese disparado por ninguna cerbatana.

—Así, pues, ¿con qué fue disparado, ya que es usted tan condenadamente listo? —preguntó Sellers, enjugándose el sudor que le inundaba el rostro y el cuello—. Y deje de hacerme dar vueltas porque voy a largarme en el momento menos pensado.

—Ya puede hacerlo ahora mismo —dije—, pero mi opinión es que alguien fabricó un arma de cañón corto que actuaba mediante una carga de aire comprimido; que esa persona estaba en el pasillo junto a Dean Crockett y le disparó el dardo en el pecho. Luego, una vez que Dean Crockett hubo caído, esa persona colocó un segundo dardo en el mecanismo y lo disparó con la inclinación necesaria para dar la impresión de que el dardo procedía de la ventana del cuarto de baño, al otro lado, del patio inferior.

»Y creo que esa persona cometió un error fatal en su crimen perfectamente planeado, al no reparar en el hecho de que el aire comprimido de su arma tenía mucha más potencia que la que pueden producir un par de pulmones humanos.

»Así que vi la escena, estuve completamente seguro de que la flecha clavada en la pared había sido la disparada en segundo lugar, y no la primera.

»Esto es fácil, de deducir —proseguí—. Colóquese en la posición de Dean Crockett. Si él hubiese estado junto a la ventana y alguien le hubiera disparado una flecha y fallado su objetivo, y la flecha se hubiese clavado en la madera, es muy poco probable que él se hubiese vuelto para asomarse a la ventana, ofreciendo un blanco perfecto para la segunda flecha. Recuerde que Crockett había vivido en la selva y distaba mucho de ser un ingenuo.

»Cuando vi la flecha con toda la punta clavada en aquella

madera dura, en seguida comprendí que era imposible que la hubiesen disparado con una cerbatana.

Me eché hacia atrás y cerré los ojos.

Sellers se acercó a la puerta, y le gritó al encargado:

—¡Eh, por amor de Dios, tráigame una toalla!

Retrocedió y se quedó mirándome con las piernas muy separadas, enjugándose con la toalla el rostro, el cuello y las manos. Luego, de repente, formó una pelota con la toalla, la lanzó con fuerza contra el suelo, recogió su americana, dio media vuelta, y dirigióse hacia la puerta sin decir una palabra.

Cuando ya empezaba a abrirla, se volvió en redondo.

—Muy bien, ¿quién lo hizo? —preguntó.

—Pruebe con la última persona que le vio vivo —dije, y cerré los ojos—. Creo que esto es lo primero que enseñan a los polizontes, ¿no?

Sellers permaneció inmóvil un momento; después oí el ruido de la puerta al abrirse y al cabo de un momento regresó y dijo:

—Si aquí dentro no hiciese tanto calor, que me impide realizar ningún esfuerzo, de buena gana le pegaría una patada en el trasero. De todos modos, gracias por la información.

capítulo veintitrés

LLEGUÉ al despacho hacia las diez y media. Tenía un aspecto algo mejor, pero mostraba un brillante ojo amoratado, y no podía respirar profundamente sin sentir un fuerte dolor; además, renqueaba al andar.

Elsie Brand salió corriendo a mi encuentro.

—Bertha quiere verle tan pronto como llegue —dijo—. Ha removido cielo y tierra tratando de localizarle.

—Dígale que ya he llegado.

Me acomodé en el sillón giratorio y Bertha compareció incluso antes de que hubiese acabado de recostarme.

—Frank Sellers está en mi despacho —dijo—. ¿Quieres pasar?

—Dile que venga él aquí.

—No le gustará.

—Dile que venga él aquí.

Bertha protestó:

—No es posible tratar así a la policía. Hemos de estar a bien con ella…

Me relajé en el sillón giratorio y cerré los ojos.

—Está bien —dije—. Si quiere verme, aquí estoy. Si no, carece de importancia. Dile que ya le he explicado todo lo que sabía.

Bertha salió del despacho.

Al cabo de diez segundos regresó en compañía de Frank Sellers.

—¿Cómo está, pequeño? —preguntó Sellers.

Su voz era cordial, casi respetuosa.

—Pésimamente.

—Desde luego, le pegaron una buena paliza.

—No me dice nada nuevo.

Sellers pareció algo incómodo.

—Donald —dijo—, esta mañana he aclarado el asesinato.

—¿Crockett?

—Crockett.

—¿Quién lo hizo?

—Olney —dijo Sellers—. Lo premeditó todo con el mayor cuidado. Se las arregló para poder sacar la cerbatana sin que nadie se enterara. Horadó cuidadosamente el asta de la bandera del club, después robó las flechas y todo estaba dispuesto para colocar la cerbatana en el estudio de Mrs. Crockett. Naturalmente su intervención le ahorró este trabajo.

Cambié ligeramente de posición, tratando de aminorar el dolor que sentía en el costado.

—¿Y se fabricó una pequeña cerbatana? —pregunté.

—Nada de eso —dijo Sellers—. El tubo apenas medía un palmo, pero le acopló uno de esos cilindros de anhídrido carbónico a presión, y dispuso una especie de gatillo que lanzaba los dardos con tanta fuerza como si fuesen balas.

—Ajá.

—Olney se ocupaba de los negocios de Crockett y también de sus impuestos, y entre unas cosas y otras le había estafado cerca de ochenta mil pavos. Crockett había empezado a sospechar. Se proponía hacer que efectuasen una inspección, o por lo menos eso temía Olney.

Dije:

—Eso está bien. Tenía cierto temor de que se hubiese encaprichado de Phyllis y quisiese eliminar a Crockett por este motivo.

—Bueno, pues ésa fue la verdadera razón —dijo Sellers—. Una vez sobre la pista, ha resultado sencillo. Hemos registrado su habitación. El condenado estúpido ni siquiera había atinado en deshacerse del chisme de aire comprimido que preparó.

Bostecé.

—¿Por qué ha venido a vernos, Frank?

—Quería hablar con usted antes de que el caso llegara a los periódicos —dijo Sellers, con expresión inquieta.

—¿Por qué?

—Bueno, probablemente los periodistas quieran entrevistarle a usted, y me preguntaba lo que iba a contarles.

—¡Yo! —exclamé, enarcando las cejas—. Diablos, no voy a

decirles nada, excepto que he tenido el privilegio de trabajar con Sellers, de la Brigada de Homicidios, en la resolución del robo del ídolo de jade desaparecido del apartamento de Crockett, y que después de haber resuelto el robo, Sellers ha proseguido sus investigaciones hasta aclarar el homicidio de Crockett.

—¿Y nuestra conferencia en el baño turco? —preguntó Sellers.

—¿Qué baño turco?

De repente, Sellers se inclinó, me cogió la mano y empezó a sacudirla.

—Es usted un pequeñín simpático —dijo Sellers—, y un amigo condenadamente bueno. Hay ocasiones en que casi siento deseos de besarle; y eso a pesar de que estoy seguro de que nos gastó alguna jugarreta con respecto a aquellos dos ídolos y he de reconocer, Donald, que no soy lo bastante listo para adivinar de qué se trata.

—Entonces, ¿por qué intentarlo? —pregunté.

Sellers volvió a estrechare la mano y después volvióse súbitamente hacia Bertha, y le dio un beso.

—Son ustedes la clase de detectives privados que necesitamos en esta ciudad —dijo, y se marchó.

Bertha Cool se me quedó mirando con sus ávidos ojillos.

—¿Qué hay? —pregunté.

Pensé que me preguntaría algo sobre nuestros honorarios en el caso Crockett, y acerca del acuerdo a que había llegado con Phyllis. Pero, en cambio, Bertha levantó una mano y se rozó los labios.

—El hijo de perra me ha besado —dijo con ternura.

Con las mujeres nunca se sabe.

ERLE STANLEY GARDNER (Malden, Massachusetts, EE.UU. 17-julio-1889 - Temecula, California, 11-marzo-1970). Su padre quería que se hiciera abogado, de modo que comenzó a trabajar en una gestoría legal en Willows, y mientras trabajaba de mecanógrafo, estudió la carrera de derecho. Después se estableció por cuenta, pero el negocio era deficitario, ya que en numerosas ocasiones, aceptaba como clientes a inmigrantes chinos y mejicanos sin recursos, lo que le hizo muy popular pero no muy rico. En 1921, casado y con un hijo, se pone a escribir historias policiales, o «de detectives», que envía a algunas revistas para mejorar su situación financiera. Estas revistas se conocían como pulps y eran muy populares en la época.

Sus narraciones son muy efectistas y en ellas se sirve de sus conocimientos de derecho para construir casos, en los que podía lucirse *Perry Mason* con una brillante exposición en la que demuestra la inocencia del acusado. Así podía disfrutar de la única parte de la abogacía que realmente le gustaba: los juicios penales, y el desarrollo de la estrategia a seguir en un juicio. El nombre «*Perry Mason*» data de la infancia de su creador, cuando leía la revista *Companion*
Youth's

, publicada por la *Perry Mason Company*, y cuando creó a su abogado de ficción, pensó que sería un buen nombre para él.

Ya consolidada su carrera como escritor, para publicar sus libros contaba con la ayuda de varias secretarias que escribían a máquina lo que él dictaba a una grabadora. Su producción casi industrial provocó su apelativo de «*El Henry Ford de la novela policíaca*». Vendió más de 100 millones de libros en vida. Tenía una formula para escribir una vez definidos sus personajes, sus motivaciones y sus tramas.

Hacia 1938, Gardner empezaba a preguntarse si un día cedería el interés de los lectores por *Perry Mason*. ¿Podría duplicar su éxito escribiendo una novela con otra serie de personajes? El libro, escrito bajo el seudónimo de A. A. Fair, era «*The Bigger They Come*» («Cuanto más grandes son…» editado en español con el título de: *Agencia de Detectives*) y caracterizaba a *Bertha Cool*, una mujer obesa propietaria de una agencia de detectives y con anillo de diamantes; y a *Donald Lam*, su empleado, de estatura más bien pequeña, (todo un paquete de dinamita legal). La pareja se anotó un éxito inmediato y Gardner se puso a escribir 28 libros más de *Cool y Lam*.

Bajo su propio nombre Gardner escribió exclusivamente la serie *Perry Mason*, pero con su seudónimo favorito de A. A. Fair, Gardner escribió varias novelas con los detectives *Bertha Cool y Donald Lam*; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal *Doug Selby*.

Gardner muere el 11 de marzo de 1970, en su Rancho el Paisano en Temecula. Fue incinerado y sus cenizas se esparcieron por la península de Baja California, uno de sus lugares favoritos.